

SECCIONES

- | | |
|----|---|
| 01 | Editorial
POLÍTICA Y ECONOMÍA |
| 03 | ¿Cómo no pedirnos perdón?
El espanto de Moria, Lesbos,
por Emmanuel Buch |
| 05 | La dulce militancia, por Carlos Díaz |
| 06 | Ser humano: ¿naturaleza o cultura?,
por Federico Velázquez de Castro |
| 07 | Después de la pandemia, ¿qué
mundo queremos construir?, por
José M. Domínguez de la Fuente |
| 10 | ¿Qué son los acuerdos de Cotonú,
vigentes hasta diciembre de 2020,
y cuya renegociación está en
marcha?, por José Antonio Barra
PENSAMIENTO |
| 13 | A vida o muerte, por Antonio Calvo |
| 15 | Acojamnos al migrante: una mirada
desde el derecho, por Jorge A.
Benítez, Gabriela E. Armijos,
Maurad A. del Rocío Correa
OBITUARIO |
| 17 | José Jiménez Lozano,
por Carmen Herrando
OFICIO DE ESCRIBIR |
| 21 | Cuaderno del fuego,
por José Ángel Losada |
| 23 | Fragmentos cotidianos del cuidado,
por Antonio J. Caballero |
| 24 | A las puertas de la noche,
por Antonio Calvo |
| 25 | RINCÓN BIBLIOGRÁFICO |

ANÁLISIS

COVID-19: nuestra peste

PRESENTACIÓN

28

Itinerario de una enfermera en tiempos de la COVID-19

ENCARNA AYUSO

29

Breve decálogo: *homo homini virus*

CARLOS DÍAZ

32

La vulnerabilidad de nuestra sociedad

FÉLIX GARCÍA MORIYÓN

34

De la política como epidemia a la epidemiología como política

LUIS FERREIRO

38

Economía en tiempo de coronavirus

JOSÉ MANUEL GARCÍA DE LA CRUZ

45

Pandemias y medio ambiente. ¿Es el virus el hombre? Lecciones de una crisis

FEDERICO VELÁZQUEZ DE CASTRO GONZÁLEZ

49

China post-covid: de la *charming offensive* a la *wolf warrior diplomacy*

MAR LLERA

54

Un enfoque espiritual de la pandemia

LUIS MARÍA SALAZAR

57

Reflexiones en el cementerio en los días del COVID-19

RICARDO DE LUIS CARBALLADA

60

Libro del trimestre: *Pandemocracia. Una filosofía de la crisis del coronavirus*, de Daniel Innerarity

JOSÉ ANTONIO FERNÁNDEZ

62

Editorial

LUIS FERREIRO, DIRECTOR DE ACONTECIMIENTO

Epidemias, endemias y justicia

Las epidemias son episodios que sobrevienen a un pueblo (epi-demos) por causas que pueden ser externas, las pandemias (pan-demos) son aquellas que afectan a todos los pueblos. Producen un número de enfermos o muertos muy superior al habitual por esa causa. Con frecuencia llegamos a creer que nos vienen de fuera, como un mal que no merecemos, sin culpa, como algo injusto. Nos convencemos de que estamos ante lo nunca visto, lo nuevo ocupa toda nuestra atención y lo viejo desaparece del campo de la conciencia. Por eso somos hipersensibles al nuevo virus, mientras que nos habituamos a otros que conviven con nosotros hace mucho. Así ha ocurrido con el SIDA, el virus terrorífico en los años ochenta ha pasado a ser un parásito doméstico. No es que hayamos domesticado al virus, pero sí nuestro miedo.

El agresor externo, por una especie de *entente cordiale*, se convierte en nuestro inquilino: la epidemia se convierte en endemia (en-demos), es interior al pueblo. Entonces, las voces que clamaban se calman, se acostumbran al mal, se convierten en **almas habituadas**, esas que para Péguy eran mucho **peores que las almas perversas**, puesto que no hacen el mal, pero tampoco lo resisten ni se rebelan contra él y lo combaten, simplemente se acomodan a él y acuerdan un pacto para no dañarse mutuamente.

Continúa en la página siguiente →

Históricamente se demuestra que las conductas humanas ante las epidemias se repiten según patrones muy reconocibles: inquietud, negación, pánico, aceptación, relajación, olvido... Lo mismo ocurrirá esta vez, pasaremos del estupor, la hipersensibilidad y la falsa resistencia a la relajación y el olvido. Por mucho que se cante es mentira, no resistiremos al egoísmo, cederemos, con tal de que el mal no nos dañe, no lo dañaremos a él. Nos conformaremos con el mal domesticado o suficientemente alejado. Abramos los ojos con solo unos pocos ejemplos (datos de la OMS):

- **Malaria:** en España está erradicada desde 1964, pero en el mundo hay más de 1.000 millones de personas afectadas en más de 100 países. En 2018 se detectaron 218 millones de nuevos casos y murieron 405.000 personas, de ellos 272.000 eran niños de menos de 5 años (67%).
- **Dengue:** endémica en 110 países, afecta a más de 400 millones de personas, 95 millones con síntomas clínicos; se notifican 3,5 millones de casos nuevos al año y 500.000 hospitalizaciones, con una letalidad del 2,5%.
- **Tuberculosis:** en 2018 hubo 10 millones de enfermos nuevos, murieron 1,5 millones.
- **Ébola:** epidemia de Liberia, Guinea y Sierra Leona en 2014-15, 30.000 casos y unos 12.000 muertos (letalidad entre el 28 y el 67%); nuevo brote en Zaire en 2019, con 3.416 casos y 2.238 muertos (letalidad del 66%) hasta enero de 2020. A diferencia del anterior, más cercano a nosotros, apenas hay noticias en los medios.

En la Edad Media no cabía hacer otra cosa que resignarse, hoy tenemos infinitamente más medios y podemos hacer retroceder el mal, resistirlo, si de verdad queremos. Cuando el mal nos afecta es escandaloso, pero cuando se aleja deja de serlo y volvemos a la tranquilidad de las almas habituadas. Habituadas a las endemias eternas que torturan a millones de seres humanos desde tiempos inmemoriales, sin que la ciencia, ni el mercado, ni la política les pongan fin. Habituadas a las mortandades infantiles evitables a bajo precio. Habituadas al silenciamiento de los miserables y a la desinformación sobre las epidemias que arrasan poblaciones lejanas, a la ceguera de las cámaras de los telediaris. Habituadas al confinamiento de por vida en el estrecho recinto la pobreza.

Nuestro confinamiento se acabará, pero continuaremos confinados en nuestra indiferencia egoísta igual que siempre. El relato de *La máscara de la muerte roja*, de Edgar Allan Poe, es nuestra parábola. Narra cómo la epidemia asola el país del príncipe Próspero, quien se encierra en un enorme palacio amurallado con los nobles y los ricos, mientras sus súbditos mueren en el exterior. Provistos en abundancia de todo y ajenos al dolor exterior banquetean, festejan y se divierten sin descanso, seguros de que la muerte roja no va con ellos. Hasta que el príncipe organiza un baile de disfraces. Allí aparece una figura con la máscara de la muerte roja que trae la justicia y el castigo. Pero estamos a tiempo de cambiar el diagnóstico. ¡Ojalá no nos encerremos a las endemias de otros! Luchar por nuestro derecho es justicia. Luchar contra las endemias ajenas, luchar por la justicia para los demás, por la salud ajena y contra su ruina es caridad, que es lo que prohíbe el egoísmo endémico al que hay que resistir.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN POR DOMICILIACIÓN BANCARIA

Fotocopie y envíe este formulario

Para enviar a la Fundación E. Mounier (Melilla, 10 - 8° D / 28005 Madrid)

Nombre _____ Apellidos _____

DNI _____

Domicilio _____

Población _____ Provincia _____ C.P. _____

Correo electrónico _____

Banco o Caja _____

Domicilio de la entidad _____ C.P. _____

Código IBAN (International Bank Account Number) (escriba todos los números)

--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--

Importe: _____ €, que corresponden a (marque lo que corresponda):

☐ Suscripción a la revista *Acontecimiento* (4 números, 16,00 €)☐ Cuota de socio del Instituto Emmanuel Mounier (desde 35,00 €/año)

(la cuota incluye la suscripción a Acontecimiento).

Para enviar a su Banco o Caja

Lugar y fecha _____

Banco o Caja _____

Domicilio de la entidad _____

C.P. _____

Agencia N.º _____

N.º de cuenta _____

Sr. Director de la Sucursal:

Le ruego que, hasta nuevo aviso, se sirva abonar los recibos presentados por la Fundación Emmanuel Mounier con cargo a mi C/C o Libreta de Ahorros.

Firma: _____

Titular _____

Domicilio _____

Población _____ C. P. _____

Emmanuel Buch

Miembro del Instituto E. Mounier

¿CÓMO NO PEDIROS PERDÓN?

El espanto de Moria, Lesbos

El Tribunal de Estrasburgo, Tribunal Europeo de Derechos Humanos, ha avalado hace unos días (escribo a mediados de febrero de 2020) la práctica de las «devoluciones en caliente» de la policía española, en concreto de dos personas que en 2014 saltaron la valla de Melilla y que fueron entregadas a las autoridades marroquíes inmediatamente después de pisar suelo español, sin opción de ser escuchadas ni de pedir asilo. El TEDH considera en su sentencia que los dos hombres «eligieron no utilizar los procedimientos legales que existen para entrar en España» y, por tanto, la expulsión directa en la frontera, «es consecuencia de su propia conducta». El Tribunal parece desconocer que los llamados procedimientos legales son en la práctica inalcanzables para los solicitantes de asilo; de hecho, las dos personas mencionadas llevaban dos años en los alrededores del monte Gurugú esperando la posibilidad de pasar al otro lado de la frontera. Parece ignorar también que en el puesto fronterizo donde ocurrió el salto, el de Beni Enzar, no había entonces oficina para pedir asilo. Por cierto, a modo de repique de la sentencia de Estrasburgo, Fernando Grande-Marlaska, ministro del Interior, anunció días después el incremento de la altura de las vallas de Ceuta y Melilla en un 30% (10 metros en algunos tramos).

Más allá de recovecos jurídicos, nos hallamos ante el (pen)último capítulo de una misma política miserable de una Europa cuya visión migratoria gira en torno a los ejes de seguridad propia y de externalización. Desde luego, se trata de una tragedia compleja que no admite propuestas de solución ligeras ni demagógicas. Baste recordar que en 2015 más de un millón de personas pidieron asilo en la UE. Pero es necesario recordar también cómo se «resolvió» aquella situación dramática: el flujo se cerró tras un acuerdo de la UE con Turquía para que ejerciera de dique de contención a cambio de 6.000 millones de euros. Como solución final hacia afuera, acreditar a Turquía como carceleiro. Como estrategia hacia adentro, el olvido; ahí está

el silencio de los medios a falta de alguna imagen dramática que llevarse a la pantalla.

El drama de los refugiados aspirantes a tal reconocimiento en Europa tiene nacionalidad: sirios y afganos, sobre todo. Más aún tiene rostro, uno por cada una de las personas que lo sufre. Ahí siguen, a las puertas de Europa, varados en las islas griegas del Egeo: más de 42.000 personas repartidas en Samos, Chios, Leros, Kos y, sobre todo, Lesbos. Según UNHCR, a 21 de febrero de 2020, en la isla de Lesbos sobreviven 20.077 refugiados: 77% de Afganistán, 8% de Siria, 4% de Somalia, además de otros de Irak o Congo; del total de personas, las mujeres representan el 24% y los niños el 40% (de éstos, 7 de cada 10 son menores de 12 años; el 14% menores no acompañados). Por cierto, desde la antigua ciudad de Troas, en las costas turcas, no muy lejos de Lesbos, partió también hacia Europa hace dos mil años, el apóstol Pablo en su primera incursión a tierras europeas. ¡Qué paradoja!

Si Lesbos es un ejemplo, el campo de refugiados de Moria, cerca de Mitylene, capital de la isla, es el escándalo mayor. Pensado para recibir precariamente a 3.000 personas, en este momento acoge (?) a 20.000 seres humanos: hombres, mujeres, niños, bebés, ancianos. Supervivientes de guerras, pero también de miles de kilómetros atravesados de forma precaria, bajo peligros de todo tipo, traumatizados, agotados, y ahora en ese campamento, casi abandonados y en las últimas semanas confinados, a modo de inmensa leprosería. Una letrina portátil para varios cientos de personas, muchas menos duchas, apenas agua o electricidad; habitando en su gran mayoría en tiendas construidas por ellos mismos con unos pocos palés de madera y envueltas en plásticos. El frío húmedo de la isla se convierte en un enemigo cruel para todos, calzados con chanclas playeras, vestidos con camisetas y alguna que otra manta. Las noches se hacen insufribles y se intenta combatir con pequeñas hogueras... que hace pocos meses provocaron un incendio voraz quemando los frágiles refugios de palés de madera



IMÁGENES DEL CAMPO DE REFUGIADOS DE MORIA, TOMADAS EN JULIO DE 2017 Y ENERO DE 2020. NICOLAS ECONOMOU/NURPHOTOS & DIMITRIS TOSIDIS/EPA.

y plásticos en el que murieron quemadas una joven y su bebé. Varias horas en la «línea» para recoger un croissant a modo de desayuno (no hay leche ni agua caliente), varias horas más para recoger una ración de comida que sirve un catering desde Atenas (¿por qué impidieron a la ONG REMAR que siguiera suministrando gratuitamente los alimentos, como hizo durante meses?), y de nuevo varias horas para recibir una cena aún más frugal. Y de línea en línea pasan los días, las semanas, los meses, a veces años, a la espera de una respuesta administrativa a su solicitud de asilo, después de haber quemado antes más semanas o meses hasta que pudieron cursar la solicitud. ¿Cómo sorprenderse del número creciente de autolesiones entre adolescentes o del goteo de suicidios de los adultos?

¿Qué piensan hacer las autoridades? De momento, el gobierno griego ha anunciado su firme intención de instalar antes del verano una barrera de boyas de varios kilómetros de extensión entre la costa de Turquía y las playas de la isla de Lesbos (una distancia de apenas seis kilómetros en algunos puntos), para impedir la llegada de embarcaciones. También ha comenzado a expropiar terrenos en la isla para crear nuevos campos de refugiados, pero ahora cerrados, cárceles perfectas, a diferencia del actual, del que sus habitantes todavía pueden salir a pasear por los campos cer-

canos, mientras se hacen ilusoriamente ilusiones de un futuro mejor. Como único argumento para responder a las protestas de los ciudadanos de la isla ante las expropiaciones, el gobierno ha enviado varias compañías de antidisturbios. Cada día se suceden huelgas y manifestaciones, alborotos, pequeños incendios en las calles y los campos. Y se suma la amenaza del coronavirus que pueden traer consigo los refugiados que siguen llegando a diario. El cansancio y la crispación ante una situación insostenible para todos puede desembocar en cualquier momento en un estallido de ira y rabia incontrolable.

Hace siglos, en otra tierra de Moriah, Abraham levantó el cuchillo contra Isaac, pero Dios le detuvo. En esta Moria moderna y griega, el cuchillo se descarga con saña sobre el cuello de los más débiles una y otra vez, día tras día, entre la crueldad de unos y la indiferencia hipócrita de los demás. Ciertamente, no cabe en Europa todo Afganistán, toda Siria, toda Somalia, todo el mundo pobre. ¿Pero no cabe otra política? ¿No cabe otro corazón? ¿No hay lugar para una política con corazón? Les expoliamos allí y les rechazamos aquí. Sólo les queda un palmo de tierra en el fondo del mar como alternativa para plantar sus tiendas. ¡Cómo no pedirles perdón! ¡Cómo no avergonzarnos de nosotros mismos!

Carlos Díaz

Miembro del Instituto E. Mounier

LA DULCE MILITANCIA

La *razón dignada*: dos rinocerontes embistiendo entre sí no lograrán otra cosa que dejar herida la tierra; dos indignados burgueses se calmarán cuando acomoden sus quejitas asimilables, dos poetas tonitronantes que braman fuego y plomo solo marearán palabras esdrujulisimas. Todo eso es una ventilación emocional del ego descompuesto por parte de aquellos que *dal cul fanno trombetta*, un pedo existencial. Nunca *indignatio fecit versum*, porque el *verso* surge cuando es *versus*, cuando deja de berrear y se pone a hacer una *versión* que es *con/versión*, llanto y canto y esfuerzo y donación de sí con los otros, aquellos otros que están tan derrotados por la poquedad de su palabra, que ya no se quejan ni indignan, llegando incluso a convertirse en la voz de su amo.

Pero el más elemental gesto de energía protestataria (antítesis del postureo eticoide, artificial e hipócrita, burbuja narcisista: *voy a la manifa porque es diver y me ven*) de quien lucha —y no hace *como que* lucha— es salir a la calle y concitar su aliento con los de otros que alientan, que unen, aunque sea diversificando, pero dejándose si es preciso jirones de la piel desnuda sobre el asfalto, y no por ocioso belicismo, sino porque debajo del asfalto está la playa: «La vida no vale nada/ si no es para perecer/porque otros puedan tener/lo que uno disfruta y ama» (Pablo Milanés).

La *dulce militancia*, tan guapa, tan vestida de azul en la protesta, tan uniformada con su corsé revolucionario y su tapabocas y su palestina, viviendo para joder a falta de no poder joderse a sí misma, tiene un problema: «el problema de *vivir a la contra* es que, en una suerte de profecía autocumplida, esa necesidad de conservar las referencias para seguir manteniendo

el equilibrio puede llevarnos a alimentar monstruos y cadáveres que acaben tomando forma y vida»¹. ¡A mí la legión, a mí todos los derechos sin deberes! ¡Y *bi-ban* las redes sociales! Y, después de bien enredados los abajo firmantes, el más enredador se lleva la casa, la red y la pecera, se compra un chalet de lujo, sus fans le bendicen, ingresa dos nóminas de ministro-ministra, claro, y la nana mece las cunas de las mellizas, no faltando los voluntarios aspirantes a algún carguillo que se ofrezcan para cuidar a las criaturas. ¿Y si no podemos seguir con el gasto de nuestras hazañas bélicas? ¿Cómo que no podemos? El Estado es una *nursery* para pagar mis facturas, sí podemos.

En fin, dulce militante, tú a lo tuyo, tú se tú mismo, continúa con esa política de identidad egorrelativa, visibilízate, contonea, trabaja los movimientos de tu culo tan sentimental, tan vulnerable. El militante dulce se derrite, es puro victimismo, y lo que está gritando es ayuda barata, fácil, couchinología, pues una víctima está autorizada para decir «no es mi culpa, no es a mí a quien se deben pedir cuentas, una víctima no tiene deudas, sólo créditos... La victimización nos empuja a la dinámica de la queja y a su vez nos encierra en la lógica de la victimización»². Y cierro con estas sabias palabras de un libro sabio: «En suma, la victimización lo que hace es convertir la frustración, el miedo y la pérdida en algo consentido e incluso en algo *con sentido*, reconocido, aunque sea precisamente por el hecho de que es desconocido. Con lo cual fomentamos la experiencia de un vacío que sólo el resentimiento puede llenar»³. Un resentimiento llamado novolatría, que se extiende como una mala peste.

1. García Inda, A: *La dulce militancia*. Ed. Mensajero, Bilbao, 2019, p. 133.

2. *Ibi*, pp. 149-150.

3. *Ibi*, p. 151.

Federico Velázquez de Castro González

Dr. Ciencias Químicas

SER HUMANO: ¿NATURALEZA O CULTURA?

El origen filogenético del ser humano es sobradamente conocido. Aunque todavía permanezcan eslabones perdidos, el género *Homo* se engloba dentro de los primates, con alguna de cuyas especies compartimos más del 99% del código genético. Los humanos desarrollamos una fisiología, como el resto de los seres vivos, participando del aire, el agua, los alimentos..., a través de los que todos obtenemos energía. Asimismo, mantenemos instintos (conservación, sexual, maternal), aunque nuestra agudeza sensorial esté notablemente disminuida.

Sin embargo, esta pequeña porción diferenciada en nuestros genes ha hecho del ser humano una especie diferente. Más allá del cerebro reptiliano y límbico, poseemos un córtex en el que se asientan los rasgos que mejor nos definen. Entre ellos, el desarrollo de la cultura, es decir, la comprensión e interpretación del mundo a nuestro alrededor y el desarrollo de instrumentos con los que mejorarlo. Paralelamente, el surgimiento de una ética, cada vez más elaborada, resumida finalmente en tratar a los demás como te gustaría que lo hicieran contigo, fue definiendo los ejes de nuestra convivencia, ya que una de nuestras grandes novedades fue romper con las leyes biológicas de la selección natural, en su sentido más restrictivo, dejando aparecer valores, como la compasión, para encargarnos de nuestros semejantes más desfavorecidos.

Gozamos de una libertad desconocida por el resto de las especies. Podemos regular nuestras necesidades y organizar nuestra vida bajo criterios personales. Estamos libres del *estro* (periodo de celo), lo que facilita el encuentro sexual en cualquier momento deseado. Transmitimos un conocimiento cada vez más complejo (y no sólo las habilidades básicas), y descubrimos el arte y la belleza como expresiones del ser profundo que se asombra ante la inmensidad de lo grande y lo pequeño, e intuye la frontera del misterio.

La historia del paraíso terrenal habla poéticamente de ese primer momento de nuestra especie. Tras haber vivido en la inocencia, como el resto de las criaturas, en el momento en que el ser humano adquiere la conciencia deja de ser parte de ese mundo, por lo que debe abandonarlo de forma definitiva. A partir de aquí surge el trabajo que, bien orientado, no debe

constituir un castigo sino vocación, realización, servicio y construcción de la historia, nueva característica que nos aleja de lo puramente animal, ya que, si bien cualquier especie mantiene sus caracteres largos periodos de tiempo, el ser humano desarrolla sus potencialidades haciendo historia y construyendo sociedades más complejas, desde lo moral a lo tecnológico.

Por desgracia, gran parte de ese progreso se realiza de espaldas a la naturaleza, distanciándonos de ella en lo que está resultando un camino equivocado. Aun habiéndonos apartado de sus relaciones sistémicas, necesitamos sentirnos unidos a esa pluralidad de vida, de la que dependemos y con la que compartimos el aliento vital que nos sustenta. Pese a nuestros grandes avances, no representamos ni el 0,1% de la biomasa planetaria, y una observación serena del mundo natural, debería proporcionarnos un baño de humildad, miremos hacia arriba o abajo, grande o pequeño, o en cualquier dirección. Buena parte de los desvaríos psicológicos se verían reconfortados en contacto con la fuente que nos inspira paz, serenidad y belleza.

Pedagogos como Giner, poetas como Wordsworth, místicos como Juan de la Cruz, coinciden en mostrar la naturaleza como maestra, educadora, inspiradora, buscándola para encontrar en ella el apoyo y el estímulo para las más altas metas, cuando no el reflejo de lo desconocido, que sugiere y pacifica.

Esta es la delicada y misteriosa frontera humana: saberse naturaleza y cultura. No mitad y mitad, sino todo y todo: salimos del Edén y comenzamos a vivir con sentido en un camino nuevo. Pero esta gran comunidad humana, lejos aún de la fraternidad por la apropiación violenta de unos pocos de las fuentes de riqueza colectivas, no puede existir de espaldas a sus orígenes naturales. Si bien su retorno es ahora distinto, ético, con una nueva mirada respetuosa, llegando con Albert Schweitzer a sentir reverencia ante la vida. El llegar a ser culturales (entendida la cultura no como una acumulación de conocimientos, sino como la interpretación de la vida), no supone sino una ampliación de la conciencia y no excluye nada, sino que todo queda integrado con profundidad y sentido. Ahí está el desafío de la *naturaleza* humana.

José Manuel Domínguez de la Fuente
Licenciado en Filosofía

DESPUÉS DE LA PANDEMIA, ¿QUÉ MUNDO QUEREMOS CONSTRUIR?



A lo largo del último año se han ido conformando una nueva serie de movimientos populares por el clima con una preocupación centrada en el problema ecológico.

La cuestión que reclaman es sencilla de entender: el ritmo de producción que llevamos supera los límites que la tierra puede soportar. No se puede producir de forma ilimitada en un mundo con unos recursos limitados.

El problema contra el que luchan los movimientos antes citados es el de la crisis climática, que conlleva el calentamiento global, la subida del nivel del mar y muchas otras complejas circunstancias que pueden hacer que la vida se complique, por ejemplo, el fin de los recursos no renovables necesarios actualmente para la vida que llevamos en Occidente.

El capitalismo neoliberal parece tambalearse, aparecen grandes grupos de presión que le muestran que la consigna «crecer o morir» no es posible. O, más bien, grupos que le muestran que crecer de esta manera no es posible sin acabar con el planeta.

RESPUESTA DESDE EL SISTEMA

Ante tales proclamas lanzadas al sistema capitalista, no hemos de olvidar que el sistema vigente se ha adaptado a muchas y diversas circunstancias y, ¿por qué no lo hará ante el problema climático? El capitalismo adaptativo es consciente de la peligrosidad del cambio climático y de las demandas populares. El capitalismo lo tiene claro, la solución que propone para no perder su reino sobre la tierra es el cambio hacia las energías renovables.

La respuesta parece contundente, transformar nuestras ciudades en «ciudades verdes»: cada casa consumirá energía captada únicamente con paneles solares o a partir de energía hidráulica en los países con grandes porciones de costa. En todas las ciudades el transporte será puramente limpio, con coches y transportes públicos que funcionen con energías renovables. Las aceras estarán llenas de árboles y los techos de las casas en vez de tejas tendrán plantas que recojan las aguas de las lluvias y las empleen de una manera útil.

Es más, no solo parece una gran idea, sino que así se enseña en las escuelas. Hoy ya no debería haber prácticamente ningún colegio que no se preocupase por educar a los más peques en la necesidad de reciclar y mostrar lo bonitas y necesarias que son las fuentes renovables frente a las que no lo son y están destrozando el planeta. Si algún colegio quedara sin esta formación, ya hay empresas (muy contaminantes y poco éticas) que se encargan de ofrecer a los colegios programas de «Educación ambiental» en los que invierten muchos esfuerzos para que los niños «aprendan» (y, por supuesto, para lavar su imagen y que no nos cuestionemos qué hay de fondo).

No solo en la escuela, sino en todos los ámbitos públicos que dependen de los Estados se hace gran incidencia en el reciclaje, las energías renovables y el crecimiento verde. Parece ya casi que el Estado ha quedado por completo relegado a la función única de someter a la sociedad a las exigencias del capital, del mercado mundial. Hablaríamos, por tanto, de un Estado empresarial que convierte lo público en propiedad privada, pero, eso sí, de pago colectivo.

En definitiva, el capitalismo ventrílocuo que habla desde el mercado y desde los Estados, logrará superar la crisis climática y adaptarse a un nuevo modelo de crecimiento verde y limpio que se base en fuentes de energía renovables, en una producción sin contaminación y en un nivel de vida alto, pero no contaminante.

La solución capitalista ya está aquí y es real. Este modelo de ciudades verdes ya se empieza a poner en práctica a marchas forzadas, algunas multinacionales ya están construyendo y patrocinando este tipo de ciudades. Incluso, ya puedes (si tienes una importante cantidad de dinero en tu cuenta) comprar una casa en una de estas ciudades futuristas.

CAPITALISMO DE LA VIGILANCIA Y LA SEDUCCIÓN¹

Lo que no explica tanto el capitalismo es que esa ciudad verde también estará hipervigilada: cámaras, sensores, hiperconexión, automóviles inteligentes,

móviles de última generación... Un perfecto caldo de cultivo para una vigilancia extrema de todos los movimientos, deseos y actuaciones de cada individuo.

No hay más que pararse a pensar en la actual crisis del coronavirus en países como China u otros grandes asiáticos que han controlado mejor la crisis por la excesiva vigilancia ejercida mediante el *Big Data*: toda la información recabada de todas las personas y sus movimientos, pudiendo identificar a los enfermos y apartarlos. ¿Quién nos dice que el Capital no usa y usará el mismo mecanismo para ejercer un total control?

Además, la batalla de control versus privacidad la tienen ganada, muchos son los contextos en los que la población no solo prefiere control por parte del Estado-Mercado, sino que lo exige: por seguridad ante atentados terroristas, por salud ante pandemias, etc. Muchas son las excusas que se pueden poner para ejercer un control y una vigilancia continuados, así como mucha es la predisposición de la gente a perder su privacidad ante algo que se les presente como «mejor» para sus vidas. Es como si ya nos estuvieran educando para dichas sociedades de vigilancia y seducción-control total.

¿SOBRE QUIÉN RECAERÁ EL PESO?

Por todo ello, la cuestión climática ahora cambia radicalmente: Si el crecimiento sigue en estas ciudades verdes y dado que la producción de energías renovables requiere del uso de muchos minerales y energía, ¿Sobre quién recaerá el grueso del crecimiento si ya no lo hará sobre el planeta? La producción crecerá proporcionalmente al crecimiento de la pobreza y de la explotación. Los afectados principales serán, una vez más, los empobrecidos y los trabajadores explotados, que cada vez serán más en número y en cualidad. Sobre ellos recaerá todo el peso del nivel de vida de las «ciudades verdes».

Si el imperativo capitalista del crecimiento se quiere seguir poniendo en práctica sin hacer que el mundo explote, necesariamente se tiene que apoyar en el decrecimiento energético y de consumo de muchas

1. Una reflexión sobre esta cuestión se puede encontrar recogida en la obra de Byung-Chul Han, *Psicopolítica*. Herder, Barcelona, 2014.

personas muy empobrecidas, para que puedan seguir creciendo las más enriquecidas.

En primer lugar, y siguiendo las leyes de la termodinámica que advierten que las cantidades de energía total serán siempre las mismas, toda la energía que se gaste y se emplee en las «ciudades verdes» (que no será poca para mantener el ritmo de vida de una ciudad enteramente digitalizada y necesitada de energía constante), será más energía de la que le correspondería gastar per cápita si tomamos como referencia todas las personas del mundo y, por ende, alguien tiene necesariamente que quedarse sin ella.

En segundo lugar, al capital le interesa seguir investigando y creciendo a pesar de que recaiga sobre muchas personas y sus vidas. Por tanto, el ritmo de vida occidental que quiere preservar hace que la cantidad de minerales necesarios para generar las tecnologías que recogen las energías renovables sea insuficiente para todas las personas. Es decir, que no hay minerales suficientes en el mundo para que todas las personas puedan tener energía renovable para llevar el estilo de vida occidental. De esta forma, si se continúa con el actual ritmo de vida y todos los minerales se emplean para que se lleven a cabo las ciudades verdes, será en detrimento de las personas empobrecidas que jamás podrán alcanzar la energía necesaria para lograr una vida digna.

El capitalismo que se apoya en oprimir a la mitad de la humanidad para que la otra mitad viva a unos niveles altísimos se hará más extremo cuando la primera mitad viva en ciudades tecnologizadas y «verdes» y la otra mitad no solo esté explotada, sino que cada vez tendrá menos energía para poder vivir.

En dicha situación la plusvalía no se referirá solamente al excedente económico que se lleva el empresario del trabajo que no paga al trabajador, sino que se aprovecha de su vida entera y de su energía por completo para usarla, a placer, en las nuevas ciudades.

VOLVIENDO A LA ACTUALIDAD Y LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

En definitiva, creo que movimientos como de los que hablaba al principio son importantes, pero su actividad debería tener la base teórica fundamental en la justicia social y no meramente en la lucha contra el cambio climático al margen de los empobrecidos y de los trabajadores explotados. Ya E. Mounier afirmaba que la revolución será ética o no será y será estructural o no será.

Un movimiento social fuerte que quiera hacer frente a la situación actual y a la que se nos adviene, tiene que tener sus raíces necesariamente en la justicia social. Si la lucha no parte de una reconstrucción del sistema del mundo, de poco servirá. En ese sentido, A. Gramsci advertía que una actividad revolucionaria solo volverá a ser posible cuando una reconstrucción ideológica radical pueda volver a encontrarse con un movimiento social real.

Actualmente, nos encontramos en plena crisis del coronavirus, una crisis que dará paso a otra mayor económica y social. Ante esa situación solo caben dos posibilidades: un reforzamiento del capitalismo, volviendo más fuerte que nunca (como ya hemos explicado antes) o aprovechar este momento para un cambio real, un cambio de sistema desde abajo, un gran cambio que parta de la cooperación, el apoyo mutuo, la solidaridad.

No faltan las propuestas de nuevos estilos de vida y de sociedad que permitan una vida digna para todas las personas, de una forma mucho más cooperativa y de apoyo mutuo: construir una política de lo común, lo común como principio de emancipación del trabajo, municipios democráticos cooperativos, convertir los servicios públicos en instituciones de lo común, establecer los comunes mundiales, instituir federaciones de lo común, etc.² No será fácil, pero hoy y ahora tenemos la llave del mundo que queramos construir de aquí en adelante.

2. Véase en la obra de Christian Laval y Pierre Dardot, *Común*. Gedisa, Barcelona, 2015, pp. 513-648.

José Antonio Barra Martínez

Licenciado en Historia y agricultor ecológico

¿QUÉ SON LOS ACUERDOS DE COTONÚ, VIGENTES HASTA DICIEMBRE DE 2020, Y CUYA RENEGOCIACIÓN ESTÁ EN MARCHA?



© European Union, 2018
Reproduction is authorised, provided the source is acknowledged

MAPA DE LOS PAÍSES FIRMANTES DEL ACUERDO DE COTONÚ. FUENTE: CONSEJO EUROPEO

Los acuerdos de Cotonú afectan a las relaciones de la Unión Europea (UE) con 79 países de África, el Caribe y el Pacífico.

Con el Tratado de Roma, firmado en 1957 por Alemania, Holanda, Francia, Italia, Bélgica y Luxemburgo, se creó la Comunidad Económica Europea (CEE), dando así un gran impulso a la construcción de la actual Unión Europea. En aquellas fechas, la mayor parte de África era todavía territorio colonial, y Francia quiso que sus colonias mantuviesen con la CEE unas relaciones especiales, exigiendo que éste quedase recogido en el Tratado de Roma. Aunque otros países de la CEE no tenían ningún interés en este asunto (como Alemania, que no tenía colonias por haberlas perdido al final de la Primera Guerra Mundial) se atendió la petición francesa añadiendo unos anexos al Tratado de Roma en los que se «otorgaba» un tratamiento especial de asociación a los Territorios

de Ultramar Franceses, al Congo Belga y a las Antillas Holandesas.

Cuando, en los años 60, se produjeron la mayor parte de las independencias de los países africanos, esta asociación inicial pasó a convertirse en la Convención de Yaundé (1963), tratado que regulaba las relaciones del entonces Mercado Común Europeo con 18 países recién independizados, todos ellos excolonias de Francia, Bélgica y Holanda.

En 1973 entró a formar parte de la CEE el Reino Unido (Inglaterra). Para adaptarse a esta circunstancia, la Convención de Yaundé fue sustituida por el Convenio de Lomé, que incluía a los países de Yaundé, más los 28 países (excolonias inglesas) de la Commonwealth. Con este nuevo acuerdo, revisado cada cinco años (Lomé I, II, III, IV y IV revisado), se llegó hasta el año 2000, momento en que fue sustituido por el Tratado de Cotonú, vigente hasta el 29 de febrero de este año

2020, y prorrogado hasta el 31 de diciembre ante el retraso que lleva su renegociación, iniciada ya en 2018.

Todo este conjunto de acuerdos se suele conocer como tratados de la Unión Europea con los países ACP (África, Caribe, Pacífico). Se trata de acuerdos promovidos por Europa y cuyo objetivo es mantener algún tipo de relación especial con los antiguos territorios coloniales. En su evolución se pueden distinguir dos grandes etapas: la Yaundé-Lomé hasta el año 2000, y la Cotonú a partir de entonces.

La Etapa Yaundé-Lomé se caracteriza por tres tipos de intervenciones, siendo la principal la relativa a medidas arancelarias (los aranceles son las tasas aduaneras que deben pagarse cuando las mercancías exportadas llegan a sus países de destino). La filosofía general de esta etapa es que la UE no cobra tasas a los productos que llegan desde los países ACP, a los que, sin embargo, se les permite mantener ciertos aranceles sobre los productos que llegan desde la UE. Esto, que es un sistema de *preferencias comerciales no recíprocas*, en principio, parece algo bueno para los países ACP, sin embargo, todos los estudios que he podido leer coinciden en que el resultado de estas medidas ha sido negativo. Las exportaciones de los países ACP hacia la UE han resultado ser mayoritariamente petróleo, minerales y algunos productos agrícolas (sólo los que no compiten con la agricultura europea protegida por la PAC). Por su parte, las manufacturas industriales procedentes de los países ACP, que hubiesen podido ser las grandes beneficiarias, han quedado casi al margen del proceso debido a que estos países tienen poca capacidad para producirlos y ninguna para ser competitivos. Así, Europa ha conseguido que llegue a ella sólo lo que necesita, logrando por otro lado unos buenos mercados para sus productos manufacturados. En otro orden de cosas, todo el sistema Yaundé-Lomé-Cotonú supone una discriminación hacia los países pobres no ACP, como lo demostró la denuncia ante la OMC presentada por Colombia, Costa Rica, Nicaragua, Venezuela y Guatemala contra las importaciones europeas de las bananas procedentes de países ACP, privilegiadas por el tratamiento arancelario.

Junto a las medidas arancelarias se creó el Fondo de Desarrollo, que pretendía aportar financiación en todo el proceso. Este fondo no forma parte del presupuesto de la UE, y está constituido por aportaciones

directas de los países europeos. También se crearon dos mecanismos, el STABEX y el SYSMIN, para intentar compensar la excesiva dependencia que las exportaciones tenían de ciertas materias primas.

A partir del año 2000, al sustituir los acuerdos de Yaundé-Lomé por los de Cotonú, se produjo un cambio cualitativo. Hasta ahora se mantenía la idea de *no reciprocidad*, que permitía a los países ACP disfrutar de algunas ventajas. Esta idea generó conflictos con otros países y con la Organización Mundial del Comercio (la OMC, encargada de defender el libre comercio), pero la UE siempre encontró huecos en la normativa de la OMC con los que justificar la no reciprocidad, que se fue prolongando hasta 2007, momento desde el cual la UE pasa a intentar una política de *Acuerdos de Asociación Especiales* (AAE). Y es aquí donde se da el verdadero cambio, ya que se trata de firmar muchos acuerdos bilaterales de la UE con países sueltos del grupo ACP o con grupos de ellos. La UE quiere que estos nuevos acuerdos se ajusten a las exigencias de la OMC y renuncia a la no reciprocidad pretendiendo que los nuevos acuerdos sean relaciones entre iguales. Respecto a ajustarse a las exigencias de la OMC cabe decir que los acuerdos de la etapa Yaundé-Lomé pudieron eludir algunas de las exigencias de la OMC porque la UE quiso que así fuese. Ahora, en Cotonú, la UE no quiere ni intentarlo. El hecho de que las nuevas relaciones vayan a ser entre iguales, es decir, recíprocas, no es algo que sea exigido por alguna organización o normativa internacional, simplemente es algo exigido por la UE, que puede imponerlo porque es un gigante importador. Los países ACP intentaron que el acuerdo de Cotonú fuera una prórroga del de Lomé, pero no lo consiguieron. Ghana es uno de los países que ha aceptado firmar uno de estos nuevos acuerdos AAE y, según algunos autores, este acuerdo es peor que la misma normativa de la OMC. Dicho con un refrán, en este asunto la UE es más papista que el Papa.

Resultan reveladoras las palabras de Abdoulaye Wade, presidente de Senegal en 2007: «Los *Acuerdos de Asociación Especiales* significan que economías totalmente asimétricas se deberían tratar entre ellas en condiciones de competencia perfecta; aceptarlos significa liberar totalmente nuestros mercados a las producciones europeas sin esperar, como contrapartida,

exportar de manera significativa al mercado europeo» (Eva Valera, p. 23).

Esta igualdad y reciprocidad supone unas pérdidas económicas para ambas partes debida a la supresión de aranceles. El dinero que la UE dejará de ingresar es una parte insignificante de su PIB, mientras que para cualquier país ACP, supondrá una parte muy importante del suyo, con el agravante de que recuperar ese dinero recurriendo a otros impuestos, para los países pobres es muy difícil. La supresión de aranceles difícilmente animará las economías de los países ACP ya que sus exportaciones son fundamentalmente de materias primas minerales o agrarias que la UE necesita, en cualquier caso. En cambio, supone abrir sus mercados a las manufacturas europeas con las que su producción local nunca va a poder competir. Por suerte, los países ACP están poniendo problemas a la firma de estos nuevos acuerdos. Finalmente, hay que recordar que hay elementos nuevos a tener en cuenta, como el Área de Libre Comercio de África (CFTA) que está empezando a funcionar, la Unión Africana, llamada a ser un interlocutor decisivo, o el Brexit. Esperamos, en un próximo artículo, poder explicar qué nuevo Cotonú va a surgir de la renegociación actualmente en curso.

La evolución que hemos descrito de los acuerdos de Cotonú no es un hecho aislado, es algo que forma parte de una tendencia de fondo. La multilateralidad (que es la gobernanza del mundo emanada de organismos multilaterales como la ONU, la OMC y otros) está, en el mejor de los casos, estancada. En cambio, está en auge la bilateralidad, que es la relación país con país, donde cada cual arrima el ascua a su sardina. El poco interés de Trump por los foros de diálogo internacionales forma parte de esa tendencia. Varias décadas antes EE.UU. firmaba el tratado de libre comercio con Canadá y México, y después tratados de libre comercio uno a uno con casi todos los países centroamericanos. La Unión Europea, mucho más discretamente, también firma tratados de libre comercio bilaterales con los países ACP, o interviene en los asuntos internos de Libia, Egipto, Ucrania u Honduras. La bilateralidad es una de las tendencias del día de hoy. La única originalidad de Trump es que no maquilla lo que hace.

Yaundé, Lomé y Cotonú son tratados que encierran intenciones inconfesables recubiertas de hermo-

sas palabras sobre desarrollo, democracia y sostenibilidad: un buen ejemplo de la doble moral con que la UE maneja sus asuntos.

BIBLIOGRAFÍA

- Valera Fernández, Eva. (2012). «Los AAE entre la UE y África. La introducción de la reciprocidad y el caso de Ghana». *Papeles de Europa*, 24, 54-82. https://doi.org/10.5209/rev_PADE.2012.n24.39546
- Casanova Domenech, M^a Elisa. (2005). «Evaluación de impacto del Protocolo del Azúcar CE-ACP». Tesis doctoral dirigida por Montserrat Millet. Disponible en <http://hdl.handle.net/10803/1400>
- Le monde diplomatique* (edición francesa). «Fruits amers de la «banane dollar» équatorienne. Une longue bataille». Editorial. Mayo 2006. Pág 17. <https://www.monde-diplomatique.fr/2006/05/A/13418>
- Ignacio Ramonet. «África dice que no». *Le monde diplomatique* (edición en español). Enero de 2008, p. 1. <https://mondiplo.com/africa-dice-que-no>
- Texto completo del Acuerdo de Asociación entre los Estados de África, del Caribe y del Pacífico, por una parte, y la Comunidad Europea y sus Estados miembros. Disponible en: <https://eur-lex.europa.eu/legal-content/es/TXT/?uri=LEGISUM:r12101>
- Orden de lanzamiento de la renegociación disponible en: https://ec.europa.eu/commission/presscorner/detail/es/IP_18_3930
- Acuerdo de la UE autorizando la prórroga del tratado hasta el 31 de diciembre de 2020: https://eur-lex.europa.eu/legal-content/ES/TXT/?uri=uriserv:OJ.L_.2019.300.01.0001.01.SPA&toc=OJ:L:2019:300:TOC
- African, Caribbean, and Pacific Group of States. Sitio web del grupo de países ACP: <http://www.acp.int/node>

Antonio Calvo Orcal
Profesor de filosofía (Zaragoza)

A VIDA O MUERTE

¿Qué es el hombre? El único ser en el que la realidad se piensa a sí misma. El único ser consciente de su limitado conocimiento y de su radical ignorancia. El único ser que, en alas de la humildad, sin las que jamás debería volar, es capaz de adentrarse en el misterio imaginando ideales que pueden hacer que la vida mortal valga la pena ser vivida.

Contra cualquier banalización de la existencia, es menester afirmar, a tiempo y a destiempo, que el caminar humano ha demostrado que la única manera de hacernos bien es hacer el bien, la belleza, la verdad y la comunión, algo que sólo puede hacerse amando, desde la cuna a la muerte.

Todos tenemos la certeza de que, pronto o tarde, vamos a morir. Es el único hecho que se manifiesta a nuestro conocimiento con la contundencia del cien por cien de posibilidades. Irrevocable. No hay vuelta atrás. Sin embargo, para un ser que ama la vida, por encima de todo, sobre todo la de aquel a quien ama, para un ser que experimenta el misterio del amor, morir es un problema, el verdadero problema.

¿Hay vida más allá de la mortalidad? Para el sensato positivista, la sola pregunta es una muestra de estupidez. ¿Por qué no aceptas lo evidente? Vive y muere como un hombre.

Hace poco, un amigo que mueve las emociones de los hombres y los entusiasma haciéndoles caer en la cuenta de la capacidad de transformación que tienen los pequeños actos de amor de cada día, afirmaba que él no necesitaba creer en Dios para que tuviera sentido lo que hacía.

Yo también creo que el amor demuestra su valor al obrar. Le avalan siempre sus obras. Pero, me parece una reducción enorme de nuestra inteligencia menospreciar su poder si, además de reconocer sus obras, no aprendemos con ellas a comprender el misterio. El amor, como nos recuerda toda la tradición platónica, es el que nos adentra y nos impulsa hacia el honor de la Realidad.

Aunque la verdad, por ser misterio, no se nos ofrece plena, la exigencia más importante de la vida humana es la verdad, que se muestra en la capacidad de transformarnos en hombres verdaderos. Si la vida no fuera un misterio, atenerse al conocimiento que nos proporciona la ciencia y su método, sería obligado. Pero, siendo muy poderosa la evidencia de nuestra ignorancia, y la incapacidad de responder a la necesidad de sentido con nuestro limitado conocer, es una falsedad muy dañina otorgar mejor uso de la razón a quien afirma la muerte después de esta vida. La misma falsedad que afirmar la vida después de la muerte, pretendiendo poseer un conocimiento imposible.

Nuestra condición de criatura mortal requiere dejar al misterio ser misterio y, sin embargo, ser capaz de comprender de tal manera su sentido que podamos vivir una mortalidad gozosamente esperanzada en sus penalidades. Las alas que nos permiten volar en la utopía son las del amor. Es la experiencia del amor la que ha creado en nosotros la vida del espíritu, llenando la biología de palabra y de amor. Es el amor quien va creando el ser del hombre y su liberación.

El gran problema de creer que ya sabemos lo que hay que saber y cerrarnos a la esperanza en nombre de un principio de realidad, posiblemente mal entendido, es que nos conformamos con el recuerdo de alguien en vez de afirmar su vida.

Gracias a la existencia del amor, a sus obras, a la experiencia de eternidad que nos hace sentir al vivirlo, al deseo de que exista para siempre lo que muestra, porque una vida que se acaba ya no es vida, comprendemos que la apuesta mejor que podemos hacer es creer, y por lo tanto, vivir ya aquí en el misterio. Lo que se muestra no es algo terrible, sino que la verdad digna de confianza es el amor. Y, si esto es así, el hombre es un ser para la vida. La mortalidad cobra entonces un sentido de inevitable y necesario proceso educativo en el que nadie debería sentirse solo, ni abandonado.

El hombre es un ser para la vida. Si llegamos a aceptar su final es porque es imposible evitar la mortalidad. Pero, acatar la mortalidad no quiere decir crear las condiciones para ayudar a morir antes de tiempo. Por el egoísmo humano, muchos mueren antes de tiempo y sufren más de la cuenta. Muchos se han convertido en rehenes de padecimientos vividos en soledad. La solución final, eficaz y barata, al sinsentido que causa una vida sin amor, sin cuidados, es la eutanasia. Pero, así, sólo muestra un terrible fracaso. Una perversa dimisión, aunque se envuelva en autonomía y dignidad. Una cultura de la vida, hoy, aquí, requiere poner en pie un servicio universal de cuidados de la vida, de todas y de cada una de las personas que formamos esta familia humana. No hay otra.

Este servicio es, sobre todo, necesario y urgente para quienes menos tienen, para los empobrecidos que no pueden pagárselo. Es un asunto de política verdadera. Es evidente que la política y su servicio de amor, no puede dejarse en manos de personas mal educadas, distraídas, o desorientadas.

En el momento actual, en España, esto quiere decir, al menos, que, *sin poner en pie un servicio universal de cuidados para la vida hasta su final, todo está falseado.* Las personas necesitamos amor, es decir, respeto y cuidado, desde que venimos al mundo hasta que nos morimos, sobre todo, cuando nos encontramos más vulnerables. Si esto no existe, es comprensible que la vida se nos haga insoportable y no le encontremos mejor sentido que abandonarla. Pero, quienes hemos asistido a muchas personas en su debilidad, sabemos que, sintiéndose queridas, las personas quieren vivir hasta el final. El momento oportuno del fin lo dice la vida concreta que se apaga y el amor que siente quien se apaga, tal vez, también el que siente quien le cuida. Y los conocimientos de la ciencia, capaces hoy de sedar la terrible turbulencia, están ahí para ayudar a que todo transcurra con paz-ciencia. Una cultura de la vida sólo puede consistir en cultivar la vida del que se va, y del que se queda, sin que ninguno sepa realmente dónde está.

Jorge Alonso Benítez Hurtado, Gabriela Elizabeth Armijos Maurad, Andrea del Rocío Correa Conde
Profesores del Departamento de Ciencias Jurídicas de la Universidad Técnica Particular de Loja, Ecuador

ACOJAMOS AL MIGRANTE: UNA MIRADA DESDE EL DERECHO

En el sistema capitalista actual podemos ver que más rápido se movilizan los recursos financieros y materiales que los «recursos humanos» (*horribile dictu*). Las personas cada vez cuentan con una serie de obstáculos para trasladarse de un lugar a otro en busca de «mejores condiciones de vida». Si recurrimos a la historia nos percatamos de que las personas siempre han migrado a lugares donde encontraron condiciones o estilos de vida aceptables. Sin embargo, los límites y obstáculos impuestos por el sistema capitalista acumulador y su consecuente distinción entre países «ricos» y «pobres» han logrado incrementar las brechas y desigualdades sociales, ocasionando que el éxodo sea cada vez más grande y dificultoso. El mecanismo efectivo con el que cuenta dicho sistema para expulsar a las personas, se llama Estado (con la connivencia de los grandes grupos de poder políticos y económicos) y toda su maquinaria experta en generar desigualdad, pobreza, anomia, injusticias, entre otros. Un ejemplo de esto es el Marco de la Gobernanza de la Migración de la Organización Internacional de las Migraciones (OIM), que supuestamente desea crear una «buena gobernanza de la migración», una «gobernanza adecuada... en situaciones de crisis» y una migración «segura, ordenada y digna»; nada de esto eficaz en la práctica porque el nuevo capitalismo avanzado y global, de acumulación cada vez más extrema de hoy, utiliza, como dice Saskia Sassen, nuevas lógicas para expulsar a las personas de su lugar de origen. Frente a esta realidad dolorosa necesitamos de urgencia una revolución personalista y comunitaria, es decir una *metanoia*, un cambio sustancial interno y externo en cada uno de nosotros, que implique el sentido de condolencia (compasión) del dolor del migrante o expulsado para abrir nuestras puertas para dar acogida. Sin esto resulta vano todo cambio jurídico, político, económico, entre otros.

1. EL DERECHO-DEBER DE ACOGER COMO UN DERECHO FUNDAMENTAL

Se presenta el derecho y deber de acoger al migrante no solo cuando una Constitución lo establece, formal

o implícitamente, como derecho fundamental, sino cuando el reconocimiento es además fáctico. En la actualidad el derecho a migrar y el derecho al acogimiento son derechos fundamentales en el sentido ideológico —como criterio ético-político— pero no como derechos fundamentales fácticos en el sentido dogmático-jurídico. Para su facticidad el reconocimiento tiene que darse además en la conciencia de los sujetos éticos, lo que implica trabajar con el axioma moral fundamental. El acogimiento como axioma moral fundamental crea el derecho-deber de realizar obligatoriamente su ontología en el momento mismo de su acción. Para lograr esto se requiere de una nueva fundamentación del derecho al acogimiento en la conciencia recognoscitiva del sujeto ético como un derecho-deber. Cabe destacar que no existen derechos por un lado y deberes por otro, para que un derecho sea fundamental se debe eliminar el dualismo existente. Los «dereberes», por llamarlos de alguna forma, son las dos caras de la misma moneda, en una complementariedad intrínseca y relacional.

El deber al acogimiento puede ser entendido como la protección y cuidado que ofrece una persona a quien necesita ayuda por su condición de migrante. Este derecho-deber puede ser entendido en sus tres dimensiones:

1. El derecho a ser acogido
2. El deber de acoger.
3. El deber de dejarse acoger.

El derecho a ser acogido reconoce a la persona migrante un cuidado y protección en el lugar donde se encuentre por parte de quien sabe, quiere, debe, hace, puede brindar dicho cuidado y protección; el derecho al acogimiento se transforma en derechos del migrante sobre mí, mientras que mis derechos son deberes hacia ellos. En cambio, el deber de acoger puede ser entendido como una *gracia ejercida*, como una acción que reivindica los deberes del migrante, dando prevalencia a la mirada del extranjero; esta acción se ejerce como protagonista, dado que el expulsado nos interpela a dar una respuesta a su favor, regalarle derechos constituyéndolo como sujeto de derechos. Por último, el deber de dejarse acoger implica una pasi-

vidad agradecida, recibir lo donado que la otra persona ofrece porque nos dignifica, nos quiere, en definitiva, nos ama de forma incondicional, antecedente y permanente.

4. EL DERECHO-DEBER DE ACOGER EN LA CONCIENCIA RECONOSCITIVA DEL SUJETO ÉTICO

El derecho-deber al acogimiento no será eficaz si la persona ante todo no lo quiere, de ahí la importancia de trabajar con la *conciencia reconocitiva del sujeto ético*. Para que esta autoconciencia se convierta en heteroconciencia se debe trabajar con el yo y tú, con el yo-tú relacional que propone Martín Buber y que al llevarlo a la práctica se transforma en un nosotros personalista y comunitario; acto de acogida que acontece por la compasión que se le tiene al extranjero, es decir, nos condelemos del dolor del prójimo que se encuentra en una situación de vulnerabilidad, haciéndonos cargo del otro.

No existe un deber jurídico de dar acogida al extranjero o al migrante, pero sí existe un derecho-deber frente al axioma moral fundamental del acogimiento; deber que implica dar acogida amable, solidaria, gratuita, afectuosa. Para su cumplimiento las personas no se preparan con sus obras para el encuentro de la acogida; es el encuentro de la acogida lo que les capacita para dejarse acoger. Abrir las puertas del yo en favor de la acogida al migrante con un sí (*fiat*) incondicional y franciscano; en la acogida se perdona al causante de la expulsión que abundó de rechazo. La acogida interesada (inter-esada) es por antonomasia la pregunta por el hermano, pregunta por ende no meramente retórica (entendida como mera piedad del pensamiento), sino pregunta fácticamente ejercida, interesada, *y ello hasta tal extremo que en lugar de indiferente yo quedo como rehén del otro, ligado intrínsecamente a su destino* (Díaz, 1995).

Pero la autoconciencia reconocitiva debe pasar por la dialéctica de la dimensión personal misma para que se procure acogida al migrante: vocativo (llamada), genitivo (respuesta), dativo (regalar-se), ablativo (un caso de qué hablar) y nominativo; sin lo anterior se presenta el acusativo (odio al migrante, xenofobia: yo sin ti y/o yo contra ti).

La acogida incita el ejercicio del vocativo, estar pendiente del llamado, del grito y de lo que necesi-

ta el extranjero, de ese pedir y clamar acogida. Con el ejercicio del vocativo se aprende a descubrir luego el genitivo, el de dar respuesta al llamado del migrante, el responderle solícitamente, convertirnos en el regazo que da acogida, el sustento que vivifica y hace vivir: de ti que me abres la puerta (genitivo), mi hermano migrante que me llama, me exige, me interpela (vocativo).

El vocativo llevado por la mediación del genitivo transita al dativo como una *prolongación natural del ejercicio de la pasividad gozada*, la persona tiende a acoger si en algún momento fue acogido, nadie da lo que no tiene o ha recibido, ejercicio discreto del apoyo mutuo: quien bien suplicó acogida y supo reconocer sabrá por su parte regalar sin contrapartida. Cuando el dativo queda vacante suele venir el acusativo en alusión y en espiral: no dar acogida a nadie, la persona se convierte en xenófoba.

Pero donde abundó la xenofobia sobreabundó la gracia. En la cultura del perdón (restauración de la des-gracia por el poder de la gracia) el que perdona no humilla ni el perdonado se minimiza, sino todo lo contrario: *quien perdona restaura y acoge*; quien es perdonado agradece y recobra la vitalidad. A partir de ahí el dativo adquiere la forma del ablativo, de la donación y el per-don en todos los casos y en todo tiempo y lugar. En definitiva, habla bien de quien le abrió las puertas de su casa que con este hecho se transformó en casa común (*oikos*).

Y es finalmente ahora cuando puedo decir yo: el yo sujeto de derechos y de deberes adulto, maduro, sano. La norma ahora sí es eficaz porque en la autoconciencia reconocitiva impera el axioma moral fundamental consumado.

BIBLIOGRAFÍA

- Buber, Martín: *Yo y Tú*, trad. Carlos Díaz, Herder Editorial, Barcelona, 2017.
- Díaz, Carlos: *Razón cálida: la relación como lógica de los sentimientos*, Escolar y Mayo, Madrid, 2010.
- Díaz, Carlos: *Vocabulario de formación social*, Arzobispado de Valencia, Valencia, 1995.
- Sassen, Saskia: *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*, Katz Editores, Buenos Aires, 2015.

Carmen Herrando

Profesora de la Universidad S. Jorge (Zaragoza)

JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO

No había nada en aquel tapial de barro
donde poner los ojos.

«¡Ten cuidado!», me dijo Juan de Yepes.

«No admítas complacencias», la nada es muy
hermosa.

¡Ve con cautela!

José Jiménez Lozano, *Belleza*.

José Jiménez Lozano nació en Langa (Ávila) en 1930, en la región de La Moraña, donde había nacido Juan de la Cruz cinco siglos atrás. Asistió a la escuela en su pueblo y cuenta de ella que «fue una menesterosa escuela rural, pero por allí paseaban los reyes y los personajes bíblicos, y se veían los océanos»¹... Y tanto estos personajes bíblicos como muchos de los inocentes con los que se encuentra en su infancia protagonizarán buena parte de sus obras: *Sara de Ur* (1989), *El viaje de Jonás* (2002), *Abrán y su gente* (2015)... Pero también Obdulia, Edita, Luis..., rostros de su infancia, de quienes afirma que «seres así sostienen el mundo, la historia y el pensamiento»². Convicción clave en la vida y en la obra de Jiménez Lozano, un escritor —«escribidor», prefería decir— que levanta vida con sus palabras, con las que nos ofrece muchas vidas pequeñas, casi insignificantes, de seres de desgracia, de inocentes, existencias anónimas que sobrecogen y llevan a leer maravillas en lo sencillo y a descubrir el fulgor de lo pequeño.

La guerra civil empezó cuando José Jiménez Lozano tenía seis años y, junto al periodo de la posguerra, fue un acontecimiento esencial en su vida que daría obras como *Duelo en la casa grande* y numerosos cuentos ciertamente conmovedores de los que hieren

sin remedio al lector. Historias que alumbraron en él conversaciones recordadas que escuchó de niño: «las medias palabras de las personas mayores, que hablaban de muertes y encarcelamientos, de sufrimiento y de hambre, de escondites y huidas, o enloquecimientos, pero también de entrega de la vida misma por los otros»³. Cuenta que en aquellos años faltaba mucho la luz, y esto hizo que se acostumbrara «a ver los rostros a la luz de una candela, como si hubiera vivido en el siglo xvii, y a la fascinación y al misterio de las sombras»⁴. *La luz de una candela* es el título de uno de sus diarios.

Estudió en el Instituto de Ávila y terminó el bachillerato en Valladolid, donde estudió Derecho; preparó la oposición para Judicatura en Madrid, pero lo dejó porque se sentía incapaz de juzgar a nadie. Y tras estudiar en la Escuela Oficial de Periodismo llamó a la puerta de *El Norte de Castilla*, cuyo director era entonces Miguel Delibes. Colaboró con el diario en la sección semanal «Ciudad de Dios». Miguel Delibes describe así al José Jiménez Lozano que se presentó en la redacción del periódico: «Traía un aire cándido, presta la risa, una voz levemente chillona y una cabeza formidablemente equipada (de lecturas y de ideas) [...] También, un cierto “ensimismamiento de sabio distraído”»⁵.

En 1963, *El Norte de Castilla* lo enviaba a Roma como corresponsal ante el Concilio Vaticano II. Sus crónicas salieron además en la revista *Destino*, en la sección titulada «Cartas de un cristiano impaciente», donde reflexionaba sobre cuestiones cotidianas y la visión cristiana de la vida. En 1965 se incorporó a la redacción del periódico, donde fue subdirector des-

1. J. Jiménez Lozano y G. Galparsoro, *Una estancia holandesa. Conversación*, Anthropos, Barcelona, p. 98.

2. José Jiménez Lozano, *Los tres cuadernos rojos*, Ámbito, Valladolid, 1986.

3. José Jiménez Lozano y Gurutze Galparsoro, *Una estancia holandesa. Op. cit.*, p. 98.

4. Ibid.

5. A. Medina Bocos (Ed.), *José Jiménez Lozano. Contra el olvido*, Edilesa y Junta de Castilla y León, León, 2002, p. 1.

de 1978 y director a partir de 1992 y hasta su jubilación en 1995. Su primer ensayo, *Meditación española sobre la libertad religiosa*, es de 1966. Quien conozca esta obra sabrá que es un libro esencial sobre nuestra religiosidad; tanto, que haría mucho bien a la Iglesia española su atenta lectura en los seminarios, incluso a más de cincuenta años de aquellas reflexiones. La luz que aporta es clave.

En 1971, Jiménez Lozano publica su primera novela, *Historia de un otoño*, donde narra un episodio triste del monasterio francés de Port-Royal des Champs, al sur de París: su destrucción, ordenada por Luis XIV. La admiración que profesa por las monjas de esta abadía y por los jansenistas que la tenían por centro espiritual se debe sobre todo a que aquellas mujeres dedicadas a la oración y al trabajo se enfrentaron al poder del rey y del papa, no por el orgullo que se les atribuye siguiendo estereotipos faltos de verdad, sino para «afirmar la autonomía de una conciencia frente a cualquier poder». Nuestro autor considera la rebeldía de los jansenistas de tiempos de Pascal como «el primer acto de una conciencia civil en la modernidad histórica»⁶. En su obra está permanentemente presente la defensa de la conciencia como auténtico bastión de la libertad.

En *El Sambenito* recrea en 1972 el proceso inquisitorial de Pablo de Olavide; después vendrá *La salamandra* (1973), una novela sobre la guerra civil, y tras ella una recopilación de artículos: *La ronquera de fray Luis y otras inquisiciones* (1973), y la biografía de Juan XXIII. Su primera colección de relatos breves es de 1976 (*El santo de mayo*), y dos años después publica *Los cementerios civiles y la heterodoxia española*, un estudio histórico de «una parcela importante de la historia de la espiritualidad española moderna, pero sobre todo de su vida social y política [...]», con el que pretende «espantar si fuera posible esos viejos fantasmas que dificultaron nuestra convivencia»⁷. Otra obra para repensar nuestra condición de españoles, como lo es también *Duelo en la casa grande*, un relato de la posguerra, y *Sobre judíos, moriscos y conversos*, ambos de

1982. El último tiene su continuación en la *Guía espiritual de Castilla*, verdadera joya en la que el lector se encuentra con Juan de la Cruz, Teresa de Ávila, Fray Luis, los inquisidores..., y es de 1984; del año es siguiente *Parábolas y circunloquios de Rabí Isaac Ben Yehuda (1325-1405)*, donde se narran hechos del final de la Edad Media en las aljamas españolas.

Vendrán a continuación sus diarios, comenzando por *Tres cuadernos rojos*, de 1986, y seguidos por ocho más que se recogen en *Segundo abecedario* (1992), *La luz de una candela* (1996), *Los cuadernos de letra pequeña* (2003), *Advenimientos* (2006), *Los cuadernos de Rembrandt* (2010), *Impresiones provinciales* (2015), *Cavilaciones y melancolías* (2018). Se trata más bien «de textos variadísimos que incluyen notas de lecturas, impresiones sobre el paisaje, conversaciones acerca de los más diversos temas, comentarios al hilo de los sucesos políticos, apuntes de historias que le han contado, visitas a exposiciones, algunos proyectos, y muchas, muchas reflexiones suscitadas por lo que va leyendo...»⁸; anotaciones, en definitiva, esenciales para entrar en el universo del autor.

En 1988, José Jiménez Lozano recibió el Premio Castilla y León de las Letras. De ese año data otra de sus obras de referencia, *Los ojos del icono*, un ensayo sobre arte y una de las obras publicadas por la Fundación Las Edades del Hombre, ya que nuestro autor fue uno de los grandes impulsores de estas magnas exposiciones promovidas por la Junta de Castilla y León. Ese mismo año publicó los cuentos recogidos en *El grano de maíz rojo*, por los que recibió el Premio Nacional de la Crítica. En 1989 sale *Sara de Ur*, un delicioso relato sobre este personaje bíblico, al que seguirán otros, también basados en la Biblia, ya consignados.

Un libro de cuentos breves, *Los grandes relatos* (1991), y una de sus obras más conocidas: *El Mudejarillo* (1992) ...recreación deliciosa de la vida de San Juan de la Cruz—, junto con *La boda de Ángela* y *Relación topográfica*, ambos de 1993, son los títulos que publica a comienzos de los noventa, periodo en que recibe el Premio Nacional de las Letras Españolas. Por

6. J. Jiménez Lozano y G. Galparsoro, *Una estancia holandesa*, op. cit., p. 24.

7. J. Jiménez Lozano, *Los cementerios civiles y la heterodoxia española*, Seix Barral, Barcelona, 2008, p. 16.

8. Amparo Medina Bocos, op. cit., p. 21.

entonces aparecería su primer libro de poesía: *Tantas devastaciones*, y otra colección de cuentos: *El cogedor de acianos* (1993).

Tras su jubilación, en 1995, Jiménez Lozano publica once novelas: *Teorema de Pitágoras* (1995), *Las sandalias de plata* (1996), *Los compañeros* (1997), *Ronda de noche* (1998), *Maestro Huidobro* (1999), *Un hombre en la raya* (2000), *Los lobeznos* (2001), *Carta de Tesa* (2004), *Las gallinas del licenciado* (2005); y cinco poemarios: *Un fulgor tan breve* (1995), *El tiempo de Eurídice* (1996), *Pájaros* (2000), *Elegías menores* (2002) y *Elogios y celebraciones* (2005). También, otra colección de cuentos: *Un dedo en los labios*, de 1996, y el ensayo *Retratos y naturalezas muertas*, del año 2000, donde presenta y reflexiona casi a modo de susurro sobre temas de los siglos XVI y XVII y presenta a muchos de sus amigos y referentes de este tiempo en el que se gestaron tantas cosas. De 2001 es su *Fray Luis de León*, publicado en una colección de «vidas literarias», y que se centra en el juicio de la Inquisición al maestro y a otros biblistas de la Universidad de Salamanca. Un año después saldría una colección de artículos: *Ni venta ni alquiler*. Toda esta carrera literaria se vio reconocida en 2002 con el Premio Cervantes, el mayor galardón en lengua española.

Pronto nos regaló a sus lectores más obras: *El narrador y sus historias* (2003), más cuentos: *La piel de los tomates* (2007) y un relato breve de Navidad, *Libro de visitantes*, también de 2007. Al año siguiente vendrían *Agua de noria* —novela— y el poemario *Anunciaciones*. Lo mismo en 2009, con *El azul sobrante*, al que siguieron nuevos libros con ocasión de sus ochenta años, en 2010: *Un pintor de Alejandría* y el libro de poemas *La estación que gusta al cuco*, además de otra entrega de diarios ya anotada; y las conversaciones con la profesora Guadalupe Arbona, de la Universidad Complutense: *Las llagas y los colores del mundo*. De 2013 es la novela *Retorno de un cruzado*; y en 2015 no podía pasar por alto los quinientos años del nacimiento de Teresa de Jesús —«la Teresa», como solía llamarla—, y nos ofreció *Teresa*, en colaboración con Teófanos Egido. Siguieron los *Siete parlamentos en voz baja* (2015), siete magníficos discursos, y nuevos poemas: *Los retales del tiempo*. De 2016 es *Se llamaba Carolina*, una novela donde hace un homenaje a los teatrillos ambulantes y a Shakespeare. En 2017 publica una recopilación

de artículos: *Buscando un amo*, cuyo título dice mucho sobre el contenido; y es que Jiménez Lozano ha sido un gran «avisador» del desastre al que estamos abocados si no ponemos remedio... En 2018 nos ofrecía *Maestro Huidobro. Memorias de un escritor*, otra historia fascinante.

José Jiménez Lozano fue hombre de vastísimas lecturas y muy amplios conocimientos. Leer sus libros abre horizontes inmensos a quienes lo hacen porque se descubren en ellos autores valiosísimos de quienes apenas se habla o resultan ya verdaderos desconocidos, y, sin embargo, ofrecen tesoros. En sus libros se aposentan, además, los pensares de quienes él denomina su «familia espiritual», sus «amigos del alma», autores de quienes bebe y con quienes conversa en lo más hondo de su ser: Spinoza, Pascal, Kierkegaard, Simone Weil o Edith Stein... entre los filósofos. Emily Dickinson, las hermanas Brontë o Flannery O'Connor, entre sus amigas escritoras. Miguel de Cervantes, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Fray Luis de León, Azorín o Machado y Unamuno, entre los de aquí, los nuestros, por así decir. Y más y más. Sin olvidarnos de sus amigos jansenistas del XVII y de las abadesas de Port-Royal, las hermanas Arnauld, mère Angélique y mère Agnès, grandes cómplices de nuestro «escribidor».

En su lucidez tan grande, cultivada en el hondón de su alma, al calor de tantas buenas lecturas y desde la esperanza en la Palabra de Dios, José Jiménez Lozano ha sido un gran «avisador» en nuestro tiempo. Hacía esta lectura singular del episodio bíblico de la Torre de Babel: no es que Dios, irritado, confundiera el lenguaje de aquellas gentes que pretendían alcanzar su altísima morada construyendo una torre de gran altura, sino que, al contrario, sintió gran misericordia por ellos. Se unían para tal empresa, trabajando al unísono, y estaban construyendo, además de la torre, un lenguaje unificado que Dios no podía soportar porque veía que los llevaba al totalitarismo y a la barbarie, y en absoluto a la libertad; y Dios había hecho al hombre libre. Por eso evitó, ya al principio de los tiempos, el lenguaje totalitario, por pura piedad, confundiendo así las lenguas de aquellos hombres necios. Pero no aprendemos.

Uno de sus grandes avisos ha sido el de los desastres que se cometen con la enseñanza. A la pregunta que

Gurutze Galparsoro le formula en la conversación que mantienen en *Una estancia holandesa*, él responde como sigue. Consignamos pregunta y respuesta:

Pero hoy se habla de desarrollar la creatividad del niño, de no frustrarle, de ayudarle a sacar lo que lleva como simiente, de que aprenda a aprender; ¡suena bien! ¿Es otra cosa o seguimos en lo mismo con cambio de jerga?

Sí, eso se dice. Y hay un sofisma en lo de enseñar a aprender, porque a aprender se aprende aprendiendo, y no se sabe sino lo que se ha aprendido, lo que se recuerda luego, lo que uno ha asumido y forma parte de uno mismo. Pero dejemos estas cosas o esas otras de «la creatividad». La nueva educación y enseñanza, que ya están dando frutos de una ignorancia espléndida, acompañada de una autosatisfacción mucho más espléndida, es más hipócrita que la antigua. La antigua no ocultaba su carácter de «doma», y esta nueva educación habla del respeto al desarrollo autónomo del niño, pero se lo modela mucho más profundamente incluso conforme a un esquema-tipo psicológico, y ese esquema-tipo es un esquema de oveja sumisa a los estereotipos del tiempo, entre ellos el ocultamiento de la naturaleza trunca de la vida humana, la pintura del mundo como un teatrillo de doña Manolita Chen o un jardín de delicias. Se oculta el universo dantesco que el mundo ha sido y es. Y todo resulta como si se tratara de fabricar un rebaño de ovejas inconscientes y felices. Nosotros sabíamos que existía el mal, y que podíamos ser malos; y a lo mejor eso era traumático, pero era puro realismo⁹.

Y así seguimos, cultivando ciegamente la ovejuna corrección política. Jiménez Lozano ha sido un hombre libre, y en esto de la política solía definirse como un «*tory* anarquista»; lo explica acogiendo a san Agustín, a Pascal y a Kierkegaard, pues se decía agustiniano, pascaliano y kierkegaardiano también en esto.

Suscribía lo que dice san Agustín sobre el Estado: que, cuando no ejerce la justicia, lo componen una pandilla de asesinos y ladrones; y también lo que pensaba Pascal, para quien el aparato del mundo y la política no eran sino falsos constructos mentirosos. De Kierkegaard rescata muchos pensamientos, pero en este asunto se fija en su reflexión acerca de que un hombre solo puede equivocarse, mientras la multitud se equivoca siempre. Pensaba, como Kierkegaard, que la multitud es lo más manipulable que existe porque no hay en ella un «yo» con algo que decir y dispuesto a escuchar a un «tú» y a conversar con él.

Y es que estaba convencido de que no puede haber libertad en la ignorancia y en la banalidad. «No sé el pozo de cieno que dejará en el alma del hombre esta situación nuestra de ahora, o, más bien, no sé la parte de alma que se robará a la humanidad con la reducción de lo humano a la sociobiología, por decirlo de algún modo. Pero quizás lo específico del hombre sea el poder retornar, el poder resurgir, íntegro, de sus amputaciones»¹⁰. Y esa era su esperanza, pues José Jiménez Lozano fue ante todo un hombre de esperanza.

No se han consignado, en este homenaje desde la revista *Acontecimiento*, ni todas sus obras ni todos los premios recibidos en vida, que fueron muchos. A él le importaban poco —más bien nada— los premios y los falsos brillos de este mundo. Se concebía como artesano de las palabras, y supo poner las suyas al servicio de la verdad y alzar vida con ellas, trayendo a sus libros tantas vidas olvidadas, tantos tesoros escondidos, tanta inquietud de los adentros, con los que nos recordaba constantemente, como hacía Miguel de Cervantes —y a él le gustaba subrayar—, que tenemos un ánima. Su vida se apagó el pasado 9 de marzo, como se extingue una pequeña llama. Pero es imposible que se apague su luz. Descanse en paz.

9. *Conversación*, op. cit., p. 99.

10. *Ibid.*, p. 148.

Cuaderno del fuego

Buenas noches: Muchas gracias por estar aquí, por encontrarnos en esta noche de noviembre en este instituto entrañable Suárez de Figue-roa y hacerlo en torno a la poesía, esa cosa tan en desuso, tan de catacumbas y a la vez tan sustancial y necesaria.

Me siento profundamente agradecido a este insti-tuto por mantener este premio (y van por la XXI edición) y cuando decía al comienzo lo de entra-ñable lo decía de verdad, hace 45 años en una de estas aulas veníamos del pueblo en el Renault 4 del padre de Emilina, del Instituto libre adoptado (así se llamaba) a ser examinados de cuarto de bachiller y reválida; también mis tres sobrinos han pasado por él... Y celebra sus bodas de oro, su cincuentenario. Cuánta vida, cuánta luz derramada, cuánto acompa-ñamiento...

Muchas gracias a este Instituto y a todos los que alimentáis la llama y a todos los que han pasado manteniéndola encendida. Gracias a todos los que me acompañáis en esta noche: a mi familia, (un guiño a mi padre que desde Dios comparte estos momentos), a los amigos del alma que siempre están ahí, brindando por la vida y recortando distancias, a mis hermanos sacerdotes, a todos los que habéis dejado el calor del hogar para ser calor y hogar con este cura, muchas gracias, de corazón, muchas gracias a todos.

El poemario lo escribí en el año 2016, su punto de partida es de esas cosas que almacenamos en la memoria del corazón y que me es despertada ante una lápida que aparece en el cementerio, un hecho luctuoso ocurrido en mi pueblo, Granja de Torre-hermosa, en enero de 1947, y junto a él, los relatos de mi abuelo, de nuestros mayores, paisajes de infan-cia (el barranco, el ejido de S. Juan, la charca del Poleo, los cielos tan limpios del pueblo...), olores, colores, sabores, que parecen crecer en nosotros mientras disminuimos, la huella gozosa dejada en la memoria por los relatos que animaron nuestra infan-cia y que vamos recuperando porque nos asaltan en

la medida en que vamos purificando y consumiendo lo vivo, ese pretérito que no acaba de morir porque en él tenemos experiencias que nos ayudan a vivir con más autenticidad, sencillez y pureza.

El hecho triste fue la muerte de un muchacho de 22 años por un haz de leña y las situaciones de miseria y explotación, de miedo y carencias tan fuertes de aquellos años de posguerra me llevan a replantear el sentido de la vida y la muerte, del dolor y la injusticia, del amor, la compasión y la inocencia.

De lo más pequeño, de lo más sencillo y cotidiano recibíamos la luz que nos iba ayudando a caminar. En aquella cultura agraria (mi familia siempre trabajó el campo) todo era manifestación, revelación, luz. Recuerdo que cuando madre María, priora de las Agustinas de Fregenal nos hablaba de las carencias vividas en el convento en esos años, nos contaba las cenas con las seis aceitunas, y la priora de entonces le daba dos de las suyas y cuando ella se negaba a aceptarlas esta le decía: hija, cométe las, que no es bueno que los mayores cenemos tanto.

Dos claves en dos citas: la primera la lápida del cementerio citada que aparece hace unos años con la inscripción (antes era solo una cruz de hierro, oxidada, anónima, clavada en la tierra); otra del poeta portugués Daniel Faria, colega sacerdote que pierde la vida en un accidente doméstico en la abadía benedictina con 28 años y nos deja tres libros decisivos. En uno de ellos, *Explicación de los árboles y de otros animales*, escribe: «Posso abrir trilhos no fogo...» (puedo abrir veredas en el fuego).

La leña, el fuego... toda una llamada a vivir alumbrando, a vivir desviviéndonos por los demás, a hacer de nuestras vidas veredas, surcos, puentes, que posibiliten la siembra, los encuentros, que nos lleven a compartir desde un profundo respeto y pasión por la vida, en una cercanía y compromiso por los más pobres, los más indefensos, los más pequeños... me asalta el mensaje de Jesús en el Evangelio: solo el amor plenifica y da sentido a nuestra vida: «Un mandamiento nuevo os doy...».

Pretendo plasmar en esta pequeña experiencia la mística de lo cotidiano, la llamada a dejarnos sorprender por los pequeños acontecimientos de cada día, llamada a ser fuego que en la consumación vive alumbrando

Un haz de leña

Un haz de leña
es ya un poema
en él pervive la escarcha,
las estrellas y la lluvia

en su entraña habita el fuego
y noches
donde se enrosca el invierno
como una serpiente.

El sol vertebra la luz,
el pájaro prolonga
en su sangre ligera
y caliente su nido.

El fuego es un poema,
como el pan
como las manos de un mendigo.

Vivir sea: ser leña que arde

Solo en la consumación
se alza la luz.

Solo nos queda
lo que damos.

Sea tu corazón
la patria del fuego.

En las primeras noches

En las primeras noches de la historia,
el fuego dormía en el vientre de las piedras,
en las verdes arterias de los árboles,
en los ojos rabiosos del rayo.

Fueron muchas las preguntas.
Nos dijeron que Prometeo
lo devolvió a los hombres
en un descuido de Zeus,

que los pobres
para sofocar su hambre
quemaron las sombras,

y calentando. Una llamada a vivir siendo fuego. No sé si lo he conseguido. Os leo algunos poemas.

que la intemperie y el frío
fueron sus padres.

Yo creo que fue Caín
aquella noche tibia
en que la sangre de Abel
gemía por toda la tierra.

Fue Caín
aquella noche en que no supo
qué hacer con su tristeza.

Martes

He ido con mi madre al cementerio.
Es como un campo sin tiempo.
La solemnidad de los cipreses,
el sacro gorjeo de los gorriones,
el puro silencio
apenas mecido por el aire.
Y nombres.
Un puñado de nombres que alumbran,
un puñado de nombres que arden.
(A Obdulia, *in memoriam*)

Nadie como tu madre dice tu nombre

Cuando lo hace brota Abril
y en su música se despereza el aire.
Nómbjala «reina de tu sonrisa».

Nadie como ella pastorea tus sueños
y llena tu pecho de pájaros.
Nómbjala «reina de tus ojos».

Nadie como ella sostiene la luz
que de su vientre mana.

Nómbjala «reina de tu vida».

Nadie como ella alivia tus llagas
y enjuaga tu tristeza.
El consuelo son sus manos
donde crece la ternura.

Nadie como tu madre dice tu nombre.
Nadie como ella eterniza el fuego

Antonio J. Caballero
Profesor de literatura (Escolapios, Granada)

Fragmentos cotidianos del cuidado

Entre ese pasado y este presente
no hay continuidad, no se da progreso,
sino todo lo más una cita secreta, *una débil fuerza
mesianica*».
Reyes Mate

Han sido muchos los ojos y muchas
las manos que han peregrinado
en los confines de la incertidumbre
y el miedo de la gente.
Ha sido demasiada
la distancia de nuestros cuerpos, -rara-,
si además aproxima
la inquietud misteriosa de las almas.
El sentido recorre en estos tiempos
la impaciencia sin corazón,
y atraviesa los trenes en la niebla confusa
de los códigos de la soledad;
confinados y difíciles.
La ruina que cruza el futuro: luz
desalojada de los sueños
de la modernidad.

Porque
el presente sabrá
que existe porque existe la lluvia casi rota
de los deshechos frágiles
que no tienen el nombre del amor.
Y no quieren mis ojos
la flor, tampoco el brillo de la historia
colosal, solo la nieve que envuelve
los gestos que ha olvidado el porvenir:
el abrazo que nos deviene lentos,
la alegría de la canción que espanta
el miedo, las catedrales vulnerables,
pequeñas, de la noche,
que, al pasar la hora de la vanidad,
cobijan la emoción
del barro sencillo del que venimos.

Quedará por inventar el idioma
que nos separe de este resplandor
que ciega como solo
nos deja ciegos un naufragio.
Quedará recordar
que nadie olvide el temblor de las manos,
como un ángel que multiplica el aliento,
en las orillas de la incertidumbre.

O la luz vaporosa
que nos deja el remiendo del dolor,
pareja a las maneras melancólicas
de la ternura.

Porque un día tendremos donde poner los ojos,
donde dejar caer nuestra vergüenza,
donde postrar la luz de la memoria:
una constelación de estrellas
comprometidas con traernos
un pedazo de cielo, una ventana
y unos balcones,
de par en par, abiertos
al porvenir perdido.

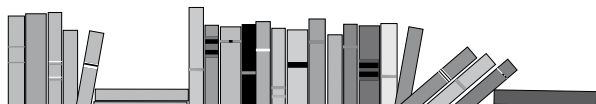
Porque ya llegan,
misericordia silenciosa
de las lágrimas tristes,
no temas, que ya vienen
las huellas
de los que cuidan la fragilidad
y la lluvia del luto en la inquietud
del corazón.

Antonio Calvo
Miembro del Instituto E. Mounier, Zaragoza

A las puertas de la noche

Con las pocas fuerzas que aún te quedan,
cómo resistes, madre, a lo confuso.
cómo reconoces, aceptando, los cabos
que andan sueltos, y ya no tejen bien
la trama de los datos inmediatos,
los que vienen a mover la costumbre
trabajada de tus hatos.
Evitas toda queja, y la desidia,
te lavas y perfumas cada día,
haces del servicio y del cuidado
una ofrenda permanente,
tan discreta y habitual,
que apenas se percibe la excelencia
con que elevas lo ordinario de manera magistral.
Si ser madre es hacerse disponible
para que la vida se difunda y cree
al hijo, y lo aúpe, y lo avive
mientras viva,
tú eres madre, mi bien, sin sombra alguna,
a nadie has negado tu cuidado.
Sería una indecencia el más leve reproche
cuando estás a las puertas de la noche.

(Zaragoza, a 17 de diciembre, del 2019).



La amenaza más letal. Nuestra guerra contra las pandemias y como evitar la próxima

Michael Osterholm
y Mark Olshaker
Editorial Planeta, Barcelona, 2020,
382 páginas.

Un epidemiólogo consciente de las amenazas invisibles que nos acechan puede ser tomado por un predicador apocalíptico o un profeta fanático. Así le ha ocurrido a Michael Osterholm, catedrático de medicina y fundador del Centro para las Enfermedades Infecciosas (CIDRAP) de la Universidad de Minnesota. Este veterano epidemiólogo ha asesorado a diversas instituciones públicas nacionales e internacionales y ha sido asesor del Gobierno Norteamericano. Su libro es, al mismo tiempo, una autobiografía profesional y un tratado divulgativo de epidemiología que reúne simultáneamente rigor, profundidad y claridad. El autor expone con gran amenidad y sencillez los difíciles problemas que los agentes patógenos plantean a la humanidad, que van desde la extensión de la enfermedad hasta la extinción de la humanidad.

La figura de Osterholm, cercana y simpática, encarna al epidemiólogo como predicador. De los profundos conocimientos científicos tienen que pasar a la persuasión de las masas y de los dirigentes, que no quieren malas noticias, para que se preparen para lo que puede venir o, según él, vendrá inexorablemente. Además, Osterholm convence. Quien lea atentamente el libro quedará impresionado tanto por la magnitud del peligro como por vastedad de la ignorancia sobre él.

En sus páginas nos encontramos con un entramado en el que se dan cita la evolución de las sociedades en la era de

la globalización y la evolución de las especies microbianas en constante mutación adaptativa y recombinación creadora de nuevas cepas de imprevisible peligrosidad. Estas nuevas condiciones desafían a los científicos, a los políticos y a todos nosotros para prepararnos para lo peor, algo que no terminamos de tomarnos en serio, por lo que el autor se lamenta del estado de indefensión generalizada en que nos encontramos. Para él, los cuatro únicos sucesos que pueden afectar a la totalidad del planeta son «la guerra termonuclear total. Otro es que un asteroide choque contra la Tierra. El tercero es el cambio climático global, y el cuarto, una enfermedad infecciosa» (p. 78). De todos ellos el más probable es una pandemia, por ello está de acuerdo con el economista y exsecretario del Tesoro Larry Summers: «el coste estimado que tendrán las pandemias y epidemias para la humanidad en el próximo siglo [xxi], suponiendo que la tónica actual no varía, estaría en el mismo amplio espectro, entre un factor de dos o tres, que el coste estimado del cambio climático. Y estoy atónito por la poca atención que se le dedica a este tema comparado con el cambio climático» (p. 322). Esto significa que la lucha contra las enfermedades infecciosas está recibiendo mucha menos atención de lo que merece como amenaza cierta y estremecedora. No hay proporción entre la objetividad y magnitud del peligro y la intensidad de los sentimientos correspondientes.

El contenido del libro detalla los riesgos conocidos, describiendo pandemias y epidemias activas y explicando la experiencia del autor en la lucha contra muchas de ellas. Nos introduce en los mecanismos de variación de las especies bacterianas y víricas,

vemos la película de la mutación y recombinación natural de los virus, pero también las variaciones inducidas por la manipulación genética con diversos fines practicada en los miles de laboratorios diseminados por el mundo, a veces con técnicas de doble función, que podría dar lugar a terapias, pero también al siniestro espectro del bioterrorismo, desde el momento en que es más fácil conseguir un virus letal que un arma nuclear.

Pero el pronóstico más lógico es el de la gripe, tan familiar en todos los países del mundo, que nos acompaña como un animal doméstico, que en un momento dado puede volverse fiero. La gripe también puede volverse una pandemia salvaje, de hecho, no sería la primera vez, como demuestra la pandemia de gripe «española» de 1918-19, originada en Norteamérica y exportada a Europa por los soldados que lucharon en la I Guerra Mundial, hasta dar la vuelta al mundo y dejando a su paso entre 50 y 100 millones de muertos.

La gripe, a la que el autor llama «la reina de las enfermedades infecciosas» se debe a un virus que tiene tres tipos, A, B y C. Sólo el tipo A tiene 198 subtipos, de los que se conocen sólo 18. Tal variedad se traduce en un potencial de mutación tal que se puede dar por seguro que, con el tiempo, aparecerá una cepa tan mortífera o más que la de 1918 (p. 309). Es un mero problema de estadística como el de la predicción de los terremotos, no sabemos el día ni la hora, pero sabemos que en algunos sitios se volverán a producir y se sabe con qué frecuencia histórica. La gripe tiene una periodicidad conocida, la normal es anual, pero esporádicamente tiene que aparecer una gripe letal, porque así ha sido siempre y nosotros no vamos a ser distintos de nuestros antepasados: «Como epide-

miólogos especializados en enfermedades infecciosas, sabemos a ciencia cierta que la gripe pandémica es algo que va a ocurrir en algún momento. Ya ha ocurrido al menos treinta veces desde el siglo XVI y el mundo moderno reúne todos los requisitos para que seamos testigos de un retorno inminente» (p. 311).

En el capítulo 19, titulado «Pandemias: de innumerables a inevitables», el autor cuenta «una historia de ficción, pero no de fantasía» en la que describe un hipotético brote originado en China, que se extiende a nivel mundial. Escrita en el año 2017, esta narración anticipa lo ocurrido con el coronavirus de Wuhan. Las conductas de los políticos, de los sanitarios, de la gente corriente aparece retratada tal como ha sucedido en nuestros días. La profecía se ha cumplido en un tono menor, pero podría cumplirse en un tono mayor con otro virus más letal.

El autor puede decir ahora que nos lo había dicho, que hubo suficientes avisos y que no se le ha hecho caso. Y puede decir que, aunque podría dársele de profeta, es mera ciencia. En el prólogo a la edición de 2020, Osterholm vuelve a la carga, y no se puede decir que no esté cargado de razón. Repasando los brotes de SARS de 2003, de gripe A de 2009, de SROM de 2012, recuerda el capítulo 19 y recalca imperturbable: «¿Qué tienen en común todos estos brotes de enfermedades infecciosas? Todos nos cogieron con la guardia baja, cuando no deberían, Y el siguiente tampoco debería; y dado por hecho, habrá un siguiente, luego otro y luego otro más. Y como hemos advertido en este libro, uno de ellos será aún más grande y uno o varios órdenes de magnitud más grave que el brote de COVID-19. Lo más probable, como hemos escrito, es que sea un nuevo



virus de la gripe con la misma capacidad de devastación que la gran epidemia de gripe de 1918-19, que se cobró la vida de entre 50 y 100 millones de personas» (págs. 13-14), y advierte que en un mundo con tres veces más población y con miles de vuelos diarios, que no existían entonces, la mortandad sería incomparable (en otro lugar estima como

posibles unos 300 millones de muertes).

No podemos recoger aquí los numerosos temas tratados en el libro, pero hay que dar la razón a Osterholm, que insiste en que debemos prepararnos mucho mejor, hacer planes que requieren la coordinación de las instituciones que tenemos y «un liderazgo efectivo» capaz de poner en

marcha un proyecto gigante como se hizo con el Proyecto Manhattan. Los ejemplos pedagógicos del autor son muy expresivos: a nadie se le ocurre construir una ciudad y olvidarse de construir el cuartel de bomberos, sería idiota ir a la guerra primero y encargar después la construcción de portaviones. Pues bien, así estamos respecto a

la salud pública: desarmados, descuidados, indolentes, entregados a la improvisación y desarbolados cuando viene la epidemia, como hemos probado en nuestras propias carnes en este año de la peste.

¿Aprenderemos alguna vez? Este libro nos vendrá muy bien para ello.

Luis Ferreiro

Las grandes epidemias modernas. La lucha de la humanidad contra los enemigos invisibles

Salvador Macip
Ediciones Destino. Barcelona,
2020, 251 páginas.

La pandemia que asola al mundo en 2020 incita a los lectores preocupados, miedosos, altruistas o simplemente curiosos a indagar sobre el submundo microscópico y sus enigmas. En los últimos meses, ese mundo al que habitualmente somos indiferentes ha pasado al primer plano en la conciencia personal y social, suscitando una variada serie de sentimientos y actitudes.

Nada mejor para iniciarse en el inquietante mundo de las epidemias que dejarse llevar de la mano de especialistas que saben divulgar sus conocimientos enseñando y entreteniendo. Salvador Macip es un médico y doctor en genética molecular e investigador de la Universidad de Leicester (Inglaterra). En este libro nos enseña las claves de las epidemias modernas y las posibilidades de victoria frente a los minúsculos agentes que las producen.

En la primera parte, el autor describe y analiza las cuatro grandes amenazas para la salud de la humanidad, aquellas de las cuales se pueden esperar las mayores calamidades: la gripe, el SIDA, la tuberculosis y la malaria. Son muy distintas entre sí, tanto por el agente causante, el modo de infección, el desarrollo de la

enfermedad, etc., pero tienen en común su enorme difusión, su potencial mórbido, su capacidad mortífera, etc., que las hacen prioritarias en la lucha contra las enfermedades infecciosas. También tienen en común que los medios para combatirlos no son todo lo eficaces que sería deseable: no existen vacunas, salvo la de la gripe, que es poco eficaz y no definitiva; los fármacos corren el riesgo de perder eficacia a medio o largo plazo, puesto que los microbios mutan y se recombinan, desarrollándose variedades resistentes; la organización sanitaria es deficiente a nivel mundial y así sucesivamente, de modo que el problema para la humanidad es muy difícil de resolver, más aún, cuando no somos conscientes de estar sentados sobre un barril de pólvora.

La segunda parte del libro examina los rasgos generales de nuestra relación con los microorganismos. En primer lugar, hay que conocerlos, entender su 'personalidad', comprender que la convivencia con ellos es vital, hay más de un millón de especies, están en los orígenes de la vida en la tierra, los llevamos dentro de nuestro cuerpo (si los juntamos todos los de la piel, la saliva, los intestinos, etc., pesarían más de un kilo), nos proporcionan servicios maravillosos (gracias ellos disfrutamos del queso, el yogur, el vino, la cerveza...), en definitiva, tenemos mucho que agradecerles. Pero hay algunos, los menos, que no son pacíficos y matan para vivir, es

el lado oscuro del inframundo que desata las epidemias y acosa secularmente a la humanidad con la enfermedad y la muerte.

En esa lucha la humanidad ha tenido muchas bajas, pero también ha conseguido victorias rotundas como la erradicación de la viruela y victorias parciales como con la poliomielitis. Pero el riesgo de las victorias parciales es que siempre puede resurgir el enemigo, como Cartago para Roma, así que hay que convencerse de que la única solución es la de Catón: *Carthago delenda est*, es decir, destruir los microbios en sus mismos reservorios.

En una lucha que dura siglos, en la que el enemigo se renueva y la humanidad ha adquirido experiencia para defenderse (el aislamiento, la cuarentena, la mejora de las condiciones higiénicas, etc.), pero en los dos últimos siglos ha conseguido pasar a la ofensiva y ha logrado contar con un arsenal prometedor, que hay que cuidar y mantener al día. Han aparecido las vacunas, los antibióticos y otros procedimientos para salvar millones de vidas. Este armamento tiene que renovarse constantemente porque el enemigo aprende y muta, apareciendo los microorganismos superresistentes que dejan obsoletos a los medicamentos actuales, de manera que todavía se puede perder la guerra. Y para cubrir esa necesidad hay que contar con los agentes públicos y privados, teniendo en cuenta que las

inversiones precisas son enormes. Las empresas farmacéuticas operan en bajo condiciones de mercado, de manera que el desarrollo de fármacos está supeditado a las perspectivas de negocio, lo que es un contrasentido, pues se desarrollan productos para una demanda solvente que procure réditos a los accionistas.

He ahí el doble frente que se anuncia en el último capítulo sobre enfermedades olvidadas (dengue, lepra, Chagas, cólera, etc.), otras endémicas (malaria, meningitis, polio...) y enfermedades nuevas aparecidas en los últimos cincuenta años (ébola, legionella, SIDA, SARS...). El escenario se renueva constantemente y el actor principal y más temible entre los conocidos es la gripe, que, por su constante mutación, augura que en algún momento sobrevendrá una pandemia como de 1918, intensamente contagiosa y de alta letalidad. Entre los agentes desconocidos sería una sorpresa imprevisible, pero no imposible.

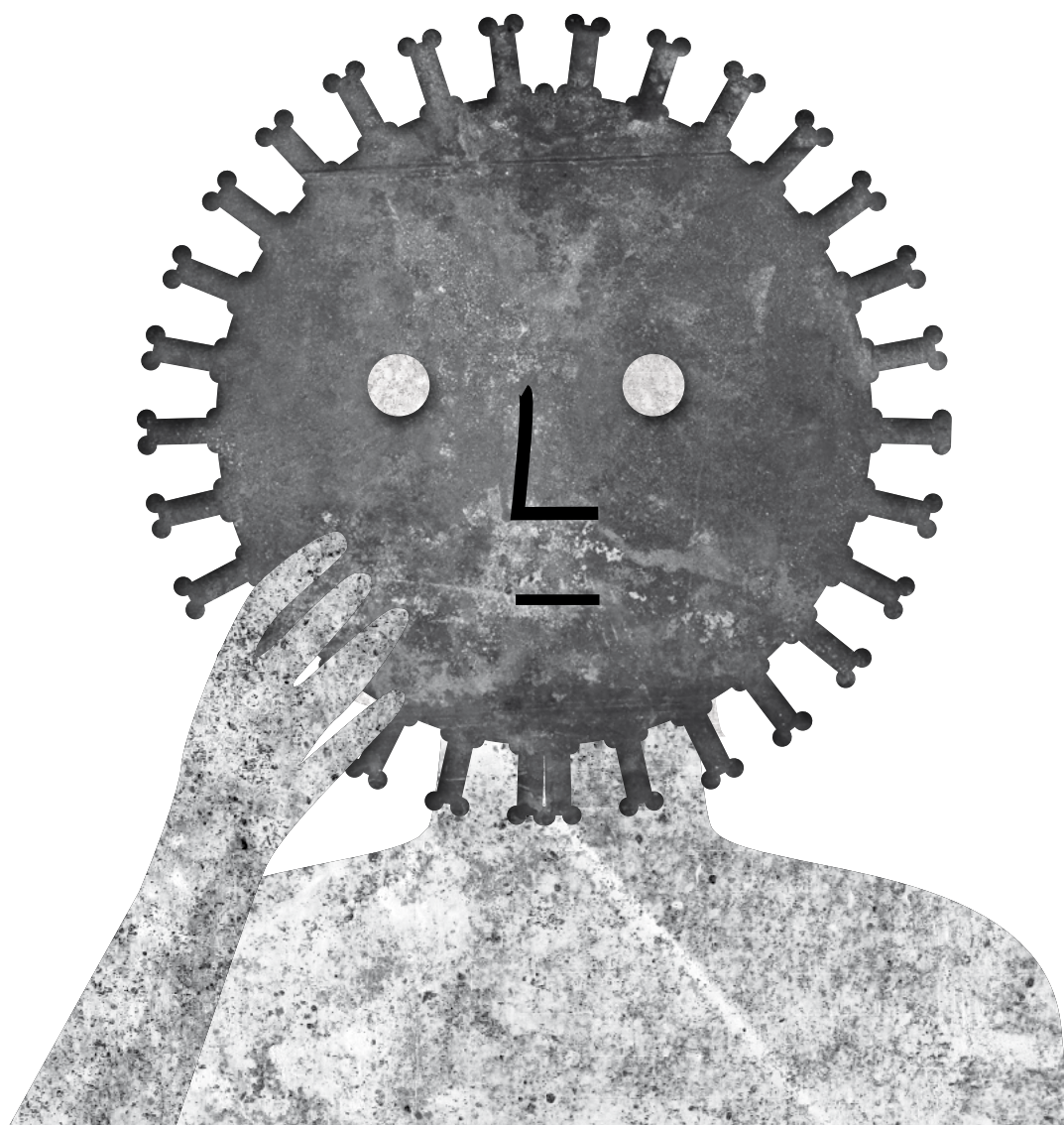
La obra, que es una reedición de la primera de 2010, no está al día en cifras y epidemias recientes, pero es una magnífica y sencilla introducción útil para quienes quieran saber lo básico y algo más y, sobre todo, concienciarse del peligro que nos ronda y que vendrá como ladrón en la noche.

No se trata de angustiarse, sino de estar preparados para lo que pueda venir y pararlo con la cooperación de todos.

Luis Ferreiro

■ Análisis

COVID-19: nuestra peste



PRESENTACIÓN

LUIS FERREIRO

Director de Acontecimiento

La memoria histórica de las epidemias

Nuestra sociedad no tiene memoria histórica de las experiencias fundamentales más aterradoras de la humanidad como son la guerra, el hambre y la peste. Estas calamidades han sido tan frecuentes en siglos pasados que lo realmente raro es que en España la última gran epidemia sucediera hace un siglo (1918), que la última guerra acabara hace 80 años y que de la secuela de hambre ya casi no queden testigos.

Las últimas generaciones han sido muy afortunadas, pero al faltarnos la experiencia de las calamidades, no sabemos poner en su justa perspectiva lo que nos pasa hoy, hasta el punto de no dar crédito a la realidad de los peligros que nos acechan. Siempre creímos que las epidemias les sucedían a otros, nunca imaginamos que los rostros pálidos pudiéramos caer como los indios. Sin embargo, si la memoria histórica nos sirviera para algo más provechoso que para organizar una exhumación y una nueva inhumación de un dictador ya inofensivo e indefenso, sabríamos que las epidemias han matado en Europa mucho más que las guerras.

Así, la peste negra de 1347-1352 asoló a Europa diezmando a la población, acudiendo a la cita con sus desdichadas víctimas en periodos de 8 a 12 años. Por ejemplo, en Francia, desde 1437 a 1536 (189 años) hubo 24 brotes, una media de un brote cada 8 años; desde 1536 a 1670 (134 años) hubo 12 brotes (cada 11 años). Después de 50 años, cuando se daba por desaparecida, en 1720 hubo el último brote en Marsella, donde murieron 50.000 de sus 100.000 habitantes.

Tendríamos que recordar que obras literarias como *El Decamerón*, de Bocaccio, o *Los novios*, de Manzoni, tienen como fondo los escenarios epidémicos de las pestes de 1352 y de 1630. El azote de la peste en Italia provocó, sólo en el siglo XVII, un total de 1.730.000 muertes (14% de la población).

En España hubo tres grandes oleadas en 1596-1602, 1648-1652 y 1677-1685, que se llevaron por delante las vidas de 1.250.000 personas. La Barcelona de 1652 perdió 20.000 de sus 44.000 habitantes. La Sevilla de Murillo en 1649-1650, con 110.000 habitantes, tuvo que retirar 60.000 muertos de sus casas y

calles, donde se acumulaban sin poder enterrarlos en muchos días (Cf. Jean Delumeau, *El miedo en Occidente*, Madrid, 2019, págs. 125-180).

La peste bubónica ha sido la reina de todas las epidemias, pero no ha sido la única, otras muchas han sembrado la muerte periódicamente. En siglo XIX llegaron las grandes pandemias de cólera que nacieron en Asia, afectaron a Europa y a otros continentes, con oleadas que se iniciaron en 1817, 1831, 1852, etc., causando más de 10 millones de muertes.

En suma, la historia da fe de que casi ninguna generación se ha visto libre de epidemias. En los dos últimos siglos, apenas se encontraba un remedio para una peste, no tardaba mucho en aparecer otra, como si un genio maligno acechara a la humanidad para proporcionarle un sobresalto al menor descuido y asestarle un golpe homicida en forma de SIDA, ébola, COVID-19 y los que vendrán a buen seguro.

Por tanto, no deberíamos sorprendernos, la pregunta no es ¿por qué a nosotros?, sino más bien ¿por qué a nosotros no?, ¿por qué no nos iban a azotar los mismos males que han atormentado a la humanidad en tiempos remotos o en regiones lejanas y pobres? Pues, lo raro sería que fuéramos inmunes, lo estúpido bajar la guardia, y lo iluso prepararnos para los males a largo plazo, con grandes y costosas inversiones, y descuidar los más inminentes, que serían más baratos de conjurar: el cambio climático no nos matará dentro de 50 años si ya antes nos ha matado un pequeño virus.

Además de la memoria despertemos también la imaginación. Hay más de 5.000 especies conocidas de virus, y las desconocidas se supone que son millones, de modo que, si insistimos en la terminología bélica de moda, la naturaleza es una gran reserva de armas biológicas, muchas de ellas letales. Hasta ahora la humanidad ha sobrevivido a la amenaza, pero la posibilidad de que sea diezmada, incluso hasta su extinción, no puede ignorarse.

La pandemia actual —comparativamente no muy grave— deberíamos tomarla como un aviso para recordar nuestra vulnerabilidad, y como una ocasión de aprendizaje y entrenamiento para afrontar mejor futuros peligros. 

ITINERARIO DE UNA ENFERMERA EN TIEMPOS DE LA COVID-19

ENCARNA AYUSO

Enfermera. Miembro del Instituto E. Mounier (Madrid)



Parecían lejanas las muertes y contagios por la infección COVID-19 en China. Las noticias que llegaban en el primer mes del año nos ocupaban el rato del café a primera hora de la mañana en el centro de salud, después de haber extraído un buen volumen de analíticas, pero nadie pensaba que nos afectaría. Al fin y al cabo, otras epidemias provocadas también por coronavirus, como el SARS-CoV (2002-2003), que afectó principalmente a China, y el MERS-CoV (2012), a Arabia Saudí, que causaron también enfermedades respiratorias con alta letalidad, habían quedado confinadas a unos pocos países. Y quién recordaba ya el pánico desatado ante la primera pandemia del siglo **xxi**, la de la gripe A en 2009, en la que se previeron millones de muertos y cientos de miles de ingresos en unidades de cuidados intensivos, y cuya gravedad, a la postre, fue menor a la de una gripe estacional. De aquella «pandemia» la OMS salió muy desacreditada y las grandes farmacéuticas, muy beneficiadas. Y contrasta la energía con la que se enunció entonces una catástrofe y la incertidumbre que ha acompañado a las informaciones previas y posteriores al anuncio de la pandemia del coronavirus.

Pero solo había que observar y seguir las noticias. El 30 de enero de 2020, la Organización Mundial de la Salud declaraba una Emergencia de Salud Pública de Alcance Internacional (PHEIC, por sus siglas en inglés) en relación con el brote de neumonía viral con epicentro en China, en Wuhan, una ciudad en el este de China con una población de más de 11 millones, cuando el riesgo de ser contagiado era todavía mínimo. Un día después Rusia cerraba sus fronteras con China, cuando todavía no se había decretado ninguna restricción a los viajes y al comercio, y este dato me pareció muy revelador, parecía un signo premonitorio de lo que estaba por venir. En España aparece el primer caso positivo el 31 de enero, que no motiva preocupación en las autoridades sanitarias españolas. Pero las noticias oficiales y extraoficiales que llegaban de China me de-

jaban inquieta: la población china viaja continuamente desde las ciudades donde residen a sus ciudades natales y veía muy real la epidemia en nuestro país. El 11 de marzo (otro 11-M) la OMS hace una Declaración oficial de pandemia por la COVID-19, cuando el 90% de los casos se concentran en cuatro países y ya se ha extendido a 114 países con 4.291 fallecidos y más de 118.000 casos positivos. Su máximo responsable, Tedros Ghebreyesus, afirma: «estamos muy preocupados por los alarmantes niveles de propagación y gravedad, y por los alarmantes niveles de inacción, haciendo un llamamiento a los países a tomar medidas urgentes y agresivas».

Sólo unos días después, el 14 de marzo, el Gobierno español declara el estado de alarma por el coronavirus, cuando ya son 132 los muertos y 5.100 los contagios. Llegábamos tarde: el coronavirus se propagaba como una mancha de aceite y sólo cabía la contención, el «aislamiento domiciliario» de toda la población. El camino seguido por China se implantaba en otros países, incluido el nuestro.

Poco sabíamos entonces del nuevo coronavirus, al que se le ha denominado científicamente como SARS-COV-2. Tiene una gran contagiosidad y además mayor capacidad de dañar seriamente a los enfermos, lo que significa mayor capacidad de propagación y mayor requerimiento de ingresos en plantas de hospitalización y también en UCI. Su origen animal todavía se desconoce.

CONMOCIÓN EN LA ATENCIÓN PRIMARIA

La primera semana de confinamiento fue un desafío, ante la rapidez con la que se desmontó la actividad habitual de un centro de salud para adaptarse a las necesidades más urgentes que requería la atención a los pacientes con la COVID-19, en medio de la confusión e incertidumbre que parecía crear un ambiente de irrealidad. Fue un cambio vertiginoso: expulsamos a todos nuestros pacientes a sus domicilios, pues se hace imperativo que no acudan a los centros para minimizar el riesgo de un contagio. Y solo se atendía a pacientes infectados, por un lado, y situaciones de urgencia de cualquier otra patología, por otro. Enfermería atendía además vacunas, curas... o situaciones que no podían demorarse.

Se centraliza el trabajo, ya no existen pacientes míos ni tuyos, ahora todos atendemos a todo, por tareas, algo que se había superado en enfermería desde hace décadas.

Hemos cambiado las batas por los pijamas, mascarillas, gorros, batas especiales, monos, pantallas faciales... toda una indumentaria que se iba ampliando se-

gún pasaban los días, muchos días... pues la escasez de material protector fue una constante y uno de los motivos de mayor preocupación.

Aparecen los primeros casos de compañeras infectadas, otros que se van a IFEMA, obligadamente unos y voluntarios otros. ¿Quién va a quedar aquí?, me preguntaba, porque el trabajo era mucho.

Nuestra primera función era triar a los pacientes a la entrada del centro de salud en dos categorías: por un lado, los afectados por la infección, y por otro el resto de los mortales que acudían por circunstancias que no podían demorarse, con itinerarios diferentes para evitar el contagio.

Las visitas a domicilio, el mayor campo de batalla para la enfermería, se incrementaron exponencialmente, el alto porcentaje de población mayor así lo exigía. Y a ello me referiré más detalladamente, pues es en los domicilios donde mejor hemos podido observar el impacto del confinamiento.

La primera impresión fue de desolación.

Mayores solos, en uno de los casos uno de los cónyuges cuida del otro porque han cerrado el centro de día donde acudía su mujer. El marido tiene 90 años y me acuesta a su mujer en la cama para que le cure las heridas, la vuelve a levantar, no quiere que le ayude porque tiene su «manera» de hacerlo. Sus hijos les dejan la comida en la puerta de la casa, no se atreven ni a pasar, no quieren infectarlos.

En otro domicilio un matrimonio cuida de su hija afectada con síndrome de Down, que está con tos y fiebre, pero no quiere ponerse la mascarilla que le doy. Voy a curar al padre, en los ochenta y muchos. Los hijos les dejan también la comida en la puerta de la casa. Esta es la tónica que me encuentro en la mayoría de los domicilios. «Es mejor que me mate un virus», me dice la cansada madre, que se asusta cuando le digo que tienen que intentar que su hija se ponga la mascarilla. ¿Cómo guardar las distancias? Mayores cuidando de mayores y de discapacitados.

El cierre de los centros de día ha dejado a estas familias en situaciones muy vulnerables. Han tenido que hacerse cargo de sus familiares más dependientes durante largo tiempo, mayores que cuidan de sus hijos discapacitados o del cónyuge. Todavía ahora, cuando estamos en fase de desescalada, estos centros permanecen cerrados. Algunas de estas personas están al límite del agotamiento.

Otras personas viven solas, pero aun así percibo que se sienten seguros en sus domicilios. No entienden cómo algo «que no se ve» puede causar tanto daño. Y aceptan que sus familias no se acerquen y ni siquiera les visiten. Muchos otros dolores y miedos han vivido para temer al peligroso virus.

Los propios pacientes te informan de otros vecinos que han fallecido, o que la cuidadora a domicilio está enferma y les había atendido sin mascarilla. Te lo cuentan con tranquilidad, que contrasta con el nerviosismo que nos ha invadido a los profesionales ante el temor al contagio. No se puede entender esto si no pensamos que el estado de cuarentena nos ha vuelto sospechosos a todos de ser potenciales transmisores del virus.

Los menos te colocan una alfombra de papel en el pasillo por donde pisas, porque también los zapatos, han oído decir, pueden contagiar.

Estas visitas conllevan un cierto riesgo en cuanto al contagio, ya que a priori no sabes si son portadores asintomáticos o están en un proceso infeccioso, pues lo que nos hemos encontrado es que la infección por la COVID puede manifestarse de manera diferente en los ancianos, al igual que en otras patologías, como un gran cansancio que les dificulta caminar, como un cuadro confusional en ausencia de la clásica triada de síntomas: tos, fiebre, o dificultad para respirar. Problema: ¿cómo manejar este riesgo cuando el material de protección es escaso y se prioriza para la atención a los pacientes ya infectados? Por otro lado, las recomendaciones en materia de prevención cambiaban continuamente: «primero mascarillas ffp3, luego ffp2, ahora quirúrgicas, primero una por paciente, luego una por turno..., según disponibilidad». Esta incertidumbre nos ha acompañado durante toda la epidemia. Las mascarillas quirúrgicas no protegen al profesional sanitario, sí a los pacientes que atiende el profesional. Y nuestra única arma de defensa durante las primeras semanas para visitar domicilios era esa, una mascarilla quirúrgica. Opté por darles mascarillas a los pacientes, a pesar de que estaban restringidas y escaseaban. Siempre me pareció un despropósito que no se ofertaran a toda la población. No había, ciertamente, pero el horizonte debería haber sido este desde el primer momento. Así lo entendió también la población, que ibas viendo cómo se fabricaban mascarillas de todo tipo de telas y artilugios.

Sin duda el aislamiento los ha protegido, pues no han sido muchos los casos de infección que he visto en los domicilios en estos meses, pero ha tenido un costo añadido de sufrimiento en las familias más dependientes.

Visitar a un paciente COVID en su domicilio es el máximo riesgo, al igual que valorarle en el centro de salud. Aquí te enfundabas todo el equipo protector, y sin embargo he podido comprobar que es donde se manifiesta con más crudeza el miedo al contagio. El alejamiento del paciente es real: cuánto menos te acerques, mejor; cuidado de no tocarle la cara, los ojos... y aguantar el tiempo que tarda en llegar la ambulancia, que puede ser mucho. O cuando te niegan la

ambulancia porque el paciente es mayor de 80 años, y te enteras de que la sanidad está militarizada y hay que priorizar a quién llevar a los hospitales, después de llevar dos horas en el domicilio, se ha terminado la botella de oxígeno y ya no sabes qué más hacer por el paciente. Afortunadamente este criterio permaneció muy poco tiempo, y sabemos que muchos de nuestros mayores han sido hospitalizados, algunos fallecieron y otros han sobrevivido, incluso los más longevos, nonagenarios incluidos.

Otras de las tareas asignadas y compartida con los profesionales médicos es el seguimiento telefónico de los casos positivos leves o asintomáticos recluidos en los domicilios durante el confinamiento. Cientos de llamadas todos los días, incluidos los fines de semana. Seguimientos que se han prolongado durante dos o tres semanas, incluso más tiempo, según la afectación en el paciente. Si empeoraban se les mandaba venir al centro de salud; la realización de ecografías facilitaba diagnosticar la neumonía y con frecuencia se derivaban al hospital.

De las primeras cosas que hacía cuando llegaba a consulta era mirar los informes externos, donde te comunicaban los pacientes ingresados, dados de alta o fallecidos.

Se te congela el alma cuando pierdes a tus pacientes. En algunos no te sorprende, pues ya estaban muy enfermos. El coronavirus solo aceleró lo que era inevitable, la muerte. Pero la circunstancia en la que ocurre siempre sobrecoge. Cuando vives en el mismo barrio donde tienes el centro de trabajo, sueles conocer a sus familias, y es fácil que te los encuentres por la calle cuando haces la compra, coges el autobús o simplemente paseas. Estableces una relación con ellos más allá de lo estrictamente profesional, y permanecen en tu memoria durante días con la sensación de incredulidad de que no los vas a ver más, y cómo la COVID-19 ha tumbado a los más mayores, pero también a los jóvenes.

Ahora vendrán las secuelas de la enfermedad, las consecuencias de los dramas económicos, afrontar las ansiedades, depresiones por las pérdidas de familiares y también de los trabajos, no será la menor de las tareas. Quizás esta puede ser una pandemia mayor que la ya pasada.

Y queda sobre todo el miedo al contagio.

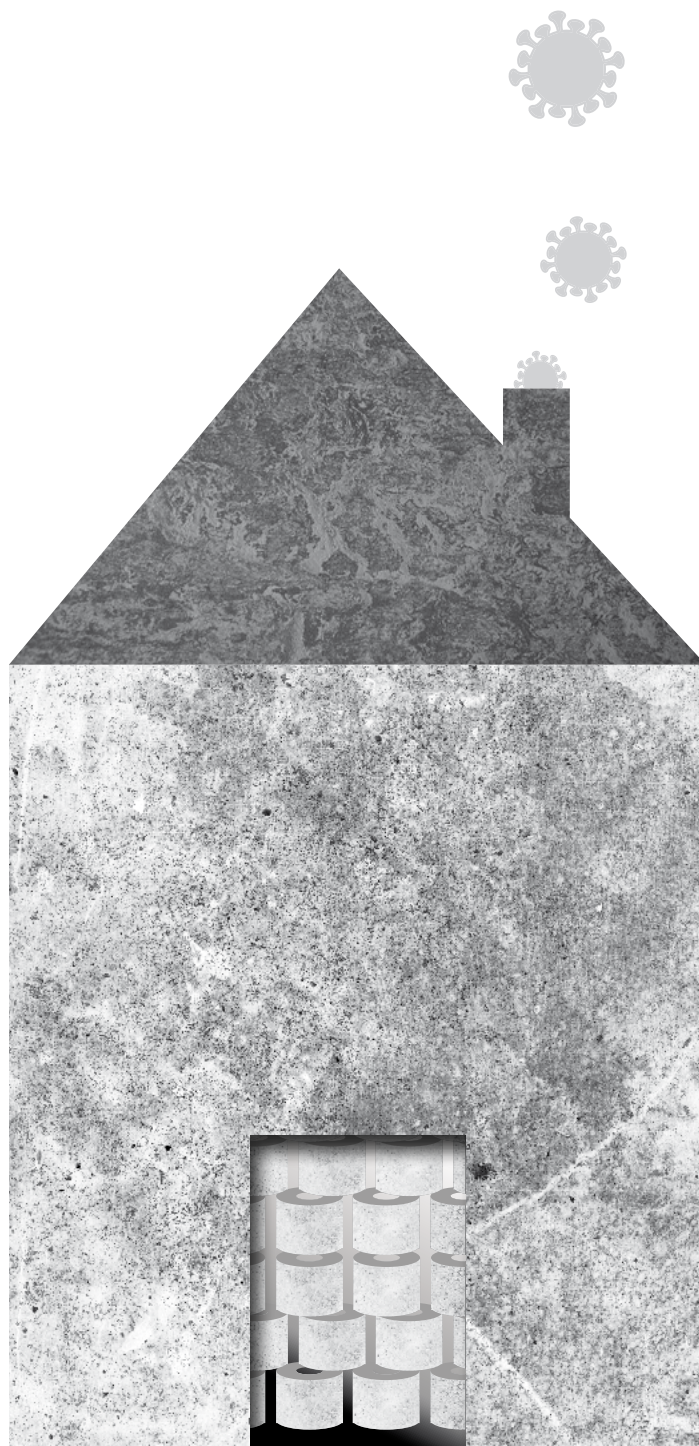
Después de tantos muertos, incluidos profesionales, la incertidumbre de si habrá un segundo brote en otoño, que algunos medios de comunicación dan por seguro, como si de un oráculo se tratara. En atención primaria nos preparamos para ello, esperemos que esta vez con mayor acierto en las decisiones de los responsables políticos y sanitarios. Estamos a tiempo. 

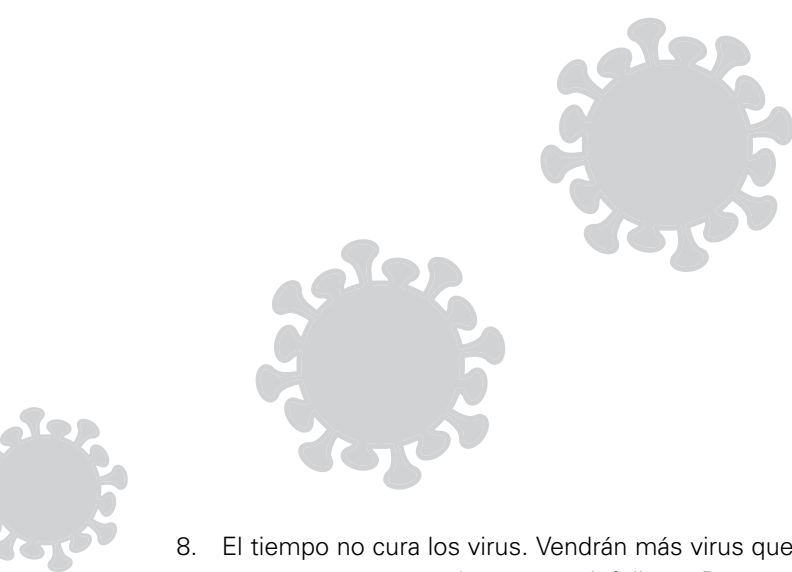
BREVE DECÁLOGO: *HOMO HOMINI VIRUS*

CARLOS DÍAZ

Miembro del Instituto E. Mounier

1. Tenemos que morir, y esta crisis sanitaria ha demostrado que, si lo sabíamos, no lo creíamos. Siempre se morían ellos, ahora también yo.
2. Nunca antes se había visto tanto pánico a nada. Cuando hablo de pánico, hablo de una inversión absoluta de la objetividad y de una conturbación de la capacidad afectiva de las masas, que han perdido el juicio y la perspectiva. El *gallinavirus*: todos descabezados corriendo los últimos metros antes de morir.
3. Dejando aparte el comportamiento de otros países, en España se ha evidenciado la escasez de recursos intelectuales, ideológicos o religiosos del ciudadano «escolarizado» para afrontar el analfabetismo antropológico y el inmanentismo. Fracaso educativo en toda regla.
4. El coronavirus ha vuelto a poner de relieve la mentalidad preconventional de las personas y de las familias («para mí, para mí y para mi familia»). La gente se tapa como puede y se emboza según prescripción, pero no va a cambiar de hábitos de vida. Yendo yo caliente, ríase la gente.
5. El ansia por pasar de fase en fase hasta la fase final es la playa, el chiringuito, la cerveza, y el regreso al dorado chalet, todo lo que constituye las expectativas hedonistas del burgués y de la burguesía.
6. La piedad necrofílica ha brillado una vez más en las banderas con crespones luctuosos. Es más fácil llorar a los muertos que luchar contra lo que mata y que compartir el dinero con los empobrecidos.
7. También se ha puesto de relieve la incapacidad cognitiva para procesar lo que no sean las costumbres rebañegas, por ejemplo, para afrontar la problemática ecológica que todos miran sin horror, como si ya formara parte del habitual paisaje.





8. El tiempo no cura los virus. Vendrán más virus que matarán más y nos harán más infelices. Por otra parte, muchos te llamarán agoreros si les recuerdas que el tiempo no es elástico ni infinito, y que tiene un término, un apocalipsis en el sentido griego del término, y que hay que actuar ayer.
9. ¿Acaso van a poner el cascabel al gato vírico los apoyos económicos de China, USA y Europa? ¿Abandonarán para ello sus luchas armamentísticas, su perversa polución planetaria, su darwinismo social? La incapacidad crítica de las personas les lleva a aplaudir a quienes arrojan primero la bomba y luego las tiritas y la mercromina para sanar las heridas.
10. Los virus son el rostro visible del caos global de la humanidad y del humanitarismo. No hay peor virus que el ser «humano».

Este decálogo intempestivo displaceará a quienes juegan en las ligas locales, para los cuales seré de nuevo un supremacista despectivo y un contradictorio performativo, pues ¿cómo puede escribir estas cosas alguien

que se dice personalista comunitario? Lo acepto, ya estoy acostumbrado.

En cualquier caso, quien haya llegado hasta aquí tiene tres opciones. La primera, despreciarme por enemigo de la humanidad y mandarme mudar, como dicen en Cuba y en Canarias. La segunda, si le place aunque no le complazca, leer lo que he ido publicando al efecto en www.mounier.org a razón de un artículo por día desde que amaneció la pandemia (*pandemia*: afección de todo el pueblo), para de este modo hacerse cargo más detenidamente de mi forma de argumentar, al fin y al cabo, es gratis. La tercera, leyendo los tres libros que he escrito sobre esto mismo en estos tres meses: *En las cimas de la desesperación*, *El miedo a vivir*, *Estos días llenos de noches*. *Un planteamiento ético sobre la pandemia*, ambos ya editados en Editorial Sinergia, Guatemala, este mismo mes, y que pueden adquirir pidiéndomelo porque he de venderlo si quiero seguir publicando, y el tercero, en imprenta y próximo a salir en unos días, *De otro modo*. Los vendo baratos.

¿Que esta misma invitación puede parecerles una chulería intolerable a quienes no me quieren ver ni en pintura? Mi hijo Charly, que es muy bromista, en respuesta a un comentario mío sobre por qué siempre volaba en primera, me contestó: «¿Ah, pero hay otra clase? Es que yo he visto siempre una cortinilla a mis espaldas, y no he tenido curiosidad de correrla»... Y ahora más en serio. Esta misma mañana del 26 de mayo del 2020 recibo un mail del sociólogo Amando de Miguel que me ha reconfortado mucho y dado fuerzas, porque un buen comentario vale más que un millón de malos comentarios: «Querido Carlos. Sublimes tus artículos. A veces me pierdo con tus anfractuosidades cultísimas, pero admiro tu prosa y tu alma. Aprendo mucho». 

LA VULNERABILIDAD DE NUESTRA SOCIEDAD

FÉLIX GARCÍA MORIYÓN

Profesor de Filosofía. Miembro del Instituto E. Mounier



Hace poco me llegaba un libro a través de Carlos Díaz. Su título era claro: *El Coronavirus y su impacto en la sociedad actual y futura*. Era una compilación de artículos realizada por Arturo Manrique Guzmán, un sociólogo peruano: 790 páginas y más de 200 artículos, muchos de ellos de personas bien conocidas; otros por autores con menos relevancia internacional. Difícil leer todo lo que allí hay y difícil también escribir algo que no se haya dicho ya. Esto puede ser una defensa *a parte ante* para evitar críticas a lo que aquí escribo, especialmente la que consiste en afirmar que lo que expongo ya se sabía o ya se había leído. Puedo decir, en este caso, como defensa *a parte post*, que el director de la revista estaba advertido: hay un exceso de escritos, una sobresaturación de información que termina siendo ruido y puede ser perju-

dicial. Mejor no escribir más. Fui tan poco convincente, que ahora lo estoy escribiendo.

Para facilitar mi trabajo me pedía que escribiera sobre «La vulnerabilidad de nuestra sociedad objetivamente agravada por nuestro modo de vida: globalización del riesgo. Hay más de un talón de Aquiles». De ahí el título. Obviamente no era una imposición, sino una sugerencia que además era realmente sugerente: me proponía algo y me hacía pensar. Por otra parte, me ofrecía un marco de referencia para que mi aportación no se solapara con las de otras personas.

Lo que me interesa de esa sugerencia es lo que da por supuesto, lo que afirma y lo que insinúa. Desde luego da por supuesto que nuestra sociedad es vulnerable, afirmación general con la que podemos estar de acuerdo, yo, que escribo, y usted, que me lee. La

crisis de 2007 había sido un mazazo muy duro y había dejado bastante claro que estábamos en una sociedad con los pies de barro. Al mismo tiempo, se van acumulando certezas relacionadas con el cambio climático incrementando así esa sensación de vulnerabilidad. Para algunos era evidente que nos acercábamos al colapso a ritmo de aceleración bajo pero constante. Muchos expertos consideraban que la humanidad afrontaba y sigue afrontando riesgos de gran calado, con posibles efectos devastadores, y no son solo los riesgos provocado por el del cambio climático y el agotamiento de los combustibles fósiles, sino que había más: las pandemias, las armas biológicas, el exponencial desarrollo tecnológico en especial de la Inteligencia Artificial, las armas nucleares... Vamos, que la humanidad, aquí y ahora, es vulnerable en grado muy elevado, pues el riesgo es la proximidad de un daño y la vulnerabilidad es la cualidad de poder recibir un daño o un perjuicio. Cuantos más riesgos, más vulnerables; y al revés, cuanto más vulnerables, más en riesgo estamos.

Afirmaba el coordinador del monográfico, que esa vulnerabilidad estaba «*objetivamente* agravada por nuestro modo de vida». Esto es, nuestro modo de vida era una de las causas que agravan la vulnerabilidad, aunque ciertamente eso implica que no es la causa última del problema: en sentido general, la vulnerabilidad era algo previo y ya llevábamos algunos

años recordando que los seres humanos y la humanidad en su conjunto somos vulnerables, y a corto plazo estaba claro que era la pandemia la que había disparado todas las alarmas. Breve conclusión: primero, somos vulnerables; luego hay una pandemia que nos lo recuerda; y, en tercer lugar, hay un modo de vida que agrava la vulnerabilidad. Este monográfico va de la pandemia en general y mi artículo aborda un aspecto muy concreto. Esta pandemia surge por un virus que ni siquiera sabes si es un ser vivo, y lo pone todo patas arriba, con situaciones nunca vistas antes, sobre todo el confinamiento masivo de la población.

Pues bien, afirma el enunciado citado que nuestro modo de vida es causa objetiva del agravamiento (esto indica que, al menos para el director, no hay lugar para la duda). Ciertamente es que el «modo de vida» es un

concepto algo difuso, o al menos de una gran extensión, puesto que son muchos los rasgos que podemos seleccionar para describir y definir nuestro modo de vida y aquí sí que hay campo para que todo el mundo exponga su punto de vista. Pero también es cierto, que precavido o presciente (lo sabe previamente), acota el territorio y señala con más precisión la posible causa: la globalización del riesgo. Evita así posibles polémicas. En principio, puede limitarme a la globalización, pero..., añade con cierto tono misterioso propio de una insinuación: «Hay más de un talón de Aquiles». Es decir, no solo hay un aspecto crucial que agrava mortalmente el riesgo (de eso, de la muerte, trata el mito del Talón de Aquiles), sino que hay más. No es un pronóstico optimista, pues compararlo con el Talón de Aquiles indica que es mortal de necesidad, y decir que hay más «talones», es decir que tenemos más rasgos de nuestro modo de vivir que nos llevan a la muerte.

Estoy de acuerdo en que, aunque hay otros muchos factores que complican o agravan los daños de la pandemia y nuestra vulnerabilidad, la globalización es uno de los rasgos importantes de nuestro modo de vida. Llevamos ya unos 500 años en un proceso imparable de globalización integral, iniciado con la conquista de América. Los avances tecnológicos han provocado una globalización radical, con una interconexión muy fuerte entre

todas las partes del planeta. Esta pandemia ha puesto de manifiesto una consecuencia de esa globalización, el llamado efecto mariposa: un diminuto virus aparecido en una remota ciudad China causa un desastre en todo el mundo, y lo hace en un par de meses. La metáfora, nacida en el ámbito de la predicción meteorológica, fue recogida por la recién nacida Teoría del Caos como una buena metáfora del comportamiento caótico de sistemas inestables, y nuestro mundo globalizado es sin duda un sistema muy complejo y muy inestable. La inestabilidad provoca comportamientos caóticos y hace difícil hacer predicciones fiables y con eso se incrementa la incertidumbre. Ambas, inestabilidad e incertidumbre, son percibidas como peligrosas e incrementan nuestro miedo y nuestra vulnerabilidad.

La crisis de 2007 había sido un mazazo muy duro y había dejado bastante claro que estábamos en una sociedad con los pies de barro. Al mismo tiempo, se van acumulando certezas relacionadas con el cambio climático incrementando así esa sensación de vulnerabilidad. Para algunos era evidente que nos acercábamos al colapso a ritmo de aceleración bajo pero constante.

Pero además de inestable e impredecible, el sistema mundial es muy complejo con intereses muy diversos. Esto nos lleva a comprender que no es en absoluto sencillo atender demandas que en algunos casos son contrarias y en otros, más bien pocos, contradictorias. Las controversias, los problemas complicados, son un estímulo potente para el crecimiento personal y social, pero solo si se plantean como controversias constructivas y el foco se pone en buscar soluciones que puedan satisfacer aceptablemente esos distintos intereses. Dos ejemplos concretos los tenemos muy cerca: uno, era muy difícil encontrar una solución aceptable para generar y repartir fondos entre los veintiséis países de la Unión Europea, pero se llegó a un acuerdo; y otro, mucho más dramático por abordar exigencias en parte contradictorias ha sido la saturación de las UCI que ha hecho que en algunos sitios, Madrid entre otros, se negara el acceso las UCI a personas mayores de 75 años. Pero también hay controversias destructivas, o que se plantea de ese modo, en las cuales lo importante no es resolver un problema sino ganar e imponer la propia visión. Un ejemplo concreto lo tenemos en el conflicto entre China y Estados Unidos, que por ahora pinta mal, y más próximo en la política española, asentada en la dialéctica amigo-enemigo en la que el objetivo prioritario es derrotar al otro, el enemigo, posición muy bien ejemplificada en estos momentos por la extrema derecha (Vox) y la derecha extrema de nuestro país (un sector muy importante del PP). Los otros, la izquierda (UP) y la izquierda moderada (PSOE), llaman a la concordia, pero caen en la dinámica de la confrontación.

Claro que hay que sentarse todos a hablar para abordar la resolución de los problemas, pero es una tarea ciclópea. Basta con pensar en los requisitos procedimentales previos: quiénes tienen que sentarse a hablar (desde luego, no solo los políticos, por lo que no vale una comisión del Congreso); viene luego el fijar el orden del día, incluyendo además un orden de prioridades sobre los temas que se van a discutir (parece di-

fícil, por ejemplo, discutir sobre la reforma laboral); en tercer lugar debe tenerse claro cuál es el objetivo de la reunión; por último, hay que llegar a acuerdos y eso ya es lo más difícil de todo, por lo que ya he dicho, problemas muy complejos e intereses muy diferentes. Podemos recordar las sucesivas conferencias sobre el cambio climático y los magros adelantos realizados.

Además, y ya muy breve para no alargarme más de lo debido, hay otros talones de Aquiles y quiero hablar especialmente de dos que me parecen muy significativos. Empiezo por uno elemental. Existe un cierto aire de suficiencia, muy centrado en el aquí y ahora, pe-

Existe un cierto aire de suficiencia, muy centrado en el aquí y ahora, pero más bien en el sentido liviano del carpe diem, una reivindicación ambigua que se entiende más bien en el sentido del coro de los brindis en La Traviata y más recientemente del famoso anuncio de los ateos: «Probablemente Dios no existe. No te preocupes y disfruta de la vida»; es la búsqueda constante de la felicidad, asociada con la fiesta alegre y confiada, que se instala en la fugacidad del instante.

ro más bien en el sentido liviano del *carpe diem*, una reivindicación ambigua que se entiende más bien en el sentido del coro de los brindis en *La Traviata* y más recientemente del famoso anuncio de los ateos: «Probablemente Dios no existe. No te preocupes y disfruta de la vida»; es la búsqueda constante de la felicidad, asociada con la fiesta alegre y confiada, que se instala en la fugacidad del instante. Mal equipaje para lidiar con una crisis que va a exigir un cambio radical de vida, con un modo más sencillo y pleno de entender la vida, y mucho más vincu-

lado a la compañía solidaria de quienes viven con nosotros.

Considero que es necesaria una interpretación diferente del *carpe diem*, como centrarnos en el aquí y el ahora, pero está vinculada al concepto profundo y realmente revolucionario de acontecimiento tal y como lo pensaba Mounier. Es presente denso y concreto, un tiempo no cronológico, sino el tiempo del *kairós*, tiempo del «ya, pero todavía no» en el que es siempre posible hacer presente la huella de lo totalmente otro; Zubiri, recogiendo esta importante tradición cristiana, hablaba de la historia como permanente sacramento de la presencia del Reino de Dios entre nosotros. Es, en afortunada expresión de Benjamin, el «“tiempo-ahora” en el que se han metido, esparciéndose, astillas del mesiánico». El anarquismo, con acierto, lo ha visto como el tiempo de la prefiguración, del que ya hablé en otro artículo en esta revista. Es ahora cuan-

do hay que pre-figurar el mundo alternativo que queremos si pretendemos realmente avanzar hacia un mundo transfigurado. Casi seguro que nunca llegaremos a esta era de plenitud; los mitos del progreso y de la revolución están más bien agotados. Se trata de hacerla ya presente en un vivir en plenitud cada momento de nuestras vidas, buscando la excelencia en todo lo que hacemos.

El segundo aspecto al que quiero aludir es el hecho de que el individuo y sus derechos identitarios han terminado convirtiéndose en el paradigma que ha debilitado profundamente el tejido social y desdibujado la profunda solidaridad del ser humano. Vivimos en una sociedad llena de individuos con derechos intocables que deben ser respetados y satisfechos, pero menos sensible a los deberes, ignorando así que, como decía Simone Weil, lo prioritario son los deberes y solo a partir de ellos podemos llegar a ser sujetos de derechos. Un individualismo auto-fundante, pues, es mi propia voluntad, mi decisión, la fuente de verdad y bondad de lo que hago y digo. Pero ese poder auto-fundante solo tiene realidad en el famoso relato del Barón de Munchausen, quien era capaz de salir de la ciénaga tirando de su propia coleta. Y eso, evidentemente, es un relato fantástico, pero revelador de la insensatez del planteamiento. Lo malo es que esa auto-fundación prometeica, tiene ya poco recorrido. Lo hemos dicho desde el principio: somos intrínsecamente vulnerables y además dependientes de quienes nos rodean.

No es de extrañar que ese ideal individualista haya ido acompañado en los últimos tiempos por pandemias de soledad, convertida ya en uno de los predicadores más claros de muerte prematura. O en un consumo creciente de todo tipo de ansiolíticos, anfetaminas y drogas estimulantes para seguir persiguiendo esa felicidad confusamente definida que siempre se escapa de nuestro alcance. Pues, paradoja del destino, en el apogeo del ser humano empoderado hasta el punto de ser el último referente de sí mismo, se ve debilitado profundamente por: un *animalismo* que

ha desdibujado las diferencias de clase entre los seres humanos y los animales; un *cosmopolitismo* que se queda en compartir marcas pero no logra generar identidades políticas firmes, alentando más bien el resurgir de nacionalismos identitarios excluyentes; y un *transhumanismo* que, al tiempo que nos promete una perfección y una vida casi eterna, nos hace intuir que, de ser posible llegar a esa meta quizá veamos el fin de nuestra especie.

*...el individuo y sus derechos
identitarios han terminado
convirtiéndose en el paradigma que ha
debilitado profundamente el tejido social
y desdibujado la profunda solidaridad del
ser humano. Vivimos en una sociedad
llena de individuos con derechos
intocables que deben ser respetados
y satisfechos, pero menos sensible a
los deberes, ignorando así que, como
decía Simone Weil, lo prioritario son los
deberes y solo a partir de ellos podemos
llegar a ser sujetos de derechos.*

Dura crisis la provoca-
da por el célebre virus.
Mal pertrechados nos ha
pillado para afrontarla con
ciertas garantías de éxito,
lo que nos augura un du-
ro presente y un futuro
quizá algo más duro. No
obstante, la crisis tam-
bién ha servido para po-
tenciar formas de realiza-
ción personal y de solida-
ridad que estaban quizá
soterradas, pero no per-
didas. Esta crisis puede
ser vista como el segun-
do ensayo general de los
riesgos que aparecen en
nuestro futuro. Algunos
auguran que podemos
llegar al final de la huma-
nidad, o a un descalabro
de proporciones desme-

suradas que suponga acabar con más de la mitad de la población. La humanidad ha pasado por situaciones muy duras, y ha salido adelante. Sin ir más lejos, los felices años veinte siguieron casi sin solución de continuidad al brutal desastre de la I Guerra Mundial y a la mortífera pandemia de la gripe «española». El hecho es que la gente quería retomar los hábitos previos haciendo caso omiso de sus potenciales consecuencias dañinas, entre otras avanzar hacia una nueva guerra. La II Guerra Mundial fue más devastadora que la anterior, pero en aquel caso también la humanidad se recuperó en pocos años y ya en 1950 se empezaba a mirar el presente y el futuro con un optimismo que empezó a tener grietas al principio de los años setenta.

No me parece sensato jugar a hacer augurios, propios de adivinos y pitonisas. Más bien es tiempo de profetas..., siempre es tiempo de profetas, esto es, tiempo de denunciar lo que no está bien y mostrar, con el ejemplo, que otro modo de vivir se hace presente. 

DE LA POLÍTICA COMO EPIDEMIA A LA EPIDEMIOLOGÍA COMO POLÍTICA

LUIS FERREIRO

Director de Acontecimiento

Democracia y epidemia son términos que comparten una raíz etimológica común que invita a sospechar una cercanía contagiosa. En ambos encontramos el sustantivo griego *demos*, es decir, pueblo, que denota un grupo humano socializado, organizado, cultivado en costumbres (*ethos*) y conductas comunes y normas de justicia. Ese pueblo como sujeto organizado adquiere poder (*cratos*), capacidad de defensa y supervivencia, de afirmación en la vida mediante la constitución de la ciudad (*polis*) a partir de las fuerzas vivas e inteligentes del pueblo (*demos*). La democracia es el proceso de autoorganización que tiene como sujeto agente al pueblo y en el cual el gobierno es un órgano más, importante y principal, sí, pero sólo un órgano más al servicio de la vida del pueblo, que tiene sus propios fines, intereses e ideales comunes.

La epidemia también tiene como sujeto al pueblo (*demos*), pero esta vez como sujeto paciente, como indica la partícula 'epi', cuyo uso como adverbio, preposición o prefijo es muy amplio, pero que denota siempre la idea de algo que está «encima de», «sobre» e incluso «contra». Por tanto, significa aquello que pesa sobre el pueblo, lo debilita, lo fuerza, lo dispersa y no lo deja ser sujeto autodeterminado de organización y acción. Una epidemia no favorece a la democracia, más bien la pone a prueba hasta el punto de que puede ser su gran víctima.

1. LA EPIDEMIOLOGÍA POLÍTICA COMO CONTINUACIÓN DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

En este sentido, no deberíamos restringir el concepto de epidemia al ámbito sanitario. Más aún, deberíamos ir más allá de la política epidemiológica para investigar la epidemiología política. De hecho, queremos plantear una hipótesis que invitamos a verificar o refutar: la política contemporánea dominante es un conjunto de acciones epidémicas con las que se infecta a los individuos, a las sociedades y a las culturas. Las políticas de los poderes establecidos son infecto-contagiosas, están vehiculadas a través de potentes vecto-

res de infección como son los medios de comunicación, fuertemente financiadas por la mafia del dinero, y ampliamente diseminadas por el contagio masivo de una ciudadanía, que no sólo no tiene anticuerpos culturales para resistirlas, sino que propaga activa y alegremente los virus ideológicos que se le han inoculado desde arriba, por encima de ellos, resultando indefensos colaboracionistas de las nuevas pandemias culturales y económicas que invaden a la humanidad.

Toda política hecha sobre la sociedad tomada como objeto o como sujeto paciente es epidémica o, inventando un vocablo, podríamos decir que es epicrática (poder sobre, por encima de). Ideas que se etiquetan de derechas como las del liberalismo económico, las virtudes de los mercados, la maravillosa globalización, la sanidad privada; otras que lo son genealógicamente, pero que han mutado y han sido asimiladas por la izquierda, tales como el aborto o la eutanasia; así como otras que llevan el marchamo de izquierdas, sin que se sepa muy bien por qué, como la liberación sexual o la ideología de género, han ido impregnando a la sociedad de manera contagiosa.

Este paradigma se demuestra fehacientemente en la expansión de la ideología de género. Dejando a un lado la valoración de su contenido moral o epistémico, su carácter epidémico se puede describir trazando el recorrido de la cadena epidemiológica. Desde los reservorios de grupos marginales pasó a incubarse en movimientos feministas, se elaboró en algunas universidades norteamericanas, infectó a grupos políticos y medios de comunicación y se contagió a los gobiernos. Y desde todos estos focos se ha proyectado a la sociedad mediante la sugestión, la seducción, y otras vías como el chantaje moral y el uso del poder legislativo.

Las políticas epidémicas basan su eficacia en la debilitada inmunidad reflexiva de los miembros de la sociedad, puesto que los impulsos políticos son transmitidos por impresiones icónicas, gestuales y emocionales, con frecuencia subliminales y, sobre todo, contando con la tendencia social a la aceptación mimética de las ideas, las mentalidades, las conductas y los estilos de vida promocionados por los referentes

morales glamurosos que marcan las pautas. El resultado es un pueblo domesticado y dócil.

El presupuesto de todo esto está en el previo desarrollo de la economía capitalista como pandemia, primero como infección productiva y consumista de los mercados nacionales y, después, bajo el signo de la globalización, llegando a infectar al mismísimo comunismo maoísta.

El capitalismo infectó a los trabajadores en un primer momento para convertirlos en proletarios, después, con el fordismo, vino una segunda infección que promovió en ellos un modo de vida filoburgués caracterizado por un consumismo paulatinamente más diversificado en los países más desarrollados. Por último, el proletariado que iba desapareciendo en Occidente fue reproduciéndose en las factorías de Oriente y otras regiones en su forma más clásica y brutal, de manera que del proletariado unido se pasó al proletariado uncido al despotismo oriental.

Otro tanto ocurrió con el dinero, verdadero virus que no ha parado de crecer, primero con la monetarización de todas las economías del mundo, luego con el despliegue sin límites del juego especulativo, que ha venido dando lugar a crisis financieras epidémicas que se expandían a la velocidad del rayo, toda vez que los mercados financieros estaban tan estrechamente conectados que el contagio era inmediato, puesto que el dinero se mueve a una velocidad infinita en dirección a mercados que ofrecen un diferencial de interés positivo¹. Las consecuencias para la economía real han sido devastadoras, como se ha demostrado con la crisis de 2008, en la cual los activos financieros víricos infectaron a los activos sanos,

haciendo el resto el contagio entre bancos, mercados y países. El resultado ya es conocido; siempre pagan los más débiles, como se había demostrado antes con la epidemia de la deuda del Tercer Mundo.

El desarrollo capitalista de la postguerra se ideó conscientemente ensamblando distintas piezas: trabajo, industria, urbanismo, transporte, tecnología e ideología. La consecuencia fue que el medio ambiente y la sociedad pagaron los platos rotos. La división social e internacional del trabajo se combinó con la distribución

urbana de los trabajadores, de tal manera que el automóvil privado se convirtió en una pieza básica del funcionamiento de la industria, al mismo tiempo que contribuía a la expansión de la industria del petróleo y de armamento. También el Estado tenía un papel, el de asegurar la inversión pública en el desarrollo del modelo mediante la provisión de los bienes públicos que los ideólogos y planificadores requerían para asegurar el éxito (carreteras, transporte público, etc.).

La última fase de la movilización del trabajo es la que ha puesto en marcha a ingentes masas humanas empobrecidas y atraídas por el espejismo de los países enriquecidos. Los inmigrantes ya no solamente se desplazan cargando con el coste económico de su viaje, sino que muchas veces pagan con la propia vida el sueño del éxodo de la miseria. La tabla 1 ilustra este proceso mundial (ONU).

Como puede verse, el proceso se aceleró en estos años. Actualmente, si todos los inmigrantes del mundo se juntaran en un solo país, ese país superaría a Indonesia y sería el cuarto del mundo en población.

También el ocio se masificó y se convirtió en negocio que mueve multitudes, las concentra y las pasea por el mundo en números siempre crecientes. La Organización Mundial del Turismo da las siguientes cifras de turistas internacionales en millones de llegadas al año (tabla 2).

Se ha pasado de 25 millones de turistas internacionales en 1950, a los cerca de 1.500 millones; en 70

años se ha multiplicado 60, lo que podemos considerar otro fenómeno epidémico.

Todos estos y otros factores han sido los determinantes de un aumento del riesgo sanitario sistémico.

Los grandes intereses económicos amparados por la globalización han cegado a sus gestores para el creciente riesgo de epidemias. Cuanto más crecían los beneficios económicos más crecía la amenaza para la salud. Y, lo que es peor, se han protegido las ganancias crematísticas sacrificando la protección de la salud. Lo que importaba es que ninguna incidencia sanitaria parase el tráfico económico, lo que al final ha resultado imposible.

Tabla 1

Año	1990	1995	2000	2005	2010	2015	2019
Millones de emigrantes	153	161	174	192	221	249	272

Tabla 2

Año	1995	2000	2005	2010	2015	2017	2019
Millones de turistas	531	680	809	952	1.195	1.332	1.461

1. Según establece el modelo ideal de Mundell y Fleming.

2. ECONOMÍA VS SALUD

El resultado ha sido el crecimiento aberrante de megalópolis contaminantes, estresantes, inhumanas, en las que la sociedad queda desquiciada por la dispersión y los trabajadores se desplazan a su propia costa con tal de trabajar y no caer en el desempleo, aceptando financiar esos costes que no se contabilizan como costes productivos de la empresa. En esos desplazamientos, el contacto con otras personas se multiplica sin parar. Ese modelo urbanístico tiene sucedáneos en la versión tercermundista de otras megalópolis caóticas, en las que la pobreza y el hacinamiento es la ley, transformándose en auténticas bombas de relojería biológicas. Pensemos en los millones de personas de áreas metropolitanas como Yakarta (31), Manila (25), Bombay (25) Lagos (20), Kinshasa (12), etc.

Y si esto ocurre en las urbes, en el orbe se reproduce el esquema de movimiento continuo e intercambios múltiples: 200.000 vuelos diarios, un mundo donde en todo momento hay centenares de miles de personas moviéndose más allá de las nubes. Avanzado el siglo XIX, todavía la mayoría de las personas no se alejaban más allá de 30 Km de su residencia, la mayor parte vivían y morían en el mismo lugar de nacimiento, en Francia «hasta 1861 más de nueve personas por cada diez... vivían en el departamento en que nacieron. El resto del globo era asunto de los agentes de gobierno y materia de rumor»². Aquella sociedad estática desapareció en pocos años. «El primer vuelo comercial tuvo lugar en 1914, cuando se transportó pasajeros de un lado a otro de la bahía de Tampa. Cien años después, cada día toman aviones comerciales ocho millones de personas, es decir, más de 3.100 millones de pasajeros anuales»³. Con ello, el radio de acción de una persona de clase media es el ancho mundo, el número de Km recorridos por persona y año no deja de crecer, y la velocidad tampoco. Pues bien, estas características valen también para los microbios: su radio de acción es el planeta y su velocidad la nuestra.

El resultado es que todos estos avances han creado al mismo tiempo una infraestructura de transmisión de patógenos mucho más eficiente. Mientras la peste negra de 1348 tardó 10 años en recorrer Europa y no llegó a algunos lugares, hoy las plagas pueden cubrir la totalidad del planeta en pocas semanas, como se ha comprobado en la actual pandemia⁴. Por otra

parte, enfermedades que requieren vectores como los mosquitos se expanden, no por el cambio climático, sino por los transportes intercontinentales: «En la historia de la humanidad nunca había habido tantas especies de mosquitos portadores de microbios en los siete continentes, exceptuando la Antártida. Fruto de ello, sólo en los últimos quince años hemos presenciado una propagación mundial ingente de enfermedades como la fiebre del dengue, el virus del Nilo Occidental, el Chikunguña y el zika. Y aún hay que sumarles el resurgimiento de la fiebre amarilla y de la malaria...»⁵.

Todo esto hace que los científicos de esta área de conocimiento se desesperen gritando en el desierto. Señalan que la frecuencia de grandes epidemias en la historia de la humanidad es de una cada setenta años. Por eso, aunque no se sepa qué año será, no dudan en pronosticar que llegará como ladrón en la noche y no estaremos preparados. Tienen en mente algo peor que la pandemia actual, creen que «lo más probable... es que sea un nuevo virus de la gripe con la misma capacidad de devastación que la gran pandemia de gripe de 1918-1919, que se cobró la vida de entre 50 y 100 millones de personas. Sin embargo, se produciría en un mundo con el triple de población, con vuelos internacionales y con megalópolis superpobladas en el tercer mundo, un mundo en el que hemos irrumpido en hábitats naturales y hemos traído hasta nuestras puertas a reservorios animales de enfermedades»⁶, con una cadena de suministros *just in time* que se rompería con el cortocircuito del transporte, provocando el desabastecimiento de recursos esenciales y con un vacío del almacenamiento estratégico.

Algo de esto ya hemos visto en España, presa de la situación global, con la impotencia para abastecerse en los mercados internacionales, sin reservas estratégicas, como muchos otros países, pero agravado por la ceguera e ignorancia de un gobierno infectado por sus propios virus. Esto merecería un estudio a fondo para aprender lo que no se debe hacer.

3. LA POLÍTICA EPIDEMIOLÓGICA DEL GOBIERNO ESPAÑOL: IDEOLOGÍA CONTRA EPIDEMIOLOGÍA

La política del gobierno español está marcada por consideraciones ideológicas que han tenido prioridad en la toma de decisiones sobre las objetivas necesida-

2. E. J. Hobsbawm, *Las revoluciones burguesas*, Barcelona, 1982, p. 28.

3. M. Osterholm, *La amenaza más letal*, Barcelona, 2020, p. 98.

4. Una prueba de que «el progreso contribuye de manera importante a la propagación del virus», se verificó «después de la caída de las Torres Gemelas el 11 de septiembre, cuando todos los vuelos fueron cancelados durante unos días, se observó que la gripe de esa temporada tardó más en transmitirse» (Salvador Macip, *Las grandes epidemias modernas*, Barcelona, 2020, págs. 57-58).

5. M. Osterholm, *o, c.*, págs. 109-110.

6. M. Osterholm, *o, c.*, págs. 13-14.

des sanitarias para combatir la epidemia y proteger la salud de la población. Para comprobarlo basta con notar que el marco temporal del estado de alarma se extiende desde unos días después del Día de la Mujer Trabajadora hasta acabar unos días antes del Día del Orgullo Gay. Las servidumbres ideológicas explican la tardía reacción del gobierno, con las consecuencias catastróficas consiguientes. El objetivo era llegar con un proyecto de ley feminista al 8 de marzo y celebrarlo triunfalmente en la manifestación de ese día. Para conseguirlo se cerraron los ojos, se mintió —era una simple gripe, estábamos preparados—, se manipuló, se hizo caso omiso de los informes claros de las agencias de salud y de los expertos reconocidos, etc. El problema no era esa manifestación en sí misma, sino la omisión de medidas que se debieron tomar al menos dos o tres semanas antes. Cada día de retraso ha tenido su coste en muertes y contagios, de tal modo que probablemente tendríamos ahora la mitad de ambos.

A la acción de perfil bajo del Gobierno le sucedió la sobreacción, conscientes de haber retrasado las medidas necesarias se declaró el estado de alarma sin discriminación de situaciones objetivas, imponiendo el confinamiento generalizado, tratando por igual situaciones desiguales. Era de esperar el aislamiento de los focos principales, permitiendo la actividad en gran parte del territorio, pero el pánico y la conciencia de culpa determinó la clausura total del país. Centenares de poblaciones que no han tenido ningún caso de enfermedad han sido sometidas a un confinamiento gratuito, puesto que una vez pasadas tres semanas sin casos era inútil el encierro y dañina la falta de actividad laboral. Esta medida drástica a última hora contrasta con la pasividad para tomar otras para las que no se necesitaba ningún experto en epidemiología, bastaba un historiador que hubiera estudiado las epidemias: aislar los focos. Se debió controlar a los viajeros en los aeropuertos, cortar el tráfico aéreo con Italia al menos 15 días antes de lo que se hizo—fue demencial permitir que más de 2.000 italianos, ¡de Bérgamo, el epicentro de la epidemia italiana!, llegaran a Valencia el 10 de marzo para ver un partido de fútbol—; los focos de Madrid, Barcelona y Rioja, País Vasco de-

bieron aislarse, impidiendo que los viajeros por tren, avión y otros medios propagaran el contagio, de modo que el confinamiento se podía haber limitado a estos focos y allí donde unos criterios objetivos lo hubieran determinado.

En conjunto, la acción del gobierno ha sido epidémica, en el sentido que señalamos arriba: un poder sobre y por encima del pueblo, dándose una oportunidad sin igual de ejercer una acción de resabios autocráticos, que ha desvelado la otra cara de las denuncias del «heteropatriarcado», que no es otra que un paternalismo autoritario que pretende tutelar a un pueblo que no es menor de edad y que no necesita que lo defienda nadie, sino más bien ejercer el poder por sí mismo y sobreponerse a los tutores de diestra y de siniestra.

La confusión creada, la ineficacia, los continuos errores, el ocultamiento y la manipulación de la información, la misma división interna en el gobierno con sus bandazos, contradicciones e insensateces son frutos del magma ideológico del que presume y del proyecto propagandístico al que sirve, que le ciega para ver lo esencial para cualquier gobierno, que no es otra cosa que la gestión de la cosa pública. Una mala gestión no es mejor por el hecho de estar cargada de ideología de izquierdas, como ya demostró J. L. R. Zapatero, a quien está presto a superar el gobierno actual.

Esa gestión ya puede compararse con la de otros gobiernos con un resultado catastrófico. El gobierno de Sánchez queda colocado al nivel de negligencia y de ineficacia de los de Donald Trump, Jair Bolsonaro y Boris Johnson, lo que demuestra que el hábito —de la ideología— no hace al monje —de la epidemiología—. Además, no resiste la comparación con gobiernos de países con menos recursos, lo que agrava sus deméritos. La tabla 3 muestra las similitudes con los anteriores y las diferencias con Grecia y Portugal, cuya gestión ha sido impecable⁷.

Hay que insistir en la comparación con Grecia y Portugal, el primero con gobierno de derechas y el segundo de izquierdas, para comprobar que la ideología es una variable indiferente si hay una buena gestión sanitaria por encima de todo. Además, son casos que desmienten rotundamente la falacia de que los recor-

Tabla 3

PAÍS	España	Grecia	Portugal	Italia	R. U.	USA	Brasil	Suecia
Casos/100.000	514	28	321	386	413	556	263	384
Muertes/100.000	58	1,7	14	55	58	32	15	44

7. Cifras del diario *El País*, 03/06/2020, según el cómputo oficial, que subestima cínicamente las cifras reales. Las cifras de Suecia, donde no ha habido confinamiento, cuestionan el confinamiento español.

tes sanitarios son los culpables del desastre, puesto que los recortes presupuestarios en estos países han sido brutales (de un 60% en Grecia) e incomparables con los habidos en España y, sin embargo, con medios más escasos, pero con mucha seriedad han logrado unos resultados que sacan los colores al resto de países de la tabla y a otros que no están en ella, pero sobre todo al gobierno de España. Algo que se agrava por la infame contabilidad que práctica el gobierno, que miente descaradamente y al que vemos como un prestidigitador al que se le ven los trucos. Si corregimos los datos de muertes con los del INE y otras instituciones, nos encontramos que se alcanzaban las 44.000 defunciones como mínimo a final de mayo. Con ello, el balance es que el desastre ha sido agravado por la peor gestión realizada por un gobierno en todo el mundo⁸.

Por tanto, la condena de este gobierno debería ser unánime, y si no lo es hay que diagnosticar a esta sociedad, que seguramente sufre un contagio ideológico, que es en sí mismo una grave amenaza para la salud. El secuestro de la salud por los intereses ideológicos y políticos es intolerable y deja una imagen impúdica de los líderes políticos, destacando entre ellos los que más responsabilidad tienen, entre ellos Sánchez e Iglesias, que han exhibido un liderazgo caudillesco deplorable que ha combinado la temeridad y la timidez, fruto de la confusión ideológica.

A todas las personas y a todos los pueblos les interesa no estar en manos de líderes que priorizan la ideología y la economía en contra de la salud y la vida. La falta de prevención y la pésima intervención de muchos gobiernos obliga a replantear la organización sanitaria a nivel estatal, regional y mundial.

4. LA SALUD DE LA HUMANIDAD DEBE SER CONCEBIDA COMO UN BIEN PÚBLICO UNIVERSAL

A la vista del mal que nos afecta, una tentación es detener y revertir la globalización. Pero esta actitud reaccionaria propia de nacionalismos y populismos es inviable y se basa en un afán voluntarista. Lo que sí sería posible es reconducirla, regularla, gobernarla, de tal manera que su evolución no esté guiada por un automatismo ciego, ante el cual la política se inhiba y las sociedades asistan pasivas a su despliegue y a las consecuencias negativas que se derivan de ella.

La crisis sanitaria actual revela que hay un mal global y una serie de amenazas que pueden dar lugar a escenarios aún peores. Los expertos en enfermedades infecciosas vienen advirtiendo de ellas y de su letalidad desde hace mucho tiempo, pero han predicado en el desierto. Ahora deberíamos ser conscientes del peligro y afrontarlo con inteligencia y decisión. Porque ese mal global amenaza a un bien global como es la salud. Esta es la principal enseñanza de la pandemia: la salud es un bien común de la humanidad. Hay enfermedades que son individuales, pero también las hay poblacionales. Las enfermedades endémicas hipotecan a poblaciones enteras, cualquiera puede enfermar en cualquier momento y, por tanto, la salud y la enfermedad son el resultado de un juego de azar.

Hasta ahora la salud pública se ha considerado por los Estados un bien público que había que proteger en el ámbito estatal. Las campañas de erradicación de muchas enfermedades han logrado territorios nacionales exentos de malaria, poliomielitis, difteria, etc. Incluso la erradicación universal de la viruela es efecto de estas campañas.

Sin embargo, la dinámica de la globalización limita la eficacia de los instrumentos nacionales. Los microbios no respetan las fronteras y pueden expandirse universalmente. La gripe, el SIDA, la tuberculosis y la malaria son las cuatro grandes amenazas más graves y constantes; los tres primeros son, además, endemias planetarias. Otras plagas pueden dar lugar en cualquier momento, bien por mutaciones o por diseminación incontrolada de vectores, a una explosión de enfermos, personas con secuelas de por vida y muchos muertos: cólera, fiebre amarilla, dengue, zika, meningitis, poliomielitis, fiebre del Nilo Occidental, ébola, fiebre de Marburgo, etc., etc.

La mayor amenaza esperada es el surgimiento de una cepa del virus de la gripe del tipo de la gripe «española». Para muchos expertos, esa mutación se va a dar, sólo es cuestión de tiempo. Entonces nos encontraríamos con decenas de millones de muertos por todo el mundo. Ya hemos tenido anticipos como el virus SARS (2003), SROM (2012), etc., por fortuna controlados a tiempo, algo que no ha ocurrido con el COVID-19. Pensemos que la gripe es una epidemia estacional, llega en invierno al hemisferio norte y desaparece en primavera, pero, reaparece en el hemisferio sur. Es una plaga global oscilante entre norte y sur, por ello sólo estaremos seguros si se erradi-

8. Este cuadro macro habría que completarlo con las calamidades ocurridas en sectores concretos: provisión de material de protección y terapia, protección específica del personal sanitario y, sobre todo, lo que, a falta de una investigación a fondo, parece ser como mínimo un grave descuido de las residencias de ancianos, verdadera tragedia de esta epidemia, que augura investigaciones judiciales para depurar responsabilidades.

ca de todo el planeta, cosa que no está al alcance de los Estados por separado. Haría falta una acción global coordinada.

A esto hay que añadir la facilidad para cultivar microorganismos y manipularlos agravando su letalidad y transmisibilidad mediante la ganancia de función, lo que trae el fantasma del bioterrorismo.

Además, los expertos alertan de la pérdida de eficacia de los antibióticos y otros medicamentos y vacunas a causa de su uso indiscriminado. Si no se controla su administración y se buscan sustitutos, puede dar lugar al escenario trágico que ya nos cuesta imaginar, como sería la vuelta a un mundo sin antibióticos ni vacunas, es decir a las condiciones de morbilidad y mortalidad anteriores al siglo XIX.

Así pues, nos jugamos la salud y la vida misma. Los males pueden ser de tal calibre y el bien a proteger tan vital que los cambios deberían ser revolucionarios, tanto por la profundidad como por la urgencia. Hay bienes públicos que puede administrar el Estado, pero hay bienes públicos universales que se escapan a las posibilidades del Estado y requieren instituciones públicas de ámbito mundial que abarquen los medios, los agentes y las acciones en el escenario global, con el fin de gestionar los bienes comunes universales.

A comienzos del siglo XXI debemos plantearnos una gestión sanitaria que abarque a toda la humanidad, de tal modo que no sea tolerable la muerte por enfermedades curables en ningún lugar del planeta. Para ello, hay que organizar los cuidados de la salud con la ambición de llegar a todas las personas independientemente de la nación a la que pertenezca. Para ello, se requiere una gestión global a cargo de una institución global que socialice la prevención y los cuidados sanitarios.

5. LA PROTECCIÓN DE LA SALUD MEDIANTE UN SISTEMA SANITARIO INDEPENDIENTE Y DEMOCRÁTICO

La pandemia actual ha mostrado, por un lado, la vulnerabilidad de los sistemas nacionales de salud sobrepasados por una epidemia que no tiene respeto por ninguna soberanía y, por otro, la reacción de muchos gobiernos sin conocimiento, ni experiencia ni competencia, pero que apelando a esa soberanía han llegado, como el nuestro, a un autoritarismo ineficaz. La acción por la salud se ve entonces condicionada y constreñida por la falta de independencia y la insensibilidad democrática.

Es útil comparar la situación con las epidemias monetarias y financieras de las décadas pasadas, cuando se vio necesaria una acción internacional coordinada de los bancos centrales, los gobiernos y las institu-

ciones financieras internacionales. Es indiscutible que el dinero, en la práctica de los sistemas políticos, está más valorado que la salud humana. Se lo considera un bien público que hay que proteger contra las devaluaciones monetarias, la inflación, la escasez de circulante, etc. Por eso, en 1944 se creó una red de instituciones internacionales (FMI, BM, etc.) contra las enfermedades del dinero. Eran y son instituciones dependientes de los gobiernos, pero más adelante, la Unión Europea creó el Banco Central Europeo. Era un paso más: el dinero se hizo independiente de los gobiernos, quitándoles la posibilidad de hacer con él lo que les convenga, anulando, además, su capacidad para hacer políticas monetarias.

Si lo que se ha hecho con el dinero en Europa se hubiera hecho con la salud, tal vez la crisis epidémica actual habría podido evitarse. No se puede culpar a las instituciones europeas de la crisis sanitaria, puesto que las políticas sanitarias son de competencia casi exclusiva de los Estados. Sin embargo, a partir de ahora convendrá plantearse una Política Sanitaria Común y un sistema sanitario europeo de salud que pueda afrontar los retos de la salud con más capacidad y eficacia. Pensemos que, en España, o en cualquier otro país europeo, sería intolerable abandonar a una región a su suerte ante un problema local de salud. Igualmente, debería ser intolerable que, cuando Italia se batía a solas con la epidemia, el resto de los países contemplaran esos hechos como un asunto interno de Italia, como si no fuera con ellos. Después hubo gestos de solidaridad, como traslados de enfermos a países que tenían medios para tratarlos. Pues bien, ahora correspondería institucionalizar esa solidaridad. Sería deseable un organismo europeo de salud pública, un sistema de atención sanitaria coordinado y solidario, capaz de compartir recursos y personal, y una política sanitaria común. Ese sistema debería organizarse con la suficiente independencia para que sus dictámenes puedan prevalecer frente a criterios e intereses ideológicos, políticos y económicos que deberían acomodarse a aquellos, de forma análoga a como hoy se acomodan los gobiernos a las condiciones financieras dictadas por el BCE.

6. UN SISTEMA SANITARIO MUNDIAL PARA LA ALDEA GLOBAL

Pero las amenazas globales contra la salud requieren una respuesta universal. La crisis actual demuestra que ya ni siquiera los países enriquecidos están protegidos. Aunque sólo fuera por egoísmo estos países deberían estar interesados en las condiciones de salubridad de los pobres, porque en la era de la globali-

zación la salud de los pobres y la de los ricos es interdependiente⁹.

Pero hay una razón de humanidad más poderosa. A la luz de las capacidades acumuladas por la humanidad es un escándalo enorme que millones de seres humanos sufran enfermedades evitables y muertes tempranas. «En 2014 se calcula que había 36,9 millones de personas con VIH en el mundo, de los cuales murieron 1,2 millones. 1,1 millones de enfermos murieron de tuberculosis de un total de 9,6 millones de casos registrados, según las estadísticas de 2015. Y la malaria se cobró 438.000 de 214 millones de afectados»¹⁰. Podríamos seguir sumando: muertes de mujeres e hijos en el parto, etc.

Ha llegado la hora de poner fin a todo esto y lograr para todo el mundo lo que ha logrado el mundo enriquecido. Lo que se describe en el gráfico siguiente para los USA (1900-1970) es un cambio en el modelo de enfermedad y mortalidad conocido como «transición epidemiológica»¹¹, que sería el objetivo básico por conseguir para todo el mundo.

Para ello la OMS se ha vuelto ineficaz y habría que reformarla a fondo, pero «de no poder realizar estas mejoras, necesitaremos empezar de cero y formar una nueva organización o agencia internacional que sí esté a la altura»¹². Osterholm pone el ejemplo del Proyecto Manhattan que reunió a más de 129.000 trabajadores hasta conseguir el objetivo final: la bomba atómica. Fue un proyecto secreto y mortífero al que se destinaron fondos estatales sin medida, pero limitado en el tiempo. Ahora se trataría de un proyecto público y salvífico hasta conseguir el objetivo, que, a diferencia del proyecto Manhattan, no tendría final, pues la lucha contra las epidemias es inacabable. Por eso propone una estructura tipo OTAN, permanente, con un liderazgo definido y jerarquizado, y con una dotación abundante de recursos, aportados por las potencias políticas y el G20.

Por nuestra parte, proponemos una institución independiente y democrática, semejante a un ministerio de salud mundial, que sería la primera institución de

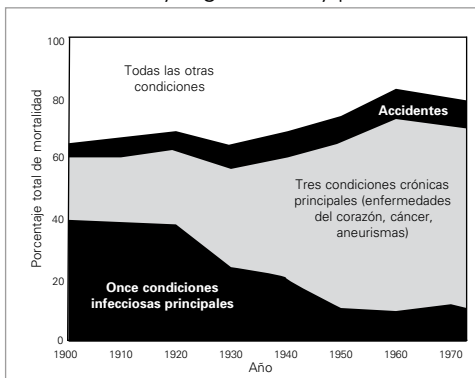
la deseada gobernanza mundial de la globalización que muchos teóricos reclaman. Para ello sería necesario un acuerdo político que los Estados no desearán, pero que los pueblos respaldarán sin dudarlo, por eso debe ser un órgano democrático, regido por una representación proporcional a la población y no, como ocurre actualmente con la OMS, por un voto por cada Estado.

La independencia de las fuerzas y razones económicas, ideológicas y hegemónicas sería necesaria para asegurar la pura razón sanitaria y vital. Esa independencia ha de ser ante todo económica. Puede parecer que esto es quimérico, pero el destrozo causado por la pandemia actual a la economía de la globalización garantiza el interés de empresas, naciones, trabajadores y personas de todo el planeta. Las pérdidas habidas no

podrían ser cubiertas por ningún sistema de seguros. Por tanto, todos ellos estarán interesados en pagar unos impuestos indirectos sobre el valor de las transacciones económicas internacionales, que serían recaudadas instrumentalmente por los Estados.

Una institución así tendría como funciones la regulación, vigilancia, inspección, intervención sanitaria de emergencia, preparación de recursos preventivos suficientes para suministrarlos donde sea necesario, coordinación logís-

tica y distribución de medios y personal para crisis sanitarias, autoridad en materia sanitaria, tanto sobre los Estados como sobre las empresas farmacéuticas y de material sanitario, coordinación, financiación y orientación de la investigación, etc. Las funciones comenzarían a desarrollarse en materia preventiva, desde la búsqueda de vacunas y terapias eficaces a la prevención ambiental, que abarcaría desde la suficiencia y salubridad de los alimentos al saneamiento de aguas residuales, de residuos sólidos y del medio atmosférico, pasando por la distribución de mosquiteras o la aplicación de pesticidas contra vectores de enfermedades. En pasos sucesivos iría abarcando más áreas hasta la atención primaria y hospitalaria, constituyendo un sistema asistencial mundial, de manera que la salud de los más pobres se viera atendida con la mayor calidad posible y la desigualdad por razones de salud desapareciera de la faz del planeta. 



9. Como también lo es la salud humana y la salud animal. El movimiento *One Health* sostiene esta perspectiva con razón: si, por ejemplo, entre los más de 400 millones de cerdos que hay en el mundo hay suficiente número de ellos infectados con el virus de la gripe, será más probable el salto a los seres humanos. Por tanto, si se mejora la salud de los cerdos se protegerá mejor la salud humana.

10. M. Osterholm, *o. c.*, págs. 363-364.

11. Annalee Yassi, Tord Kjellström, et al. *Salud ambiental básica*. OMS, México, 2002, p. 33.

12. M. Osterholm, *o. c.*, págs. 368.

ECONOMÍA EN TIEMPO DE CORONAVIRUS

JOSÉ MANUEL GARCÍA DE LA CRUZ

Universidad Autónoma de Madrid

Las ideas de los economistas y filósofos políticos, tanto cuando aciertan como cuando se equivocan, son más poderosas de lo que se cree habitualmente. De hecho, poco más es lo que gobierna el mundo.

John Maynard Keynes

La urgencia por analizar los efectos de la pandemia del coronavirus y la necesidad de dar esperanza al futuro económico de la sociedad mundial están generando todo tipo de análisis y propuestas. Unas con mejor intención, otras con indisimulado egoísmo y otras, las más sinceras, con enorme desconcierto. Me sumo a estas últimas.

Empiezo por tratar de aclararme frente a algunas afirmaciones muy generalizadas.

1. «La situación es nueva». No lo creo. No hace falta ir a la Edad Media ni a la gripe española; en los últimos años, la humanidad ha conocido varias pandemias. Desde el sida hasta la última peste porcina o el ébola. (No soy científico y con estos nombres todos nos entendemos).
2. «Es una crisis de demanda» ¿o de oferta? No es una crisis, es un desplome de la actividad. Es como si en un tendido eléctrico se cortara el cable: la central de generación sigue funcionando, el tendido de distribución está instalado y el consumidor está esperando que vuelva la luz.
3. «Se va a destruir la estructura productiva». Pues no, las empresas no se van a destruir, las máquinas permanecen y el saber hacer las cosas también. Además ¿no estamos en la economía del conocimiento?
4. «Van a desaparecer muchas empresas». Seguro: todas las que iban a desaparecer en pocos años, si hacemos caso, si no a las cifras, sí a las alarmas señaladas por diversos estudios de la Universidad de Oxford y otras, como las de Lovaina, Utrecht y otras, incluso de la OCDE y de la OIT.
5. «Se van a destruir millones de empleos». Cierto, porque lo es igualmente que desaparecerán empresas.

6. «La solución de la crisis no puede ser incrementar enormemente la deuda». Ciertamente, si la deuda hay que pagarla puede llegar a ser una carga que bloquee el futuro que se desea mejorar.
7. «Hay que recuperar los servicios públicos y la idea de bienestar colectivo». Ciertamente, los problemas de todos deben ser resueltos por todos.
8. «Hay que garantizar que las ayudas lleguen a quienes las necesitan». Claro, de otra forma, nadie las defendería, salvo quienes esperan apropiárselas.
9. «Hay que generalizar las exenciones fiscales mientras dure la crisis». Habría que admitir las exenciones a quienes demuestren que han sido duramente afectados o, tal vez, no se han beneficiado durante la crisis.
10. «Los mercados (de valores) son indicadores de las expectativas». Hay que reconocer que sí están siendo indicadores de las oportunidades de beneficio de las ayudas públicas.
11. «Los economistas predicen». ¿No estamos ante una situación nueva? No se puede predecir. Pero, al fin y al cabo, siempre se especula.

¿Qué nos indican estas afirmaciones? Que seguimos pensando como si nada hubiera pasado. Por eso, y sin pretender dar respuestas ni necesariamente ciertas ni correctas, hay que empezar a revisar algunas ideas sólidamente establecidas en el pensamiento de los economistas. Empezaremos por algunas instituciones claves, definitorias, del sistema capitalista.

En pocos días nos hemos dado cuenta de que el mercado no informa bien de las necesidades. Esto choca con las ideas de Von Mises y Hayek, que legitimaban el mercado como gran mecanismo de coordinación de las decisiones de los actores económicos, siendo los precios el más precioso sistema de información. Ocultando que en el mercado solo pueden participar los que tienen algo que ofrecer: dinero, mercancías o trabajo. De aquí se desprende que proveer de dinero a todos los que tras la pandemia se puedan quedar excluidos del mercado no es sino una exi-

gencia de la propia economía de mercado. Y por mucho tiempo.

Además, se ha roto el supuesto automatismo de las respuestas en el mercado reforzadas por los sistemas de producción *just in time*. Los costes de información sobre las necesidades se han mostrado elevadísimos y los de la respuesta desde la oferta también. La consolidación de las cadenas globales de producción y valor no ha sido capaz de atender a la emergencia. El tiempo y la geografía, habitualmente marginados en la interpretación de los fenómenos económicos, se han colocado en el centro de la acción.

No solamente el mercado: la otra gran institución del sistema capitalista, la propiedad privada, también está tocada. No es ninguna novedad que desde la iniciativa privada se vienen proponiendo modelos de gestión corporativa socialmente responsable que aceptan la cooperación con el Estado bajo diversas fórmulas de alianzas públicoprivadas. No obstante, la propiedad privada como derecho natural está enormemente cuestionada. Por la propia dinámica competitiva y por los nulos avances en la equidad. Los avances tecnológicos, con su enorme impacto sobre las capacidades productivas instaladas, se ven como una amenaza para el mantenimiento del empleo, muy en la línea señalada por Schumpeter y su «destrucción creativa»; en otros términos, pueden llegar a romper la cohesión social. Por otra parte, la globalización ha ido mostrando sus limitaciones ante la ampliación de las desigualdades a escala mundial, como Piketty, Milanovic y muchos otros nos han explicado. No hay que olvidar que la desigualdad se manifiesta, sobre todo, en las diferencias en la posesión de derechos de propiedad, en propiedades.

Sería auténticamente un desastre que la economía informal fuera el horizonte para la mitad de los trabajadores y empresarios arruinados, que ya lo es en buena parte de las economías mundiales. Además, así no se recuperaría la economía, se mantendría en un estado de depresión permanente. Basta con recordar las ideas simples de la identidad entre producción, renta y gasto social del flujo circular de la renta para verlo con claridad: quienes participan en la producción (producto social) obtienen unas rentas (renta social) que gastan en la compra de lo producido (gasto social). En un gráfico se expresa como un flujo circular en el que los actores intercambian esfuerzo por dinero (renta) y producen mercancías en la fábrica (producto), la producción se lleva al mercado y allí se vende a las familias (gasto). El riesgo de un equilibrio a bajo nivel, en el que una parte de la sociedad mantenga su posición previa y el resto quede excluido, es enorme.

Hay más: no tienen razón quienes dicen que esta-

mos ante una crisis simétrica porque nos afecta a todos. ¿Seguro? No es ni simétrica ni asimétrica, no hay países que ganen y países que pierden, sectores ganadores y perdedores, ricos y pobres; hay empresas con solidez financiera antes, durante y después, y empresas siempre pendientes de la renovación de las líneas de crédito. Hay empresas sólidas y empresas recién creadas, incluso innovadoras, que todavía no han conseguido un circulante sostenido. El riesgo de concentración empresarial es muy fuerte. La oligopolización se puede acentuar. Habrá que potenciar las políticas de competencia y supervisión del mercado e incentivar que las pequeñas se agrupen creando medianas empresas. No entro en las consecuencias sobre la cohesión social ni en la respuesta política.

No solamente han fallado los mercados nacionales sino también el gran mercado mundial. ¿Alguien en su sano juicio puede pensar que China, en medio de su epidemia, podría estar dispuesta a vender equipos a los extranjeros? Solo desde la arrogancia de una supuesta racionalidad del beneficio a corto plazo se puede mantener la idea, tan arraigada, de que no hay que producir lo que se encuentre más barato en el mercado exterior.

Tampoco han respondido las áreas de integración regional. No basta con señalar, como se ha dicho en la Unión Europea, que la política sanitaria no está entre sus competencias; la circulación de mercancías se ha cuestionado, la de los servicios sanitarios, también, y, en el caso europeo, se ha suspendido el acuerdo Schengen sobre libre circulación de personas. Además, la escasa ambición de su presupuesto ha hecho inviable cualquier medida de urgencia. Solo el Banco Central Europeo ha respondido, con lo que tiene: dinero.

Los europeos, que nunca abandonaron la protección de su agricultura, ¿cómo es posible que hayan descuidado así la protección de la salud? Quizá la respuesta esté en que la agricultura europea se apoya en millones de agricultores/votantes y la salud en pocos oligopolios. Y quizá la respuesta venga de un fondo común con recursos limitados.

Hay que reinventar la economía pública, definir mejor el papel del Estado. El Estado keynesiano incorporó entre los objetivos de su acción el crecimiento inclusivo socialmente, lo que hacía necesario tratar de evitar las crisis económicas manteniendo un crecimiento estable, en un contexto internacional en el que las relaciones económicas internacionales estaban reguladas por amplios acuerdos monetarios, comerciales o sobre los movimientos de capitales. La globalización ha priorizado como objetivo la competitividad, apoyada no en mercados nacionales sino internacionales. Los

viejos objetivos anteriores se someten a esta exigencia; más aún, la reputación de la política económica no se hace a partir de sus resultados para los ciudadanos de cada país, sino en términos de funcionamiento del mercado «libre». Los informes del World Economic Forum o el Doing Business del Banco Mundial son un ejemplo inmediato y extraordinario de esto.

Si el Estado keynesiano se tornó en Estado de bienestar, ¿quién vela por un Estado de bienestar a nivel mundial? No se ha prestado atención a la necesidad de proveer de bienes públicos globales. Resulta paradójico que, si bien se han aceptado las fallas de mercado en los ámbitos nacionales, se hayan ignorado en el mercado global, que cabría esperar que ofreciera las mismas debilidades y, por lo tanto, los mismos riesgos para el funcionamiento y legitimación del propio mercado. Esta situación es una muestra más del escaso interés de los economistas por revisar sus ideas sobre la capacidad autorreguladora de los mercados, por más crisis de todo tipo que vayamos sufriendo. Nadie se reconoce en Polanyi y, solo ahora, nos volvemos a acordar de Keynes, coetáneos en la década de los treinta de la centuria pasada. Este no es el único problema, sino que el sectarismo se instaló en la academia.

Es un ejercicio sano reconocer que la teoría económica, tan rica en aportaciones a la solución de problemas muy concretos, ha fallado en ofrecer una respuesta teórica a situaciones como la que nos está afectando como consecuencia de la pandemia. Seguramente porque hasta hoy no ha afectado a los países «adelantados». No basta con proclamar que se han de gestionar óptimamente recursos para satisfacer necesidades, si entre estas no se ofrecen soluciones a la más básica: la salud. Situada por Maslow justo encima de las necesidades fisiológicas.

Hemos visto cómo durante las crisis financieras se han desembolsado enormes sumas de dinero para salvar el sistema financiero, erigido en la columna vertebral de la globalización. Hoy, ante la pandemia que nos afecta, se apoyan, incluso desde el FMI, las ayudas directas a las empresas para sostener su actividad y el empleo. Nadie pregunta por el riesgo empresarial. No es momento, pero si hay que salvar la propiedad privada habrá que demandar responsabilidad social a los ayudados más allá del empleo. Porque el empleo se puede salvar con expropiaciones de empresas, como se hizo después de la Segunda Guerra Mundial. Pero tampoco es el momento de plantearlo, aunque algunas aerolíneas parecen demandarlo, claro que por tiempo limitado. Pero sí habrá que condicionar las ayudas a su uso responsable y a la rendición de cuentas, no solo a los accionistas sino a la sociedad, que es la

que colectivamente contribuye a las ayudas. De otra forma, la mayoría social se podría rebelar. Pero no quiero entrar en política.

La política económica —pública— debe actuar simultáneamente sobre la demanda y sobre la oferta para dinamizar el mercado, la actividad, el empleo y acelerar la recuperación, y así lo reconocen todos los organismos y así está actuando el gobierno de España. Las polémicas están en los detalles. Además, atender a tanto necesitado y a tanto pedigrüño es muy complicado.

Esta política va a tener también mucha repercusión sobre los propios instrumentos a emplear. Así, la expansión monetaria no puede estancarse en la caja de los bancos —privados o públicos—, como sucedió con los préstamos del BCE en la anterior crisis financiera; debe llegar rápidamente a las familias y a las empresas. De ahí la importancia del famoso «helicóptero de Friedman» —dar dinero directamente a la gente—, puesto en marcha por Trump. Sin llegar a tanto —nos echaríamos a las calles a ver si cae algo—, el aplazamiento del pago de impuestos, no la cancelación, puede ser una solución de emergencia. Ante las limitaciones operativas de la banca, habría que incluir a otros organismos no bancarios en esta tarea de distribución de dinero. Quizá las organizaciones empresariales, de autónomos y sindicales podrían facilitar información exacta de las necesidades y necesitados; incluso organizaciones privadas de asistencia social, desde Cruz Roja hasta *Save the Children*, porque no habría que ayudar solo a los ahora afectados, también habría que integrar a los excluidos. Se podrían crear cajas administradas o dirigidas, por ejemplo, por Economistas del Estado o Interventores (se hizo con los equipos de fútbol), dotadas de recursos bien definidos, procedimientos claros y rápidos, y con exigencia de redición de cuentas. Por cierto, ya se cuenta con instituciones como la SAREB (Sociedad de Gestión de Activos procedentes de la Reestructuración Bancaria) o el FROB (Fondo de Reestructuración Ordenada Bancaria), ejemplos de innovación pública.

Surge la polémica: los fariseos de la estabilidad ya anuncian los males de la hiperinflación. Tras una etapa en la que un 2% de crecimiento de los precios anuales parecía que era suficientemente motivadora de la ilusión monetaria, llegó la preocupación porque la no inflación no motivaba la inversión. Ahora, cuando todo está hundido, nos debemos de preocupar por la hiperinflación (¿Qué es? ¿El 8%, el 13%, el 75%? ¿Anual, mensual, ...?). Esto no quiere decir que no sea un riesgo que atender, pero si la oferta reacciona a la demanda, el riesgo de inflación será transitorio. Se nos recuerda la situación de la Alemania ocupada después

de su derrota en la Segunda Guerra Mundial, pero ¿cuál fue la inflación en Francia o en el Reino Unido, o en los Estados Unidos?

Por cierto, las enormes sumas de dinero negro de origen delictivo que circulan por el mundo rara vez han sido motivo de especial preocupación.

Hay otro riesgo: que las ideas de la teoría monetaria moderna, o al menos algunos de sus postulados, especialmente el relacionado con la financiación directa del gasto público, se abran paso entre la opinión pública. Al fin y al cabo, si el dinero es un bien público (aunque sea un poco especial, todos tenemos derecho a su disfrute), ¿por qué no producir dinero y evitar su escasez? (Es lo que, de nuevo, el BCE va a hacer). El papel de los bancos se diluiría y el mundo de las finanzas se transformaría radicalmente. No sé si para bien o para mal. Como siempre, como sucedió con las ideas de Roosevelt y de Keynes, no fue el análisis riguroso lo que justificó la intervención del Estado, sino la necesidad. La urgencia, en un caso, y la desconfianza en las ideas de la época, en otro, permitieron el cambio.

Otro tanto pasará con los impuestos. ¿Se va a seguir pensando que bajar impuestos es moderno y descuidar lo público anticuado? Si antes de la pandemia se había iniciado el debate en torno a la necesidad de reconsiderar las figuras y los tipos impositivos ante los movimientos de capitales, las oportunidades para eludir la ley encontradas por las empresas tecnológicas o por las urgencias que el cambio climático plantea, habrá que incorporar la necesidad de fortalecer a la sociedad frente al nuevo riesgo. La pandemia, como el cambio climático, nos recuerda que nadie está a salvo; ni siquiera el mejor de los seguros privados.

Esta «externalidad negativa» no pregunta por la cuenta corriente.

El Estado de bienestar tendrá que ser nuevamente definido y por supuesto mejorar su gestión, evitando las diferencias existentes según lugar de residencia. Hasta el propio de Guindos se sorprendió al escucharse decir que una renta básica podría ser una solución al desplome de la demanda. Cierto es que, en cuanto pudo, subrayó que con carácter temporal. Sin duda, esto supondría una transformación radical del sistema económico, pero podría servir para resolver algún otro problema, como la ampliación de la desigualdad. Hay que recordar que la propuesta de renta básica no es uniforme y, de hecho, sigilosamente, se va extendiendo en nuestra sociedad. En el País Vasco funciona un modelo bastante avanzado de renta garantía de ingresos cuidadosamente ignorado por los demás.

También las políticas sociales deben volver a incorporar con intensidad la solución al problema de la vivienda. Impulsar la construcción de viviendas sociales sería una medida de empuje a la inversión y a la demanda de gran impacto económico y social. Igual que hay una ley sobre límite de gasto, debería haber una ley que limite la reducción de ingresos públicos hasta que determinadas necesidades básicas no estén mínimamente cubiertas. ¿Estamos dispuestos a encontrar otra vez sin saber qué hacer con la gente sin hogar o que ocupa infraviviendas?

En definitiva, se trata de no aceptar que la reconstrucción económica sea la recuperación de lo que existía antes del desplome. ¿No habría que construir algo que no reproduzca los errores anteriores?

¡Buah! Casi nada.

Con amor. 

PANDEMIAS Y MEDIO AMBIENTE.

¿Es el virus el hombre? Lecciones de una crisis

FEDERICO VELÁZQUEZ DE CASTRO GONZÁLEZ

Doctor en Ciencias Químicas

En unos momentos en que la civilización occidental, aunque no sólo ella, mostraba su poder y su control tecnológico en un amplio rango de áreas, desde la espacial a la telemática, pasando por la industrial, energética o militar, emerge un virus que paraliza el mundo, retornándole a épocas que creíamos superadas, como cuando el azote de las epidemias dieztaban a la población en el Medioevo. Ciertamente, hoy sabemos más y nos encontramos mejor preparados, pero el COVID-19 ha mostrado la vulnerabilidad humana, haciendo buena la expresión que Mao Zedong gustaba para el capitalismo: *tigres de papel*. Gigante con pies de barro, añadiríamos nosotros, dejando en evidencia la fanfarronería del Poder y de su élite. No hizo falta esperar terremotos ni colisiones cósmicas, el enemigo invisible estaba entre nosotros. Poco podían hacer frente a él nuestros sofisticados arsenales militares. Nos habíamos equivocado de escala.

EL CONTEXTO

La globalización facilitó el desastre. Parece una venganza a ese traslado unidireccional que va desde el Imperio al resto del mundo, transmitiendo su modelo, sus hábitos, sus gustos, y con poca atención hacia otras zonas, cuyas culturas tanto nos podrían aportar. Ahora el trayecto partió de la periferia, y desde ahí golpeó el corazón de Occidente. *Nada de lo humano me es ajeno*, afirmaba Terencio, y cuando se teje una red que conecta el mundo, todo lo que acontezca en cualquier rincón nos concierne. No vale ya mirar como espectadores, reconociendo lo que de pintoresco o bárbaro pueden tener ciertas costumbres, sino que ya todo me afecta y no podemos encogernos de hombros ante malas prácticas en cualquier rincón de la Tierra. El círculo de mis intereses privados en un mundo interconectado puede verse en cualquier momento sa-

ducido por impactos económicos, militares, ambientales o sanitarios, que se inician en lugares aparentemente remotos. Tal vez el ser humano de nuestro tiempo no estaba siendo consciente del mundo que construía, y quizás esta crisis pueda despertarnos. Pertenece al planeta, y será en términos globales como tendremos que orientar desde ahora la historia.

En este marco, no puede olvidarse la complejidad e incertidumbre que nuestras sociedades encierran. Lo primero ya lo introdujo Edgar Morin y es fácil de comprender y comprobar; lo segundo, no solo se ciñe a los factores imprevisibles presentes en la dinámica del mundo, sino a cómo hemos logrado hacer del planeta un lugar más inseguro. Con la desigualdad y la exclusión, propias del capitalismo, que generan una relación desequilibrada entre centro y periferia, junto a la competencia por la hegemonía frente a otros focos emergentes. Y con la ruptura ecológica, donde la presión por los recursos y la satisfacción de necesidades no siempre razonables, han quebrado muchos ciclos biológicos. Si desde siempre nos han inquietado los desastres naturales, como huracanes, inundaciones, etc., hoy añadimos más leña al fuego alterando sustancialmente muchas variables y, como se viene ahora recordando, la naturaleza no perdona nunca.

En lugar de colocar la vida en el centro, hemos colocado lo monetario, lo material. El altar de la naturaleza, como crisol que alimenta y mantiene, ha sido reiteradamente profanado. El gusto por la velocidad y la inmediatez en un mundo globalizado, añade incertidumbre, en especial si falta la reflexión y la mirada a largo plazo. La metáfora de la mariposa que aletea aquí, y allí origina un vendaval, la tenemos en la colilla que arrasa un bosque o, quién sabe, en una decisión equivocada a la hora de pulsar un botón. Con nuestro desenfadado modo de vida occidental, ajeno a lo que no sea la satisfacción privada, nos hemos vuelto mucho más frágiles.

LAS EPIDEMIAS Y LA ECOLOGÍA

Uno de los problemas ambientales más importantes de nuestro tiempo es el declive de la biodiversidad, por el que desaparecen especies a un ritmo entre 100 y 1.000 veces superior al natural, lo que Leakey y otros biólogos han denominado la sexta extinción¹. Las causas principales son la reducción (o fragmentación) de hábitats y la introducción de especies invasoras. ¿Pueden tener que ver estas prácticas con la generación de epidemias?

Muchos microorganismos, incluidos los patógenos, viven en medios silvestres, a veces en el interior de los animales, sin causarles ningún daño. El problema comienza cuando se deforesta y urbaniza sin criterio, de forma rápida e invasiva, ya que en estos casos se facilita el contacto de las especies salvajes con el medio humano. El Ébola puede ser un buen ejemplo. Investigaciones llevadas a cabo en 2017 mostraron que este virus, cuyo origen ha sido localizado en varias especies de murciélago², apareció en zonas de África central y occidental que habían sufrido deforestaciones recientes. Al talar los bosques, obligamos a los murciélagos a posarse en los árboles de nuestros parques y granjas, dejando su saliva cuando muerden frutas, que quizás más tarde recolectemos. Este proceso se ha comprobado con otros virus (Nipah en Asia o Marburgvirus en África oriental) y aunque el salto de virus entre especies no es muy frecuente, el riesgo existe y, como comprobamos ahora, no es en absoluto despreciable.

Los murciélagos, que juegan un papel importante en esta cadena de transmisión, no son ni mucho menos animales perjudiciales. Por el contrario, su carácter insectívoro es muy importante para los ecosistemas (y para el ser humano), aunque el hecho de ser longevos (20 años de vida frente a los 2 que puede vivir otro mamífero similar, como un ratón), vivir en grandes colonias y contar con numerosas especies le confiere mayor presencia en sus medios.

Procesos similares ocurren con los mosquitos en los que se ha confirmado que las especies vectores de agentes patógenos son dos veces más numerosos en zonas deforestadas que en aquellas donde los bosques no se han alterado. Igualmente ocurre en el caso de enfermedades transmitidas por garrapatas; al ir reduciéndose el bosque, sus depredadores (como las zarigüeyas en América) desaparecen, llegando

así más fácilmente al medio humano, generando enfermedades como la de Lyme, observada por primera vez en Estados Unidos en 1975. En los últimos 20 años se han identificado 7 nuevos agentes patógenos portados por garrapatas.

Otras prácticas peligrosas proceden del comercio ilegal de animales vivos que se venden en mercados públicos. En ellos, especies que en su entorno natural nunca se hubieran cruzado, aparecen enjauladas, unas junto a otras, lo que permite que los microorganismos y patógenos circulen libremente. Parece que aquí estuvo el origen del coronavirus que en 2002-2003 dio lugar al Síndrome Respiratorio Agudo Grave (SARS), la primera pandemia del siglo XXI, con más de 8.400 casos y 916 defunciones en 21 países; y quizás también podamos encontrar la causa de la pandemia originada por el COVID-19.

El salto del virus del SARS a los humanos se produjo en los mercados de animales salvajes de China, en los que se venden animales capturados, vivos o muertos, como alimento o para otros fines. El origen del SARS estuvo en las civetas, pequeños carnívoros que, a su vez, habían contraído el virus de los murciélagos. Desde ahí, por contacto, mordedura o ingestión, pasó al hombre. El caso chino es especialmente relevante por la abundancia de estos mercados, tratarse del país más poblado del mundo y las grandes conexiones que enlazan todo su territorio. Cuando se detectó por vez primera el COVID-19 en Wuhan, enseguida se sospechó que su origen pudiera encontrarse en estos recintos. Parece que la procedencia de este coronavirus se localiza en los murciélagos y desde ellos saltan a los humanos a través de otras especies.

Dentro de las conexiones entre medio ambiente y pandemias, conviene detenerse en el marco de las grandes ciudades. Existe una tendencia exponencial en todo el mundo a vivir en megalópolis, algunas de ellas con decenas de millones de personas: Tokio, Yakarta, Delhi, Karachi... No es difícil comprender el riesgo que estas aglomeraciones suponen para la propagación de infecciones y enfermedades de todo tipo. Urge una revisión profunda de la planificación urbana para regularizar la distribución de la población, habida cuenta de que su crecimiento descontrolado conlleva todo un catálogo de riesgos para la salud física, psicológica y social de quienes las habitan.

1. Leakey, R. *La sexta extinción*, 1997.

2. Kupferschmidt, K. «This bat species may be the source of the Ebola epidemic that killed more than 11.000 people in West Africa». *Science magazine*, Cambridge, 24-I-2019.

INFLUENCIA DE LA CONTAMINACIÓN ATMOSFÉRICA

Y dentro de los efectos indeseables que encontramos en las ciudades, se encuentra la contaminación atmosférica, reiterado azote de estos núcleos como consecuencia de las combustiones que se producen en su seno, sean de los vehículos a motor, calefacciones o industrias. Aunque no sepamos apreciar su peligrosidad inmediata —quizás porque cuestionaría alguno de nuestros hábitos, como la movilidad privada— origina 30.000 muertes prematuras en España, 400.000 en Europa y 7 millones en el mundo (según datos de las diversas Agencias de Medio Ambiente), suponiendo para los habitantes urbanos una reducción en su esperanza de vida entre 2 meses y 2 años. También aquí habría que hablar propiamente de pandemia, y donde se siente más su azote es, también, en los grupos de población vulnerable.

Dentro de los contaminantes atmosféricos, una vez que el dióxido de azufre y el monóxido de carbono han sido parcialmente controlados, el problema se ha trasladado a los óxidos de nitrógeno, el ozono superficial y las partículas, generando daños respiratorios y circulatorios. Enfermedades crónicas, como el asma, enfisema, bronquitis —EPOC en general— hacen de quienes las padecen un sector de riesgo ante la presencia de virus que originan enfermedades respiratorias, como el actual coronavirus. De esta manera, la contaminación atmosférica erosiona nuestros organismos y convierte a las personas afectadas en población sensible frente a las infecciones.

Las partículas en suspensión son especialmente preocupantes. Divididas por tamaños y de gran heterogeneidad, pueden tener origen natural (como el polvo del desierto, cuyas oleadas llegan periódicamente al sur de España) o humano, procedentes, en gran medida de la combustión de los vehículos Diesel. Las partículas de menor tamaño, las de diámetro inferior a 2,5 micras son las más peligrosas por su gran capacidad de penetración en las vías respiratorias.

Según un estudio reciente, elaborado en la Universidad de Harvard³, un aumento de solo un microgramo por metro cúbico de esta clase de partículas se asocia con un aumento del 15% en la tasa de mortalidad del COVID-19. Las razones pueden encontrarse tanto en la acción sinérgica de dos agentes respiratorios agresivos, como en el soporte que las partículas pueden facilitar para la transmisión del virus. Este dato es muy revelador para cuando los países industrializados recuperen los hábitos anteriores, ya que convendría mantener

a raya la calidad del aire (puesto que el virus no va a desaparecer), «confinando» en esta ocasión a los vehículos más problemáticos; de lo contrario, las ciudades más contaminadas sufrirán un mayor número de defunciones. Veremos si aquí hay también decisión y valor para poner en cuestión este icono de nuestras ciudades, verdugo de la salud de quienes las habitan.

EL CONSUMO DE CARNE

Una buena parte de estos episodios está vinculada al consumo de carne. Desde el brote de listeriosis del pasado verano, hasta la gripe aviar, vacas locas y quizás alguna de las más recientes. Disponemos de una cabaña ganadera de más de 20.000 millones de animales (3 por habitante), lo que además de ejercer una importante presión sobre los recursos del planeta, nos acerca a otros seres vivos en cuya fisiología pueden habitar microorganismos, inofensivos para ellos, pero lesivos para nosotros. Y el mayor riesgo vendrá de las especies evolutivas más cercanas, los mamíferos y, en menor medida, las aves.

Hay cuatro razones importantes para reducir o eliminar el consumo de carne de nuestras dietas. La primera es nuestra propia salud; no entraremos ahora en las grasas saturadas o el ácido úrico, tan desaconsejables sanitariamente, baste tomar ahora un aspecto como la cantidad de antibióticos que se le suministran a estos animales, no tanto a título curativo como preventivo, que pasarán a nuestros cuerpos pudiendo aumentar la resistencia de las bacterias (auténtico peligro emergente), reduciendo la eficacia de estos medicamentos cuando lleguemos a necesitarlos.

El medio ambiente sufre las emisiones de metano de los rumiantes, un producto 23 veces más potente que el dióxido de carbono como gas invernadero. Los restos del metabolismo de estos animales, por su cantidad y composición, no son siempre fáciles de gestionar. Alguien podría pensar que aquí —en los países desarrollados— no se dan esos problemas, pero el COVID-19 nos enseña que no podemos sentirnos seguros mientras en cualquier lugar del mundo no se realice la gestión adecuada. Las montañas de heces producidas por la ganadería constituyen, en muchas partes del mundo, un caldo idóneo de cultivo para la proliferación de bacterias, como la *E. coli*, que al alcanzar a los seres humanos puede originar colitis hemorrágica o insuficiencia renal aguda, entre otras patologías.

3. Xiao Wu *et al.*: «Exposure to air pollution and COVID 19; mortality in the United States». Harvard University, 5-IV-2020.

Hay que frenar el círculo endiabrado de «salir y comprar», es decir, consumir como eje de vida, y sustituirlo por una cierta mirada interior que estimule la reflexión, la convivencia, el estudio, la interiorización..., dicho de otro modo, que se descubra lo importante que resulta para nuestras vidas el repliegue o, al menos, un equilibrio dentro/fuera.

El bienestar animal, si tuviéramos espíritu compasivo, nos llevaría a intervenir en las granjas de todos los tamaños en los que los animales se hacinan, sufren y se les mutila. Mas, si no se alcanza a hacerlo por motivos éticos, al menos por sentido práctico. Miles de animales se amontonan creando las condiciones apropiadas para la transmisión de patógenos. Así, el virus de la gripe aviar, procedente de aves acuáticas, asoló las granjas de gallinas, donde mutan volviéndose más peligrosos. Se han conocido episodios en Hong Kong, en 1997, que se liquidó con el sacrificio de un millón y medio de aves, y en Europa, incluida España, en 2006. Una de sus cepas, el H5N1 es transmisible a los humanos, alcanzando una mortalidad del 50% de los individuos infectados.

Y para mantener esta enorme cabaña, algunas de las mejores tierras del planeta se dedican al cultivo de especies forrajeras. Gran parte de nuestras incursiones en los bosques se realizan para conseguir terreno para el cultivo de soja, como viene ocurriendo en la Amazonia, convirtiéndose en una nueva fuente de presión sobre el medio. Por todo ello, si reflexionáramos sobre nuestro tipo de dieta y diéramos a la alimentación el valor que merece —más allá del acto funcional que supone para muchos— la orientaríamos hacia modelos donde la carne tuviera, si acaso, una mínima representación. La Tierra, y todas sus especies, se liberarían de una las cargas más pesadas que actualmente sufre.

SALIENDO DE LA CRISIS

Cuando nos enfocamos hacia el futuro, podemos percibir dos actitudes. La que desea regresar pronto a la «normalidad», es decir, hacer lo mismo de antes —de

siempre— y quien cree que algo debe cambiar el día después. En otras palabras, los que piensan que en breve nos habremos olvidado de este episodio y los que creen que nada volverá a ser como antes.

Más allá del drama sanitario y económico, bien pudiera esta crisis hacernos más reflexivos. Hay que frenar el círculo endiabrado de «salir y comprar», es decir, consumir como eje de vida, y sustituirlo por una cierta mirada interior que estimule la reflexión, la convivencia, el estudio, la interiorización..., dicho de otro modo, que se descubra lo importante que resulta para nuestras vidas el repliegue o, al menos, un equilibrio dentro/fuera. Dicha actitud podría conducirnos a una vida más sencilla y serena, más atenta, más agradecida, más valoradora de los acontecimientos cotidianos. Generando sentido crítico frente al ocio de multitudes, como el turismo masivo y devorador, las compras impulsivas, los cantos de sirena publicitarios. Más personal y menos gregario.

Vivir así, con sentido crítico y serenidad, es uno de los mejores regalos que podemos ofrecer a la naturaleza y a nuestro medio más cercano. Además de generar paz para nuestros agitados ritmos de vida, colocando el *nada de lo humano me es ajeno* o el *me importa* de Lorenzo Milani como lemas que trascienden el círculo privado. La imagen de los abarrotados carros de los supermercados de los primeros días —del sálvese quien pueda— es la actitud más inútil para lo que hoy se precisa: unidad para abordar juntos un futuro en lo económico, lo social y lo ambiental.

Y esa búsqueda cohesión social, para no resultar tramposa, debe ser marcadamente progresista: un apoyo incondicional a lo público, olvidando tentaciones privatizadoras. El liberalismo no casa bien con las emergencias. Igual tendríamos que hacer con las diferentes partidas presupuestarias. Puesto que las guerras parece que las vamos a librar contra nuevos enemigos, habría que reducir sustancialmente los gastos militares —el principal negocio del mundo— detrayendo partidas para la transición ecológica, investigación, ciencia, salud, educación..., y todo lo que sustente el desarrollo de un país (y no lo embrutezca: los taurinos también se apuntan a la petición de ayudas). Sin olvidar la sostenibilidad, ese adjetivo que, a través de los límites, establece las coordenadas por donde en un futuro debemos transitar.

No hay, en el contexto actual de incertidumbre y riesgo, salvación individual. En un mundo globalizado estamos llamados a compartir los recursos, colaborando solidariamente. El destino personal está vinculado al colectivo, e importan los esfuerzos de todos. Es el momento de ir cuestionando la riqueza escandalosa de los privilegiados (62 personas poseen la misma ri-

queza que 3.000 millones) o los donativos-limosnas de los ricos filántropos, obtenidas, por lo general, por medios dudosos. Los *new deals* deben ser profundamente democráticos, sin trampas, transparentes, incorporando dosis de imaginación y creatividad para que los problemas se resuelvan en planos diferentes a los que se originaron.

LAS PRÓXIMAS EPIDEMIAS

Afortunadamente, las autoridades chinas han terminado prohibiendo los mercados de animales y su comercio como alimento. Pero continúa sin frenarse otra gran vía de contacto entre humanos y animales salvajes: el comercio de especies vivas para su empleo en la medicina tradicional, una práctica muy extendida y apreciada entre toda su población, aunque apenas tenga rigor científico. Mientras que esta actividad se mantenga, el riesgo de nuevas epidemias permanecerá abierto.

Para afrontar este desafío, y puesto que buena parte de las recientes epidemias derivan de zoonosis (contactos infecciosos entre animales y humanos), urge establecer convenios internacionales que vinculen a todos los países (como lo han sido Kioto o Montreal en materia ambiental), para limitar e impedir las prácticas de riesgo. No importa ya donde se realice ni cómo de apreciada sea por su población, si existe un peligro en cualquier rincón del planeta, estamos todos amenazados.

En Estados Unidos se han venido vigilando, a través del programa PREDICT⁴ los medios en los que los microorganismos son más susceptibles de convertirse en patógenos para los humanos. Se han identificado 900 nuevos virus, algunos en cepas desconocidas hasta ahora y similares a los coronavirus del SARS, lo cual es una seria advertencia. El «virus» humano —no menos peligroso— ha entrado aquí a través de las políticas de Donald Trump, que decidió poner fin a este programa en octubre de 2019, además de retirar su aportación a los presupuestos de la Organización Mundial de la Salud. Volvemos a jugar con fuego.

El cambio climático, que hasta el inicio de la crisis iba ganando interés ante los ojos de la opinión pública, ha pasado ahora a un discreto penúltimo plano. La crisis sanitaria, además de la económica y social, es lo que verdaderamente preocupa y, además, las emisiones de gases invernadero se han reducido como con-

secuencia de la caída de la actividad. Pero sigue estando ahí como principal problema ambiental, de hecho, el año 2019 ha sido considerado como el más cálido de la historia, de manera que continúa exigiendo respuestas inmediatas para controlarlo. Ya que tanto nos preocupa la salud, y la vida que nos va en ella, si las temperaturas continúan ascendiendo, los mosquitos vectores de parásitos irán extendiendo sus áreas de influencia consiguiendo que muchas enfermedades tropicales aparezcan más allá de sus lugares originales.

Y es muy probable que el permafrost, esa capa helada que constituye la tundra, ocupando buena parte de los tres continentes, vaya deritiéndose, lo que liberaría ingentes cantidades de metano a la atmósfera, que retroalimentaría el efecto. Pero, junto a los gases liberados, también se encuentran virus de enfermedades erradicadas, como la gripe española, que podrían reactivarse. Ya se han encontrado virus viables en cadáveres de animales conservados en estas capas, pues las bajas temperaturas y la ausencia de oxígeno favorecen su preservación. Se han encontrado virus de gran tamaño, no patógenos para los humanos, pero éstos también pueden aparecer. Como se aprecia, comprometemos irresponsablemente el futuro de la humanidad. Por ello, no habrá paz ni estaremos a salvo de nuevas amenazas hasta que la dimensión ecológica ocupe un papel crucial en nuestros programas de desarrollo. En otros momentos históricos, nos encontrábamos más lejos de los límites, pero ahora los rozamos y, en algunos casos, los traspasamos, ignorando las consecuencias que este comportamiento conlleva. Debemos ser ya sumamente cuidadosos.

¿Es entonces el ser humano el verdadero virus del planeta? Si no la persona, sí que nuestras actitudes pueden ser muy mejorables. El valioso patrimonio sobre el que podemos ejercer nuestra responsabilidad debe ser protegido y respetado, quizás este «detalle» puede marcar la diferencia definitiva entre la época de la inconsciencia, la desigualdad y el crecimiento rápido, y la de la serenidad y el cuidado, con la vida puesta en el centro. Igual que a la paz se debe acceder por caminos de paz, si se quiere la vida (y parece que ahora estamos sintiendo miedo a perderla), no hay otra forma de asegurarla (aunque dentro del contexto de riesgo e incertidumbre propio de nuestra civilización) que transitar por caminos de vida. La naturaleza, en el futuro, puede ser nuestra gran protectora; o la que termine con nosotros si continuamos dándole la espalda. 

4. *Predict Consortium: One health in action*. Ecohealth Alliance, 2016.

CHINA POST-COVID: DE LA CHARMING OFFENSIVE A LA WOLF WARRIOR DIPLOMACY

MAR LLERA

Universidad de Sevilla

La irrupción del coronavirus ha confinado a la diplomacia china en el frágil vagón de un carrusel donde las remontadas son precedidas y seguidas de dramáticos giros o de acelerados descensos.

Cuando a comienzos de año el mundo contemplaba expectante la gestación de la crisis y observaba las imágenes fantasmagóricas de un Wuhan de nievas escandras y avenidas desiertas, pocos imaginaban lo que vendría después. Nuestros periodistas optaron por destacar la inusitada transparencia del régimen y su celeridad para combatir la epidemia, amonestando a la opinión pública contra la tentación de caer en una xenofobia simplificadora y racista.

Más tarde, la expectación se transformaba en admiración de la mano de la Organización Mundial de la Salud (OMS), que, tras haberse resistido a reconocer la gravedad de la amenaza, encomiaba a China por su decidida respuesta. Algunos párrafos del informe publicado a finales de febrero revelan sin disimulos su complicidad con el Consejo de Estado y el Comité Central del Partido Comunista Chino (prominente mecenas de la organización), a quien se alaba como modelo a seguir en la contención del virus. Entre otras cosas, se constata la agilidad con que China pasó de la primera fase de reconocimiento de la enfermedad y su inclusión en el repertorio nacional de patologías infecciosas (20-En-2020), a la orden gubernamental de reinicio de la actividad industrial, tan sólo un par de semanas más tarde (8-Feb-2020).

Desde tales premisas, los aliados del gigante asiático en la prensa internacional han enfatizado repeti-

...los ciudadanos continentales, avezados en burlar la censura, han logrado filtrar sus relatos en redes sociales y publicaciones disidentes. Allí se habla de los desahuciados por la eugenesia comunista, los confinados sin apenas recursos para sobrevivir, los incinerados precipitadamente y la anónima multitud de los desaparecidos por obra y gracia de la ingeniería contable.

damente su coraje al priorizar la salud pública sobre los intereses del mercado, así como su eficiencia al construir infraestructuras sanitarias, aprovechar el potencial de las nuevas tecnologías en beneficio de la sociedad, impulsar la investigación del genoma del virus y avanzar hacia una vacuna.

Esta «ofensiva encantadora» (*charming offensive*), característica de la estrategia de beneficios compartidos (*win-win*) con que China ha seducido al mundo en la últi-

ma década, se ha visto reforzada por una ostentosa diplomacia humanitaria. Ante el repliegue proteccionista de Trump y la división de la Unión Europea, **Pekín intenta capitalizar la crisis que ella misma ha provocado**, facilitando asesoramiento técnico y material sanitario a los países afectados, comenzando por Italia y España. El movimiento filocomunista Cinco Estrellas, que hace un año comprometió al estado italiano en la nueva Ruta de la Seda pese a los recelos de Europa, ha acogido la «solidaridad» china con tanta presteza como el presidente español Pedro Sánchez, sin detenerse a considerar que podría tratarse de un regalo envenenado. En este punto conviene recordar los intereses chinos sobre el mercado tecnológico 5G, que Huawei tiene vetado en Estados Unidos y una parte del Viejo Continente por razones de seguridad.

Entretanto, las poblaciones de Hong Kong y Taiwán —que China considera «provincias rebeldes»— han mantenido un elocuente escepticismo: «No creemos la narrativa de Pekín sobre el coronavirus. Tampoco sus cifras. Sabemos que nos están mintiendo». Esta certeza ha ido confirmándose de modo progresivo a medida que los ciudadanos continentales, avezados en burlar la

censura, han logrado filtrar sus relatos en redes sociales y publicaciones disidentes. Allí se habla de los desahuciados por la eugenesia comunista, los confinados sin apenas recursos para sobrevivir, los incinerados precipitadamente y la anónima multitud de los desaparecidos por obra y gracia de la ingeniería contable.

El inicio de abril ha quedado marcado por una revelación crucial: un informe clasificado de los servicios de inteligencia estadounidenses, que acusan a China de falsificar los datos sobre el impacto de la epidemia y retrasar deliberadamente su reconocimiento, lo que ha favorecido la expansión del virus. A similar conclusión han llegado el Reino Unido, por una parte, y la Comisión Europea, por otra.

Paralelamente, van tomando cuerpo las sospechas en torno al origen deliberado del virus. Los rumores apuntan al Instituto de Virología de Wuhan, cuyos protocolos de seguridad fueron calificados como deficientes por una delegación estadounidense que visitó el laboratorio a comienzos de 2018. En esta coyuntura, Pekín no ha demorado su contraofensiva propagandística, culpando al ejército estadounidense de haber creado y exportado la enfermedad a China por motivos de rivalidad geoestratégica. A principios de marzo, el portal contrainformativo canadiense *Global Research*, se hacía eco de esta perspectiva en un ambiguo artículo firmado por un ex-agente de la CIA, Philip M. Giraldi. En el frente opuesto, varias cadenas europeas de televisión —entre ellas una italiana— rescataban de sus archivos antiguos reportajes sobre inquietantes experimentos con virus de la familia SARS en murciélagos, por parte de ciertos laboratorios chinos. Simultáneamente, Donald Trump animaba a denominar al patógeno «el virus de Wuhan», y en España, Santiago Abascal, de la formación Vox, recogía su testigo. Así ha fraguado **la actual batalla por el poder sobre la opinión pública internacional en torno al origen de la Covid, una auténtica guerra de narrativas.**

La revista *The Economist* ha añadido otra pieza al puzzle en esta conflagración de sospechas recíprocas al revelar que el ya mencionado laboratorio de Wuhan contaba con la colaboración de científicos italianos y norteamericanos para desarrollar experimentos sobre la «ganancia de función» de ciertos virus. Esto consiste, ni más ni menos, que en incrementar la peligrosidad de ciertos patógenos (haciéndolos más fácilmente transmisibles y más resistentes a los antibióticos), con la esperanza de obtener así un mayor conocimiento sobre ellos y desarrollar productos farmacéuticos para combatirlos.

Por su parte, el *Washington Post* ha publicado información pormenorizada en torno a los cables del Departamento de Estado norteamericano que en 2018

alertaron sobre problemas de seguridad en un laboratorio de Wuhan. Al parecer, varios científicos estadounidenses visitaron sus instalaciones y mantuvieron encuentros con Shi Zhengli, responsable de un proyecto de investigación sobre el coronavirus en murciélagos, probablemente pertenecientes a la misma población que dio origen al SARS en 2003.

La irrupción en este escenario del Nobel de Medicina Luc Montagnier y sus polémicas declaraciones, ampliamente secundadas, pero también contestadas, ha añadido ruido a la controversia. No podemos tener ninguna certeza definitiva al respecto; ahora bien, existen evidencias innegables. La primera de ellas es que Montagnier NO sostiene que el virus fue creado en un laboratorio chino. De hecho, ha insistido en que como científico no le corresponde hacer ese tipo de juicios. Por tanto, las publicaciones anti-bulo que le atribuyen aseveraciones falsas constituyen ellas mismas un bulo. El Nobel francés únicamente ha asegurado que el análisis del genoma Covid-19 revela la manipulación de ciertas secuencias y la inserción de pequeños fragmentos del virus VIH (que él conoce mejor que nadie, porque fue su descubridor). Obsérvese que esta afirmación es compatible con la tesis —ampliamente compartida por la comunidad científica— acerca del origen natural del virus, ya que —en palabras del propio Montagnier— un amplio porcentaje del mismo no ha sido manipulado y pertenece a la conocida familia de los coronavirus. Por tanto, quienes subrayan este último punto y señalan a los murciélagos como portadores de la enfermedad, no sólo no contradicen al Nobel, sino que en cierto modo refuerzan las sospechas contra el laboratorio de Wuhan y el equipo de Shi Zhengli, anteriormente mencionadas. Además, nada excluye la posibilidad de que algún animal infectado en el laboratorio infectara a otro (u otros) en libertad, y que un animal enfermo acabara en el estómago de alguna serpiente comercializada en el mercado de Wuhan, como apunta la hipótesis que se ha barajado desde el principio.

En definitiva, podría suceder que en esta polémica todos tuvieran razón, aunque sostengan puntos de vista diferentes.

De hecho, nuestro sistema sanitario dispone de evidencias adicionales en línea con las investigaciones de Montagnier. La Agencia Española de Medicamentos y Productos Sanitarios (AEMPS) acaba de lanzar un ensayo clínico pionero que evalúa el uso de antirretrovirales e hidroxiclороquina para prevenir la Covid-19. El proyecto se apoya en los resultados alcanzados con el primer paciente hospitalizado en Sevilla, que la prensa publicitó en estos términos: «Un medicamento contra el SIDA cura a un paciente de coronavirus».

Si de lo que se trata es de desmentir aseveraciones sin fundamento, recomiendo el artículo de Charles Calisher y sus compañeros en la revista *The Lancet*, ampliamente citado, para «combatir la desinformación y las teorías conspiratorias» sobre los orígenes de la pandemia. Porque contra lo que cabría esperar no se trata de un texto científico, sino de un simple manifiesto de apoyo a la comunidad científica china, donde se incluyen afirmaciones tan discutibles como ésta: la comunicación de datos sobre el coronavirus ha sido «rápida, abierta y transparente». Más «científico» nos parece el presidente Emmanuel Macron cuando ha declarado al *Financial Times* que «no hay comparación entre los países donde la información fluye libremente y aquellos donde se suprime la verdad. Por tanto, **no seamos tan ingenuos como para decir que China lo ha hecho mejor. No lo sabemos. Lo que está claro es que han sucedido cosas que no sabemos**».

La actual coyuntura está provocando un cataclismo en el mapa de las relaciones internacionales y las alianzas geoestratégicas: el mundo se replantea su relación con China. La pandemia ha puesto en cuarentena el *Beijing Consensus*, que hasta ahora se promocionaba como alternativa al Consenso de Washington. «Nadie puede pensar que, una vez superada la crisis, nuestra política hacia Pekín va a ser la de antes» —ha explicitado el entorno

de Boris Johnson. Este distanciamiento se alimenta, además, paradójicamente, de la feroz contraofensiva china, que ha sustituido su tradicional *charming offensive* por una *wolf warrior diplomacy*. El gigante asiático comienza a revelar al mundo el auténtico rostro de su dictadura.

Un área donde la confrontación se manifiesta particularmente intensa son las negociaciones en torno al mercado 5G. «¿Se imaginan ustedes que ahora los vehículos alemanes sean considerados inseguros por las autoridades chinas?» —ha interrogado sarcásticamente

el embajador chino en Berlín durante un evento mediático. El motivo de esta velada amenaza es que Alemania —a la vez que Francia y Reino Unido— está sopesando sus relaciones con Huawei, tras considerar demostrado que China ha orquestado una campaña para diluir su responsabilidad.

En este sentido, Joseph de Weck, del *Foreign Policy Research Institute*, observa que al régimen le está saliendo el tiro por la culata. Botón de muestra ha sido la protesta del ministro de exteriores francés, Jean-Yves Le Drian, contra la embajada china en París por acusar de mentirosos a los periodistas que cuestionan las estadísticas chinas, y calificar de racistas a un grupo de parlamentarios franceses que recelan del director de la OMS. Por su parte, Australia ha solicitado

a la comunidad internacional una investigación independiente sobre el origen de la pandemia. Y ante las advertencias del embajador Cheng Jingye sobre posibles represalias económicas, la ministra de exteriores Marise Payne ha reiterado su demanda. Ésta es también secundada por Von der Leyen, presidenta de la Comisión Europea, que en marzo publicó un informe sobre la actual campaña de desinformación en torno a la Covid impulsada por Moscú y por Pekín. A este respecto, Josep Borrell, Alto Representante de Política Exterior de la Unión Europea, ha admitido recibir presiones de China para suavizar el informe, aunque asegura que

La actual coyuntura está provocando un cataclismo en el mapa de las relaciones internacionales y las alianzas geoestratégicas: el mundo se replantea su relación con China. La pandemia ha puesto en cuarentena el Beijing Consensus, que hasta ahora se promocionaba como alternativa al Consenso de Washington. «Nadie puede pensar que, una vez superada la crisis, nuestra política hacia Pekín va a ser la de antes» —ha explicitado el entorno de Boris Johnson.

no ha habido cesiones.

El coronavirus no sólo ha acabado con decenas de miles de vidas en todo el planeta. Ha acabado también con el mundo que conocíamos. A partir de ahora van a cambiar muchas cosas, no todas para bien. Pero al menos en relación con China, estamos más cerca de la verdad que antes.

Llegados a este punto y a modo de conclusión, recomiendo la carta abierta de Julian Reichelt, redactor jefe de Bild, al presidente chino: «You are endangering the world». 

UN ENFOQUE ESPIRITUAL DE LA PANDEMIA

LUIS MARÍA SALAZAR

Profesor de Teología

Sumándome a tantas voces que reflexionan sobre «lo que nos ha ocurrido en esos días», un poco por obediencia, un poco por querer ayudar, intentamos pensar la dimensión espiritual de la pandemia. Nótese que uso la expresión ‘espiritual’ en el sentido técnico que la referencia al «Espíritu Santo».

Omito, no porque no me parezcan interesantes, otras dimensiones como son la dimensión moral o la dimensión de «interioridad» en las que también cabe una lectura sosegada. Si acaso, más que omitirlas las pospongo porque no se pueden desligar del todo de la anterior.

La pregunta sería si el Espíritu nos está comunicando algo con esta situación de enfermedad que se percibe como global. Algunas personas me han formulado expresamente la pregunta: «¿Nos querrá decir Dios algo con esto?».

Desde el punto de vista teológico, más allá del hecho de que al que ama a Dios todo le sirve para su bien, la categoría que nos puede servir de herramienta es la de «signo de los tiempos». Este concepto, que recoge una verdad que podemos remontar hasta el Evangelio mismo¹, entrará de lleno en la conciencia de la Iglesia a partir del Concilio Vaticano II, que afirma:

El Pueblo de Dios, movido por la fe, que le impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor, que llena el universo, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios. (GS 11).

No cabe duda de que la pandemia provocada por la COVID-19 es un acontecimiento. No puede ser considerada como un hecho episódico, o puntual, sino co-

mo verdadero acontecimiento, que nos provoca por su misma magnitud.

En esta tarea no hay que ser ingenuos. Como bien saben quienes simpatizan con el personalismo, una cosa es el «hecho nudo», que tantas veces se oculta ante nuestros ojos al modo de un «noúmeno» kantiano, y otra cosa es el acontecimiento, que incluye ya una interpretación, la cual raras veces es inocente.

Por eso mismo, porque todos los hechos son interpretables y necesariamente interpretados, la Iglesia incluye un criterio hermenéutico (para algunos podría considerarse un sesgo) para intentar extraer de los hechos una lectura en orden a conocer la voluntad de Dios, manifestada en el Espíritu. Literalmente el concilio dice así:

Para cumplir esta misión es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e *interpretarlos a la luz del Evangelio*, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas. (GS4)

Tan solo un par de subrayados. Los signos de la época (o de los tiempos) han de ser «interpretados a la luz del *Evangelio*». Por Evangelio debe entenderse aquí no solo ni primariamente los textos evangélicos, que también, sino su núcleo, que denominamos *Ke-rigma*, que no es otra cosa que el anuncio de la resurrección de Jesucristo como victoria de Dios sobre el mal, el sufrimiento, el pecado y la muerte, y anuncio universal de salvación para todos nosotros, especialmente para los pecadores.

Hay una costumbre en la liturgia cristiana que consiste en poner, durante el tiempo de pascua, el cirio pascual, que representa a Cristo resucitado, junto al

1. Por ejemplo, cuando Jesús nos invita a aprender de la parábola de la higuera: «cuando las ramas se ponen tiernas y brotan las yemas, deducís que el verano está cerca; pues cuando veáis todas estas cosas, sabed que él está cerca, a la puerta». (Mt 24, 32-36).

ambón donde se leen las lecturas. Con ese gesto se expresa elocuentemente que toda la Sagrada Escritura debe ser leída a la luz de Cristo Resucitado. La Escritura y la vida, añadiríamos nosotros. Si a eso añadimos que la llama del cirio es expresión del Espíritu Santo nos quedaría la afirmación de que el Espíritu nos ilumina desde Cristo resucitado.

Tan solo una cuestión más. No sería razonable esperar de los signos de los tiempos una revelación absolutamente novedosa. Buscar en ellos un dato inédito, que haya permanecido oculto durante dos mil años de cristianismo, sería un convencimiento bastante alejado de la conciencia cristiana, que considera completa la revelación al cerrarse el Nuevo Testamento, por más que deja abierta la posibilidad de una continua profundización en su comprensión.

Hecho este largo preámbulo, he de reconocer que son muchos los que han intentado extraer las consecuencias de la pandemia para la vida espiritual, o bien hacer una lectura de la misma que nos ayudase a ser más dóciles al Espíritu. Personalmente la que más me ha impresionado es la homilía que hizo Rainiero Cantalamessa en la celebración de la muerte del Señor en la Basílica de S. Pedro, en presencia del Papa Francisco, que tiene su justa preparación en la predicación del mismo Papa en la bendición extraordinaria tenida dos semanas antes.

En estas intervenciones se subrayaban fundamentalmente dos aspectos que ha revelado esta pandemia y que podríamos considerar como lo que el Espíritu dice a la humanidad en esta situación: *La conciencia de nuestra fragilidad* y *la conciencia de la unidad* de la creación. Como vemos no se trata de

cosas que no supiéramos, pero sí de cuestiones que, en nuestro mundo enriquecido, permanecen habitualmente ocultas.

Era habitual en nuestro ambiente que diéramos por supuesto la vida, la salud, la libertad de movimientos.

Es habitual la terminología que da por supuesto tantas cosas de las que hemos sido privados estos días: se habla de «seguridad social», «Estado del bienestar», «derechos sociales», «derecho a la salud», «seguros de vida». Planificábamos viajes, eventos o citas con meses o años de antelación, danto por supuesto que sucederían porque estaban agendados.

Es verdad que antes de la pandemia también había enfermos y también morían las personas, pero estas realidades eran consideradas en la mentalidad colectiva como una especie de anomalía del sistema, elementos residuales que irían corrigiéndose próximamente. Casi se consideraba de mal gusto reparar en ellos, salvo para recordarnos que en x años se encontraría una cura para...

La segunda revelación que ha producido la pandemia es la que nos habla de la «unidad del género humano» y más allá, la «unidad de toda la creación». Como nos han recordado las mentes más lúcidas, las epidemias y el azote de la enfermedad existen habitualmente en los países empobrecidos. Las hambrunas, la malaria, el ébola, el dengue, la enfermedad del sueño y tantas otras enfermedades infecciosas azotan un año sí y otro también a grandes poblaciones que, por ese motivo, no pueden dar por supuesta la vida. La novedad de la pandemia está en que nos está ocurriendo a «nosotros», los habitantes de los países enriquecidos.

También se daba el caso de que algunas personas experimentarían un acontecimiento que quebraba sus seguridades. Una enfermedad o un accidente podrían ofrecerles la conciencia de su fragilidad, pero esta conciencia permanecía como una «revelación privada» en medio del «inconsciente» (en el más amplio sentido de la palabra) colectivo.

Lo novedoso de la pandemia es que ha convertido la revelación de la propia fragilidad en acontecimiento global. Todos, incluso quienes no hemos sufrido en primera persona la enfermedad, hemos sido iluminados por el Espíritu que nos ha revelado nuestra condición de criaturas. Hemos sido destituidos de nuestras seguridades y reducidos a soldados rasos, léase mortales. Todos hemos tenido que añadir a nuestras afirmaciones de futuro, si no el clásico «si Dios quiere», al menos el «si la pandemia evoluciona favorablemente» o el mucho más

sumiso «si lo permite el estado de alarma».

La segunda revelación que ha producido la pandemia es la que nos habla de la «unidad del género humano» y más allá, la «unidad de toda la creación». Como nos han recordado las mentes más lúcidas, las

epidemias y el azote de la enfermedad existen habitualmente en los países empobrecidos. Las hambrunas, la malaria, el ébola, el dengue, la enfermedad del sueño y tantas otras enfermedades infecciosas azotan un año sí y otro también a grandes poblaciones que, por ese motivo, no pueden dar por supuesta la vida. La novedad de la pandemia está en que nos está ocurriendo a «nosotros», los habitantes de los países enriquecidos.

Incluso el silencio informativo que sufren habitualmente los países del sur juega ahora en nuestra contra. Porque al no conocer los datos reales de los países pobres, parece, al menos parece, porque la realidad no la conocemos realmente, que el virus nos ataca más a nosotros, y si nos ataca a nosotros es que es algo «mundial», pensamos.

Muros, fronteras, espacio Schengen, aduanas son reveladas como lo que eran, el ridículo intento de poner «puertas al campo». La cómica expresión de quien guarda con todo celo un tesoro (de bienestar, de libertad, de seguridad...) que se ha desvanecido en el interior de su urna. Por primera vez la suerte de la humanidad parece una suerte común.

Y no solo de la humanidad, sino de la creación entera. Si bien los animales de las zonas periurbanas parecían encantados con el confinamiento de la especie humana, no son pocos los que han querido con más o menos fundamento ver en esta pandemia la señal de alarma del abuso infligido a la naturaleza, poniendo además de manifiesto que con el parón provocado muchos indicadores de contaminación han experimentado una reducción llamativa.

Si la pandemia es global, se nos dice, la solución ha de ser global. Investigadores de todo el mundo han puesto en común sus resultados y han permitido avanzar en el conocimiento de la enfermedad mucho

más rápido que en otros campos donde las investigaciones compiten aisladamente.

Si leemos estos acontecimientos a la luz del Evangelio, la humanidad que salga de esta pandemia sería una humanidad más humilde y más solidaria. Esa sería claramente una lectura espiritual de la pandemia. No porque el Espíritu haya provocado la enfermedad para enseñarnos, sino porque para quien ama a Dios todo le sirve para su bien, incluso la enfermedad.

Sin embargo, la cuestión no es automática. Si las consecuencias físicas o incluso económicas de la pandemia tienen un patrón en cierto modo autónomo, las

consecuencias espirituales y morales necesitan el concurso de la libertad humana. Porque siempre será posible resistir al Espíritu, como lo hicieron nuestros padres (cfr. *Hch* 7,50), porque la revelación es un diálogo donde Dios se detiene respetuosamente ante la puerta de la libertad humana, cuyo pica-por se encuentra por dentro.

Por eso, es posible que la humanidad surja de esta pandemia más humilde y más solidaria, pero también es posible que el miedo refuerce las fronteras y algunos crean que podrán defenderse del virus defendiéndose de los demás seres humanos. También es posible que la ingente cantidad de fondos públicos y privados puestos al ser-

vicio de la lucha contra la pandemia despierten la codicia de muchos. También es posible que nuestro corazón angustiado dedique todo su esfuerzo a buscar culpables, chivos expiatorios que alivien con su destrucción física o simbólica la frustración colectiva.

No faltan signos en una y otra dirección. Como siempre, la manifestación del Espíritu no se impone, sino que se nos propone sin dispensarnos de la decisión de nuestra libertad: Pongo ante ti vida y muerte, elige la vida y vivirás (Cf. Dt 30, 15-19). 

Si leemos estos acontecimientos a la luz del Evangelio, la humanidad que salga de esta pandemia sería una humanidad más humilde y más solidaria. Esa sería claramente una lectura espiritual de la pandemia. No porque el Espíritu haya provocado la enfermedad para enseñarnos, sino porque para quien ama a Dios todo le sirve para su bien, incluso la enfermedad.

REFLEXIONES EN EL CEMENTERIO EN LOS DÍAS DEL COVID 19

RICARDO DE LUIS CARBALLADA

Dominico

1. DEBER DE HUMANIDAD

Hegel recurrió a la figura de Antígona —que enterró a su hermano desobedeciendo la orden del soberano de Tebas—, para describir el significado de enterrar a los muertos. Lo presenta como un acto en el que los humanos nos sobreponemos a la ley destructiva de la naturaleza. Y afirmamos que la vida humana no pertenece solamente al orden natural, fijando además a la persona difunta en su pertenencia a la comunidad humana, que se caracteriza precisamente por regir sobre la naturaleza.

Es una manera certera de describir el significado de uno de los actos más humanos y civilizados. Por eso, ha estado presente en la historia de la humanidad desde el paleolítico hasta nuestros días. Enterrar a los difuntos -o depositar sus cenizas en una sepultura o un columbario - es una manera de afirmar la dignidad de la persona.

Para los cristianos, la dignidad personal es tan grande como pueda contenerse en la frase «el ser humano es imagen de Dios». Una imagen que no se expresa solamente en el alma, sino también en la corporeidad indisolublemente unida a aquella.

El tratamiento de los restos de la persona tras su muerte son un termómetro que mide el grado de humanidad, de civilización y de respeto a la dignidad de la persona de una sociedad. No es este el momento para indicar cómo la ligereza y superficialidad posmoderna también estaban penetrando en algunos usos funerarios de nuestra sociedad. Hoy solamente quiero convocar a la reflexión sobre el respeto a la dignidad debida de los difuntos, en estos días tan largos del estado excepcional que vivimos a causa del COVID 19. Y también el derecho que asiste a los familiares para cumplir —precisamente ellos— con el deber de enterrar a sus difuntos. Deber contraído por los vínculos del amor, indicaba acertadamente Hegel.



EL CAPELLÁN PHILIP O'NEILL EN UNA MISA VIRTUAL

AUTOR: J.B. ARTLEY

2. PRONUNCIAR UNA ORACIÓN

La situación creada por la actual pandemia nos ha sorprendido sin ningún tipo de preparación para un fenómeno de tal magnitud. Una de las dimensiones más trágicas y dolorosas ha sido la elevada mortandad que ha desbordado los servicios fúnebres de muchas localidades. Las medidas restrictivas, aplicadas a cualquier forma de reunión social, también han afectado a las celebraciones fúnebres.

Desconozco como se han desarrollado los enterramientos en otros lugares del territorio español. En la ciudad en la que resido, los responsables competentes interpretaron inicialmente que el decreto de confinamiento no permitía la asistencia religiosa en los cementerios. Tras la insistencia del Vicario de Pastoral entendieron que el decreto permitía la presencia de tres familiares y de un ministro religioso por cada difunto. La diócesis convocó un servicio de asistencia al cementerio. Un grupo de sacerdotes nos turnamos asistiendo a los entierros para que no falte ni una oración al difunto, ni la fortaleza que un responso puede transmitir a los familiares.

Al aparcamiento completamente vacío del cementerio van llegando los coches fúnebres cada media hora. Tras abrir la puerta trasera del vehículo, y sin descender el féretro, pronunciamos «al paraíso te lleven los ángeles...»; leemos las palabras de Jesús: «Yo soy la resurrección y la vida..., el que cree en mí vivirá pa-

ra siempre»; rezamos el padrenuestro con los familiares presentes —y unidos a los familiares ausentes—. Después nos ponemos en marcha hacia la sepultura recitando, «el Señor es mi pastor nada me falta...», «Desde lo hondo a ti grito Señor...» Tras la bendición de la sepultura, «Dios te salve, María...Ruega por nosotros pecadores, en este valle de lágrimas...».

3. ACOMPAÑAMIENTO Y SOLEDAD

En uno de cada tres enterramientos no hay compañía de familiares. Viene el féretro solo. Las diversas circunstancias, en las que tantas personas se encuentran atrapadas en estos días, no les permiten acudir a la última despedida de sus familiares difuntos. También ante los que vienen solos rezamos el responso. En este caso la comunidad orante la formamos el psicólogo del tanatorio y el sacerdote. Con frecuencia se ha sumado a la oración el conductor del coche fúnebre.

Ante uno de los féretros que venía sin acompañantes, y tras la oración de los tres —psicólogo, conductor y yo como sacerdote—, pensaba que en esos momentos no representábamos solo a la Iglesia que, en el nombre del Señor, tiene el compromiso de acompañar la vida humana desde su origen a su despedida final. Éramos también representantes de toda la humanidad. De una humanidad que tiene el deber moral de impedir que alguien sea enterrado sin recibir la expresión del reconocimiento a su persona por sus semejantes. No vivimos solos. Somos parte de la comunidad humana y esa participación la debemos expresar también en el momento de la muerte.

Los pocos familiares a los que permitían venir habían perdido el contacto con su familiar difunto hacía 8 días, 10 días. Me contaban: «Se lo llevaron en una ambulancia... y no he tenido otro contacto con su persona hasta ahora que me han entregado la urna con sus cenizas». La viuda, protegida por la mascarilla, besaba la urna que sostenía en sus brazos. La acompañaba un hijo. «Los otros dos residen fuera... Preguntaron si podían viajar y les dijeron que no». Los representaba una vecina. ¡Benditos vecinos! ¡los buenos vecinos!

Los sepultureros, a los que la rutina de la repetición de su trabajo les ha despojado de solemnidad en el porte, tienen estos días una actitud gestual diferente. Se les ve cansados (cada media hora una inhumación)

e impresionados por lo que están viviendo. Parecían querer acompañar el dolor con sus movimientos apresurados, pero también llenos de respeto hacia el difunto y la oración pronunciada.

4. PARA EL DÍA DESPUÉS

En estos días de confinamiento ya estamos pensando en las tareas que como sociedad tendremos que afrontar cuando la situación de emergencia decline. La crisis económica, laboral y social que nos aguarda; remediar la imprevisión de nuestro carácter español; analizar despacio las condiciones de las residencias de mayores; también las condiciones de trabajo del personal sanitario y de otros muchos colectivos de servicios; la responsabilidad política y de gestión administrativa en esta crisis; el estado de las autonomías y la cohesión real como país, etc., etc., etc... Y durante muchos días —al menos algunos— continuaremos orando y llorando por los difuntos.

No sé si cuando retomemos la vida cotidiana habremos cambiado nosotros y nuestro mundo, como muchos están diciendo. Lo que es seguro es que no volveremos todos los que estábamos. Y los que volvamos tendremos que reflexionar también sobre la manera de humanizar las situaciones límites. Sobre el acompañamiento humano a los moribundos, la importancia de la asistencia religiosa en centros sanitarios (pocos días antes algunos políticos de una ciudad importante de la costa mediterránea española pedían su desaparición de los hospitales públicos), el modo de garantizar exequias humanas, civilizadas, y para los que somos creyentes, con expresión religiosa.

Me pregunto si algunas de las medidas aplicadas en estos días no han sido excesivamente restrictivas e insensibles. ¿Tenía necesariamente que reducirse a tres la asistencia de familiares a la última despedida? En la comunidad autónoma en la que resido las autoridades recapitaron. Tras impedir inicialmente que los familiares acompañaran a los moribundos hospitalizados, lo acabaron permitiendo. La enfermedad y la muerte nos puede arrebatar personas valiosas —todas— y queridas para nosotros. Lo que tenemos que impedir es que nos arrebate nuestra humanidad. Y debemos prever la manera de ejercitar la humanidad en condiciones excepcionales, que de una u otra manera nos seguirán sorprendiendo cuando menos lo pensamos. **A**

Pandemocracia

Una filosofía de la crisis del coronavirus

Daniel Innerarity

Galaxia Gutenberg, Barcelona, mayo de 2020, 136 págs.

JOSÉ ANTONIO FERNÁNDEZ

Miembro del Instituto E. Mounier (Granada)

No le quepa duda de que la filosofía está de moda en tiempos de crisis mucho más que el amor en tiempos de cólera. Y es que necesitamos pensar en tiempos de incertidumbre y desasosiego, ante el impacto inesperado del «bicho» que nos ha dejado confinados y desconcertados. Durante estos largos meses han proliferado ensayos y artículos que diagnostican y pronostican la entrada y salida de la crisis del coronavirus, de hecho este libro se hace eco de las aportaciones más relevantes y como es natural, se distancia de ellas.

Este interesante ensayo, que se lee con facilidad, analiza qué ha supuesto y previsiblemente supondrá esta crisis en la dramática toma de decisiones políticas. Frente a un mundo de certezas e individuos autosuficientes que se acaba y contra un populismo que mira de reojo el saber de los expertos, las instituciones y la comunidad global. Estas tres realidades, según nuestro autor, salen fortalecidas tras esta crisis en favor de la democracia global en tiempos de pandemia.

Daniel Innerarity parte de una preocupación: necesitamos pensar en términos de complejidad sistémica ya que nuestras instituciones necesitan ser transformadas para gobernar los sistemas complejos y sus dinámicas. Un ejemplo claro de esta necesidad es la organización de nuestro sistema sanitario que sigue funcionando desde un pensamiento lineal, simple. En las interacciones complejas se provocan efectos de cascada de manera que pequeños cambios acaban convirtiéndose en transformaciones masivas, como podría haber ocurrido con el colapso sanitario y

Daniel Innerarity Pandemocracia

Una filosofía de la crisis
del coronavirus



Galaxia Gutenberg

no estábamos preparados para ello. Todo esto se encuentra más extensamente desarrollado en su penúltimo y extenso libro titulado *Una teoría de la democracia compleja. Gobernar en el siglo XXI* (Galaxia Gutenberg, Barcelona 2020).

¿Qué es la *pandemocracia*? Este neologismo por composición de dos palabras está formado por *pandemia*, que es una enfermedad infecciosa que afecta a todos y por *democracia*, que según se nos explica al principio, consiste en la posibilidad de todos los afectados por una decisión puedan participar en ella. La manera de denominar un acontecimiento que pone en riesgo y afecta a la globalidad es *pandemocrático*.

El comienzo del libro genera cierta cautela bajo el oxímoron de hacer *una reflexión filosófica de urgencia*. ¿Se puede reflexionar en una situación así? ¿Hay sosiego para la misma? La lectura del libro nos desvela que no existe tal contradicción ya que aunque el libro es fruto de las reflexiones que desde diferentes medios de comunicación se han ido pidiendo al autor tras su extenso libro sobre la teoría de la democracia compleja, la reflexión profunda ya estaba hecha. Aunque sí parece de urgencia la edición de libro, no hay nada como aprovechar el tirón mediático que ha supuesto esta crisis, para publicar un libro cuando todavía estamos en las primeras fases de la desescalada.

Efectivamente el autor acierta al afirmar que el confinamiento ha demostrado las desigualdades que están presentes en la sociedad. Ya que lo que supuso, en su caso personal, una oportunidad para hacer lo que quería y estar con quienes quería, lo cierto es que no ha sido así para muchos miles de personas que han vivido el confinamiento como un absoluto infierno, como el propio autor reconoce. Sorprende cómo se pasa de puntillas sobre la polémica acerca del estado de alarma, «sin perder demasiado tiempo en ello», y sobre las medidas tomadas durante ese estado, ya que lo realmente alarmante ha sido la restricción de derechos fundamentales. ¿Era necesario tomar el confinamiento total como medida política para evitar un co-

lapso sanitario? El libro no responde a esta cuestión fundamental, quizá dada la complejidad de las sociedades actuales según hemos hecho referencia con antelación, aunque si parece contradictorio insistir sobre la necesidad del confinamiento en un mundo de certezas que se desmorona.

Puede ser llamativa la propuesta de este catedrático de filosofía política cuando nos dice: «Lo único que nos puede salvar hoy es el conocimiento compartido y la cooperación».

Habría que decir, porque tal y como se presenta parece una ocurrencia académica, que no se trata de un descubrimiento actual propio de nuestras sociedades sino una creencia muy arraigada en la historia de lucha de la que somos herederos. Una historia de lucha por salir de la ignorancia a través del conocimiento compartido y la ayuda mutua. Historia de la que nadie se acuerda, ni siquiera ya académicamente, pero que intuyeron de forma clara y honesta los pobres obreros a lo largo del siglo XIX y parte del XX.

Se nos ha hecho creer en la onnipotencia y omnisciencia del ser humano. Aunque vivimos en sociedades de la información, tecnológicamente muy avanzadas, sin embargo, vivimos en un desconocimiento que el autor atribuye a la ininteligibilidad

Se nos ha hecho creer en la onnipotencia y omnisciencia del ser humano. Aunque vivimos en sociedades de la información, tecnológicamente muy avanzadas, sin embargo, vivimos en un desconocimiento que el autor atribuye a la ininteligibilidad de un mundo interdependiente, al exceso de información y de ruido, al carácter abierto y deslimitado de la realidad y al impacto y comportamiento imprevisible de las tecnologías.

de un mundo interdependiente, al exceso de información y de ruido, al carácter abierto y deslimitado de la realidad y al impacto y comportamiento imprevisible de las tecnologías.

Uno de los elementos centrales de este ensayo tiene que ver con la defensa de la democracia en tiempos de pandemia, cuando parece que saltarse los límites legítimos está justificado. El director del Instituto de Gobernanza Democrática se hace eco de lo que se ha llamado «coronadictaduras», citando a Israel y Hungría. Y nos hace una advertencia: los modelos democráticos actuales podrán sobrevivir si hacen posible compatibilizar las expectativas de eficacia con los requerimientos de legitimidad.

Por eso, en aras de ser resolutivos ante los problemas urgentes, la tentación de no respetar los dere-

chos democráticos resulta atrayente, aunque inadmisibles, así como presentar cualquier medida como científicamente indiscutible es inaceptable ya que el pluralismo de nuestras sociedades y su dimensión deliberativa lo imposibilitan.

Para Daniel Innerarity el verdadero problema es la relación que se establece entre poder e información. En la crisis del coronavirus hemos padecido la falta de información que nos permita conocer la situación real de un país para tomar las decisiones acertadas. Pero claro, esto solo es posible en países de democracias asentadas que respetan dos valores fundamentales: la tolerancia hacia la crítica y la confianza. Las recomendaciones para afrontar estos momentos excepcionales son: proteger el pluralismo y el diálogo democrático. Y claro es difícil leer estas páginas sin sentir un cierto escalofrío por lo que está pasando en nuestro país.

Comparto con él que en los análisis que han hecho diferentes filósofos y científicos sociales, si ha faltado algo ha sido modestia, que van desde los que anuncian una nueva ola autoritaria (Giorgio Agamben, Peter Sloterdijk o Naomi Klein), quienes la exaltan como es el caso de la eficacia China (Byung-Chul Han), o los que nos previenen contra la vigilancia totalitaria (Yuval Noah Harari).

Estos análisis futuribles parecen irremediables ya que, en este caso de una forma más modesta, se dedica el capítulo 11 a preguntarse *¿Cómo será el mundo después de la crisis?* El autor nos advierte de la dificultad de separar lo que creemos que pasará de lo que desearíamos que pasara, como así constatamos

en él mismo a pesar de la advertencia. Además es importante distinguir entre las reacciones momentáneas de las grandes tendencias, por eso nos dice que

...la vuelta del Estado es ilusoria y momentánea, aunque sí parece que la tendencia es hacia una mayor interdependencia global y, aunque le parezca prematuro sacar conclusiones, sí se atreve a afirmar que vamos hacia un mundo de bienes comunes y por tanto más integrado en términos de regulación e institucionalmente.

Es la hora de lo común, hasta el punto de que se está modificando la idea que teníamos de los bienes públicos, ya que se trata de bienes que no son divisibles entre los estados sino que conciernen al conjunto de la humanidad.

la vuelta del Estado es ilusoria y momentánea, aunque sí parece que la tendencia es hacia una mayor interdependencia global y, aunque le parezca prematuro sacar conclusiones, sí se atreve a afirmar que vamos hacia un mundo de bienes comunes y por tanto más integrado en términos de regulación e institucionalmente.

Es la hora de lo común, hasta el punto de que se está modificando la idea que teníamos de los bienes públicos, ya que se trata de bienes que no son divisibles entre los estados sino que conciernen al conjunto de la humanidad. Ya no cabe tomar decisiones que no sean interdependientes, lo cual inaugura un modo de gobernanza que trasciende los territorios nacionales y las lógicas soberanas.

Es cierto que quizá este mundo proyectado no sea nada más que aquello que deseáramos que pasara, no tanto lo que creemos que pasará. ¿Cómo destronar el individualismo en el que nos hemos sentado a lo largo de los últimos siglos? ¿Cómo hacer frente a las señas identitarias de los naciona-

lismos de diferente tipo que proliferan a nuestro alrededor? ¿Cómo admitir que es la hora de lo común cuando no damos ni los buenos días cuando el otro se hace presente en mi vida? ¿Cómo hablar de interdependencia en un mundo de soledades que hemos ido creando poco a poco? Y... ¿no será el personalismo comunitario la mejor manera de afrontar la hora de lo común frente a individualismo, nacionalismo y soledades? 